

**VIOLENCIA DE PAREJA HACIA LAS MUJERES EN
POBLACIÓN ADOLESCENTE Y JUVENIL Y
SUS IMPLICACIONES EN LA SALUD**

Violencia de Pareja hacia las Mujeres en población adolescente y juvenil y sus implicaciones en la salud.

Realización

Luis Seoane Pascual

Dirección y supervisión

Servicio de Promoción de la Salud

Marisa Pires Alcaide

Luisa Lasheras Lozano

Ana Anes Orellana

José Luis Cruz Maceín

Juan Carlos Diezma Delgado

Ramón Aguirre Martín-Gil

Edición electrónica:

Dirección General de Atención Primaria

Subdirección de Promoción de la Salud y Prevención

Madrid, 2012

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN.	7
2. CONSIDERACIONES E IMPLICACIONES DEL ABORDAJE DE LA VPM ADOLESCENTE COMO UN PROBLEMA DE SALUD PÚBLICA.	9
3. EL DISCURSO SOBRE LA VPM.	17
3.1. EL DISCURSO MASCULINO.....	17
<i>Conocimiento del fenómeno</i>	17
<i>Actitudes que genera</i>	19
<i>Comprensión del fenómeno</i>	22
3.2. EL DISCURSO FEMENINO.....	36
<i>El interés hacia el tema</i>	36
<i>La identificación del fenómeno</i>	38
<i>La identificación de las causas</i>	40
3.3. RECAPITULACIÓN. LAS DIFERENCIAS ENTRE EL DISCURSO DE LAS CHICAS Y EL DE LOS CHICOS.....	44
4. EL DISCURSO SOBRE LA VPM EN LA ADOLESCENCIA.	47
4.1. EL DISCURSO MASCULINO.....	47
4.2. EL DISCURSO FEMENINO.....	52
<i>Introducción</i>	52
<i>Características diferenciales de la VPM adolescente</i>	54
<i>Tipologías maltrato adolescente</i>	57
<i>La actitud ante el maltrato adolescente y la identificación del daño</i>	61
<i>La intervención paliativa</i>	63
4.3. RECAPITULACIÓN. LAS DIFERENCIAS ENTRE EL DISCURSO DE LAS CHICAS Y EL DE LOS CHICOS.....	72
5. EL CAMPO DE LA PREVENCIÓN: LA AGRESIÓN DE GÉNERO MASCULINA EN LA ADOLESCENCIA.	75
5.1. PRECISIÓN CONCEPTUAL.....	75
5.2. LA NIÑEZ.....	76
5.3. EL TRÁNSITO A LA ADOLESCENCIA (12-13 AÑOS).....	83

5.4.	LA ADOLESCENCIA Y EL MALTRATO DE PANDILLA (14-15 AÑOS)	90
5.5.	LA ENTRADA EN LA JUVENTUD. LA CONSTITUCIÓN DE LA PAREJA.	104
6.	CONCLUSIONES: LA INTERVENCIÓN PREVENTIVA EN LA ADOLESCENCIA.	119
6.1.	RECAPITULACIÓN: LA PREVENCIÓN SECUNDARIA Y TERCARIA.	119
6.2.	BASES PARA LA CONFIGURACIÓN DE UNA ESTRATEGIA DE PREVENCIÓN PRIMARIA.	121
6.3.	LA PROGRAMACIÓN DE LA INTERVENCIÓN PREVENTIVA.	126
6.4.	EL ABORDAJE DE LA AGRESIÓN DE GÉNERO.	127
6.5.	¿QUÉ Y CÓMO TRABAJAR CON LOS ADOLESCENTES O JÓVENES AGRESORES?.....	131
7.	BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.	133
8.	ANEXO I. PROYECTO DEL ESTUDIO CON POBLACIÓN JUVENIL MASCULINA.	135
	<i>PERCEPCIÓN DE LOS JÓVENES MADRILEÑOS SOBRE EL IMPACTO EN LA SALUD DE LA VPM EN EL ÁMBITO DE LAS RELACIONES JUVENILES.</i>	<i>135</i>
9.	ANEXO II. PROYECTO DEL ESTUDIO CON POBLACIÓN JUVENIL FEMENINA.	141
	<i>ACTITUDES Y PAUTAS DE COMPORTAMIENTO FRENTE A LA VPM EN LA POBLACIÓN FEMENINA ADOLESCENTE Y JUVENIL DE LA COMUNIDAD DE MADRID. SUS IMPLICACIONES EN LA SALUD.....</i>	<i>141</i>

1. INTRODUCCIÓN.

El presente informe refleja los resultados y las conclusiones del análisis conjunto de dos estudios independientes, efectuados de forma paralela, pero distanciados en el tiempo en un año aproximadamente (2009 y 2010), sobre el discurso de la población adolescente y juvenil sobre la violencia de pareja hacia la mujer (en adelante VPM), dirigido el uno a la población masculina y el otro a la población femenina.

En ambos estudios se aplicó una metodología de corte cualitativo, en base a grupos de discusión, grupos triangulares y entrevistas en profundidad.

Los proyectos y las especificaciones técnicas de ambos estudios figuran en los anexos del presente informe.

2. CONSIDERACIONES E IMPLICACIONES DEL ABORDAJE DE LA VPM ADOLESCENTE COMO UN PROBLEMA DE SALUD PÚBLICA.

El presente estudio se inscribe en un marco de posible intervención de Salud Pública en el problema de la VPM sobre el colectivo adolescente y juvenil. La determinación de lo que es, o lo que puede ser una intervención **específica** de Salud Pública sobre este tema, es algo que conviene despejar desde el principio.

La consideración de la VPM, en general, y de la VPM en el ámbito juvenil, en particular, como un problema **con consecuencias para la salud** parece insoslayable. Nadie puede discutir que se está ante un tema que **genera enfermedad**, nadie puede cuestionar **la extrema gravedad** en muchos casos de ese efecto (muchas mujeres mueren), y nadie puede cuestionar a estas alturas que la incidencia del problema en el colectivo femenino sea **elevada**¹, al menos si se integra dentro del concepto de VPM tanto las agresiones físicas como las psicológicas y sexuales, y si se considera también la presumiblemente **elevada violencia oculta**, es decir aquella que no ha salido a la luz por diversas cuestiones (fundamentalmente, ausencia de denuncia).

Se está, por tanto, ante un problema que afecta a la salud, que la afecta de forma, en muchos casos, grave, y que se extiende a un importante sector de la población femenina. No hay dudas, por tanto, de que se está ante un problema **de Salud**.

¿Es un problema de Salud **Pública**? Posiblemente todavía con mayor propiedad, puesto que, efectivamente, la VPM es menos una “enfermedad” que un **determinante social de salud**. La especificidad de la Salud Pública es precisamente esa, la necesaria actuación sobre los determinantes de la salud para mejorar la salud de las poblaciones, teniendo en cuenta que dichos determinantes o bien no se reconocen, o bien no se actúa sobre ellos, o bien no se puede actuar sobre ellos en el marco de la intervención de salud **asistencial**.

¹ Tanto en la población general como en la población juvenil.

La Salud Pública cuando decide intervenir en el ámbito de los determinantes de salud se enfrenta inevitablemente a un campo o bien inespecífico, o bien ajeno. La VPM pudiera ser, por ejemplo, un ámbito de actuación propio de los servicios sociales, de los servicios de seguridad ciudadana, de los servicios judiciales, de los servicios para la mujer, de los servicios educativos, etc.

¿Qué puede ser lo específico de la intervención en Salud Pública en tal caso? Es cierto, y hay que asumirlo, que la Salud Pública tiende a perder su objeto en el momento en que lo identifica. La Salud Pública debe de entrar normalmente en diálogo con otras instituciones, posiblemente más competentes en relación al tópico en cuestión. Pero ese diálogo, o esa colaboración precisan dotarse de algún tipo de contenido.

La función de “abogacía” de la salud, que incuestionablemente tiene la Salud Pública, debe de completarse con algo más, algo que faculte a los agentes de salud para hacer algo útil en el terreno de la **división del trabajo** institucional. En esa búsqueda de lo propio de la intervención en Salud Pública no hay que olvidarse nunca de su inclusión en el Sistema Sanitario. Una Salud Pública al margen o en contradicción con el Sistema Sanitario Asistencial es un sinsentido.

La pregunta de qué cabe hacer para mejorar la situación **desde el Sistema Sanitario** en relación a la situación “patogénica” identificada; es decir, al determinante de salud en cuestión, se ha de realizar siempre; y convendría no introducirse en la actuación si previamente no se tiene bien clara la respuesta en cada caso.

La actuación posible del Sistema Sanitario en relación a la VPM, aparte de su función propia de atender a sus **secuelas en forma de enfermedad**, y aparte de la **denuncia**, que es una obligación transferida desde el sistema judicial, es fundamentalmente la de la **detección**. El sistema sanitario, sus profesionales podrían ser –y, previsiblemente, van camino de ser– agentes privilegiados de detección de situaciones de VPM. No hay ninguna institución pública que, a priori, esté en mejores condiciones que el Sistema Sanitario para detectar situaciones de violencia con anterioridad a que la mujer decida ponerlas en evidencia, es decir, denunciarlas. Y ello porque el sistema sanitario es un sistema universal, es decir, porque acceden prácticamente todas las mujeres; porque no es difícil identificar en la entrevista clínica síntomas de VPM y porque del tipo de relación que se establece con la mujer en el marco de la acción terapéutica cabe con facilidad la **confidencia** por su parte de problemas implicados en la relación de pareja.

No es una función **propia** del sanitario asistencial el detectar situaciones de violencia; pero sí que es una función que podría asumir, en tanto que **agente de Salud Pública**, que en modo alguna es ajena a la vocación tradicional del sanitario, dado que se traduce indudablemente en **prevención**. Y, desde luego, semejante incorporación es la mejor aportación que la Salud Pública puede hacer a un sistema público multi-institucional de acción contra la VPM.

La actuación al respecto del Sistema Sanitario se reduciría, entonces, a **detectar y derivar** a otros sistemas. La derivación, de todas formas, no es fácil en este caso por muchas razones, en especial estas dos:

- A la mujer le cuesta tomar conciencia de que es en realidad víctima.

- A la mujer le cuesta sobremanera decidir romper con una relación que resume gran parte de su proyecto vital y del que se deriva su estabilidad personal.

Mientras la mujer no tome conciencia de que es víctima y, aunque la tome, mientras no decida actuar, difícilmente va a tener sentido la derivación a otros sistemas. El profesional que detecte y que entre en confianza con la mujer, debe asumir una intervención con ella, consistente en facilitar la toma de conciencia de víctima, así como la formalización de una decisión que la aparte de la situación de violencia. Esa función intermedia entre la detección y la adjudicación de ayuda (psicológica, material, jurídica, policial, etc.) no la cubre actualmente **ningún agente institucional**, y el sanitario podría realizarla perfectamente como una continuación asociada a su trabajo de detección. Hace falta, evidentemente, que se postule para ello y que la mujer le reconozca efectivamente ese papel de mediador.

Poco más (y nada menos) puede decirse de la **intervención específica** de Salud Pública en el ámbito de la actuación sobre la VPM, al menos si se tiene como referencia a la población femenina adulta. Algo que no pueden hacer otros sistemas y algo que no pueden hacer otros profesionales puede hacerse con los recursos propios de Salud Pública y mejorar con ello los resultados de la intervención global.

- Ciertamente, hay que reconocer previamente que los profesionales sanitarios son recursos de Salud Pública, lo cual no siempre se produce, ni por parte de ellos mismos ni por parte de los muchos “especialistas en Salud Pública”.

¿La VPM “juvenil” debería de modificar en algo este planteamiento general de intervención desde Salud Pública?

Inmediatamente se nos pone en evidencia una diferencia importante: mientras que la mujer adulta víctima de violencia se presume que accede con bastante regularidad a los servicios de, al menos, la atención primaria de salud, no se tiene tan claro en el caso de la mujer joven en sus mismas circunstancias. Se sabe que la población juvenil accede **poco** a los servicios de salud por dos razones fundamentales:

- Porque está más sana.
- Porque la adaptación de los servicios de salud a las necesidades específicas de la población juvenil no está todavía excesivamente desarrollada.

Para la **detección** de la VPM juvenil el sistema sanitario no está tan bien dotado como frente a la VPM adulta. Desde la investigación no se cree, en cualquier caso, que esa diferencia justifique abandonar de partida ese tipo de intervención.

Persiste, en cualquier caso, el mismo problema que al principio, ¿hay algún otro lugar institucional mejor dotado que el sistema sanitario para la detección de situaciones de VPM juvenil?

La pregunta sugiere inmediatamente la identificación de un lugar alternativo: **el sistema educativo**. Y realmente se está en este caso ante un lugar a priori especialmente idóneo para la detección, puesto que es un ámbito institucional donde la chica joven pasa muchas horas del día. Los profesionales de la educación podrían, efectivamente, detectar muchas situaciones de

VPM en la juventud, y también podrían ejercer un papel de mediación como el que se sugirió anteriormente que podrían ejercer los profesionales sanitarios con la víctima adulta.

Ahora bien, ¿quién incita, sugiere, propone, convence, asesora y forma a los profesionales de la educación para esa labor? Podría ser Salud Pública, podrían ser otras instituciones y pudiera ser la misma Institución Educativa la que se movilizara en esa dirección. Realmente lo importante no es quién lidera el proceso, sino el que haya un agente que perciba la necesidad de la **detección precoz de la VPM juvenil** en el ámbito escolar y que intente convencer y dotar de los recursos necesarios para abordarla a los profesionales de la educación. Se estará, por tanto, ante una acción de Salud Pública si nadie se había implicado antes en semejante tarea; no se estará ante una acción directa de Salud Pública si otra institución ha tomado previamente las riendas de la tarea.

Aun aceptando que el sistema sanitario no es el mejor lugar para la detección, no hay ninguna razón de peso para descartar su intervención en los casos en que la chica joven accede y en los casos en que es posible sospechar la existencia de VPM. El sistema sanitario tiene al respecto una ventaja frente al sistema educativo²: las consecuencias en salud de la violencia suelen ser objeto de consulta médica, con lo cual hay que seguir aceptando que los profesionales sanitarios están a priori en una condición bastante buena para la detección.

- Además, en el caso de las chicas jóvenes, el propio acceso a la consulta puede ser ya por sí mismo un signo de sospecha, dado lo inhabitual de su presencia en consulta. El acceso a la consulta en casos de lesiones pretendidamente accidentales o de trastornos psicológicos inespecíficos es normal –y habría que decir que hasta imperativo- que introduzcan la sospecha de violencia y, por tanto, la exigencia de un protocolo adecuado de detección.

Quiere ello decir que el sistema sanitario es especialmente adecuado, en potencia, para la detección al menos de los casos más avanzados o graves de violencia, y, por tanto, de mayor riesgo inmediato para la mujer. Sólo por esta razón el sistema sanitario no debería por ninguna circunstancia abjurar de su parte de responsabilidad en la detección de la violencia juvenil.

- Sea como sea, parece bastante claro que los lugares institucionales a priori más adecuados para detectar situaciones de VPM juvenil de tipo sexual, o vinculados al comportamiento sexual son precisamente este tipo de centros sanitarios especializados en sexualidad juvenil, que ya canalizan una demanda que tiene mucha dificultad para dirigirse a la vía inespecífica de la atención primaria.
- La potenciación de las llamadas “consultas jóvenes” en el ámbito de la atención primaria, o de los más tradicionales centros de planificación familiar tendría un argumento o una justificación añadidos³ en la necesaria detección precoz de situaciones de VPM en el sector juvenil.

² Aunque, está claro, nadie debería de pensar al respecto en términos de competencia entre ambas instituciones.

³ Añadidos, por ejemplo, a la actuación sobre los embarazos precoces e indeseados.

Queda claro, por tanto, que Salud Pública, aparte de ejercer la labor de abogacía con otros sectores, tiene todavía una tarea “propia” importante en la dirección de implicar a su ámbito más afín del sistema sanitario asistencial.

Y habría que decir que la detección de situaciones de VPM en el ámbito juvenil implica un saber y una especialización distintos que los implicados en la detección de la VPM adulta.

Ya se dijo anteriormente que en este tema de la VPM, detectar no tiene demasiado sentido, si esa detección no se acompaña de una intervención inmediata con la mujer con el objetivo de acompañarla en su proceso personal de revisión de su propia experiencia de pareja. Si el profesional que detecta no está dispuesto a implicarse personalmente al respecto, y no se le forma tampoco para ello, posiblemente lo más razonable sería no intentar detectar.

La mayoría de los recursos actuales de ayuda para las mujeres maltratadas, o bien obvian la voluntad de la mujer (casos de necesaria intervención judicial ante denuncias impuestas por terceros, por ejemplo, el médico), o bien la presuponen; es decir, presuponen que la mujer maltratada va a acceder a ellos por su propia iniciativa.

Se sabe que la mayoría de las mujeres maltratadas no acceden a estos servicios. Si accedieran, está claro que aquellos manifestarían, mucho más que lo que manifiestan ahora, su total insuficiencia.

Lo cierto es que el problema **real** consiste en transformar la necesidad en demanda, para que, de esta forma, las mujeres maltratadas puedan acceder a recursos específicos de ayuda. Lo que falta, en realidad, es gente –o instituciones en las que haya gente- que se implique en el trabajo de ayudar al proceso de reflexión de la mujer sobre su propia situación vital cuando está enfrentada a una situación de VPM⁴.

¿Es necesario esto también en el caso de los jóvenes, de las chicas jóvenes víctimas de violencia? Hay varias cuestiones que se deberían de tener en cuenta al respecto:

- En primer lugar, habría que convenir que en el caso de una chica joven víctima de violencia el proceso personal que lleva a la decisión de la separación debería ser, en principio, mucho menos complejo que en el caso de la mujer maltratada adulta. La joven poco o nada se tiene que preocupar de su estabilidad económica personal, del problema de los hijos, de la presión añadida de la familia, etc. Se trata de romper sólo con una relación afectiva, no con todo un mundo personal asociado a un proyecto de vida frustrado.
- El matrimonio, además, no está de por medio. No hay ningún imperativo, o ninguna norma social que se le imponga por encima de su propio criterio o decisión.
- Cabría suponer que, al igual que sucede en la mujer adulta, pervive el riesgo de agresión superior por o tras la separación. No obstante, es de prever que ese riesgo sea genéricamente hablando mucho menor que en la mujer adulta, porque no es normal que el agresor viva la experiencia de separación como ruina personal, puesto que,

⁴ Por utilizar un concepto moderno de moda, se podría decir que lo que falta es **mediación**; un tipo de mediación *sui generis*, en cualquier caso, que compete más a figuras profesionales ya existentes que a nuevos profesionales.

efectivamente, también sólo tiene el riesgo de perder una relación afectiva y, a lo más, dado que se trata de un hombre, su prestigio personal. Es muy difícil suponer, por muy perturbado que esté, que se arriesgue por esas solas razones a arruinar su futuro cometiendo los delitos de agresión o asesinato. En estos casos la pena es de suponer que debe ser, en la mayoría de los casos, suficientemente suasoria.

La intervención de mediación con estas chicas es, por tanto, mucho menos delicada, relativamente más fácil y, previsiblemente, como consecuencia, **mucho más agradecida** (en lo relativo a la obtención de resultados positivos) que la previsible con la mujer adulta.

Como contraposición, lo que posiblemente sea comparativamente mucho más difícil es la consecución de **la relación de confianza** entre la chica y el profesional, sea sanitario o educativo, necesaria para la intervención.

Hasta ahora se ha hablado sólo de detección precoz, porque es una de las formas más urgentes de abordar la cuestión de la prevención. La prevención en VPM supone, antes que nada, **detectar anticipadamente**. Y se debería de tener bastante claro que las formas de VPM adolescentes y juveniles son precursoras de otras formas de violencia más graves en un futuro. Si se consigue cortarlas ahora, quizá no habría que lamentarnos después de unas agresiones y unas muertes que a todos –no sólo a los jóvenes- nos resultan muy difíciles de entender y asimilar.

Detectar precozmente supone, en cualquier caso, presuponer que la violencia **está ya instalada** en las relaciones de pareja adolescentes y juveniles. Quizá cueste realizar esa afirmación, quizá cueste problematizar esas relaciones de pareja, aparentemente tan tiernas; aparentemente tan espontáneas.

La no problematización de esas relaciones, tal como espontáneamente se dan, es una extraña premisa de la actual etapa histórica. Como antaño en la economía, insensiblemente se ha instalado al respecto de la iniciación de las relaciones de pareja una suerte de *laissez faire*, de dejar hacer, en la suposición de que las aguas tenderán a ir finalmente a su cauce natural y, por tanto, moral. Se ha impuesto este modo de actuación⁵, posiblemente por la actuación combinada dos tendencias antitéticas:

a) La tendencia “progresista”, todavía implicada en utopía de una posible liberación sexual.

b) La tendencia “conservadora”, reacia a cualquier tipo de educación sexual que pudiera interferir en unos criterios morales familiares.

Y entre unos y otros, la casa sin barrer; a los chicos y a las chicas se les deja iniciarse en la vida afectivo-sexual sin la más mínima ayuda, sin la más mínima orientación por parte del mundo adulto. Y los resultados no son precisamente para estar demasiado contentos⁶ y, por

⁵ No se está hablando de ninguna actuación concreta, sino del modo global en que nuestra sociedad se enfrenta a la pareja adolescente.

⁶ Las cifras actuales de embarazos precoces y de abortos en la juventud española o madrileña no son precisamente para echar las campanas al vuelo. Las cifras de VPM juveniles, una vez que se afinen los instrumentos, posiblemente terminarán por formar parte de las vergüenzas de la educación moderna.

tanto, para convalidar la creencia implícita en un orden natural y moral inmanente a las conductas espontáneas individuales de los adolescentes y jóvenes.

Detectar precozmente significa comprometerse en la educación afectivo-sexual de los jóvenes. De hecho, las propuestas realizadas anteriormente de mediación tienen que ver con la posible instalación de **referentes profesionales estables** para la educación afectivo-sexual de los jóvenes. Lo ideal, efectivamente, es que la confianza relativa a la violencia surja y se canalice en el marco de una educación afectivo-sexual permanente y no anecdótica, y por tanto, frente a unas figuras profesionales estables y reconocidas por los propios jóvenes.

Más allá de la detección, cabría hablar de un ámbito de prevención que trascienda la simple concienciación contra la violencia y que implique la promoción de comportamientos “saludables” de pareja en la adolescencia. Ya se dijo que se veía este tipo de intervención en el marco de una educación afectivo-sexual estable y continuada en el tiempo, y que implicaría fundamentalmente a dos instituciones: la educativa⁷ y la sanitaria⁸. La prevención no puede separarse ni desgajarse del resto de la educación afectivo-sexual, porque la VPM puede concebirse perfectamente como el resultado previsible, o como uno de los resultados previsibles más negativos de la forma espontánea en que se produce la iniciación sexual y afectiva en la adolescencia.

¿Como “corregir” desde el mundo adulto esa iniciación sexual y afectiva de la adolescencia para que se consiga prevenir la violencia? Intentar responder a esta pregunta, aunque sea sólo en grado de tentativa, es un objetivo fundamental de la investigación.

⁷ Considerando la educación afectivo-sexual como un ámbito educativo transversal prioritario.

⁸ Considerando la necesaria adaptación de la atención sanitaria a la adolescencia a las necesidades y demandas de esa población, que implica, ciertamente, también la consideración de la educación afectivo-sexual como una cuestión prioritaria.

3. EL DISCURSO SOBRE LA VPM.

3.1. El discurso masculino.

CONOCIMIENTO DEL FENÓMENO

El conocimiento que los jóvenes tienen de la VPM se reduce a lo que se percibe fundamentalmente desde **los medios de comunicación**, particularmente la televisión, que sigue siendo el medio de comunicación general más accesible a los jóvenes. El goteo constante de informaciones sobre mujeres muertas a manos de sus parejas no pasa en modo alguno desapercibido, ni siquiera en los chicos más jóvenes.

Sí y hay que matan y toda la historia. En la televisión, casi todos los días sale que han matado a una mujer. (G.D. 5. CHICOS)

Yo creo que es un gran porcentaje aquí en España porque en la tele salen muchos casos, y si te fijas en los telediarios solo salen violencia de género, deportes, inundaciones o fuego, incendios o cosas así.(E.A. 8. CHICOS)

Es más anecdótica, en cualquier caso, en la experiencia privada la identificación de situaciones semejantes, que quepa calificar como tales, ya provengan del mundo adulto, ya del mundo juvenil en que están inmersos. Se está ante una experiencia que cabría calificar como “mediática”, puesto que para la mayoría sólo existe en ese espacio virtual que es la televisión⁹. Previsiblemente, la violencia esté para los jóvenes en un lugar similar que esas guerras lejanas, que se sabe que existen, que son dramáticas, pero que podría decirse que pertenecen **a otro mundo distinto** que al que ellos les ha tocado habitar. Como consecuencia, se puede tener **opinión** sobre ella, pero no tanto **posición**. Nadie puede posicionarse del todo frente ante un tema que se vive como lejano y que, por tanto, no parece afectar en modo alguno a la vida cotidiana.

⁹ O, a lo sumo, la radio y la prensa; espacios no tan habituales para la población juvenil en la franja de edad objeto de estudio.

- Les afecta poco en tanto que **jóvenes**, puesto que la violencia, en la mayoría de los casos, parece ser una cuestión **exclusivamente adulta**. Los casos que aparecen por la televisión suelen ser normalmente situaciones de auténticas parejas ya establecidas, compartiendo una vida en común. Ellos, aunque puedan tener determinadas relaciones de pareja, todavía no sienten que están en esa fase vital, que parece estar, efectivamente, muy lejana.
- Puntualmente es cierto que aparecen en los medios de comunicación casos dramáticos de agresiones de género provocadas por jóvenes. Su excepcionalidad, en cualquier caso, parece situarlas más lejos todavía de la experiencia que la violencia adulta aludida anteriormente.

Bueno ahora hay mucho entre jóvenes, lo ves en tv, como el caso este de la chica esta de Sevilla y todo eso, y vamos... yo entre amigos míos y eso nunca he visto cosas de esas, ningún tipo de maltrato.

Yo lo he visto en la tele y me ha resultado bastante raro, pero ya veo que no lo es (G.D. 4. CHICOS)

- Les afecta poco en tanto que **generación**. La auto-identificación como generación de la igualdad desde el punto de vista de las relaciones de género también afecta a la implicación. En la mentalidad de los mayores pudieran, efectivamente, darse casos de hombres que maltratasen a mujeres por considerarlas **inferiores**; pero no parece ser el caso habitual de los jóvenes, que se sienten vacunados de semejantes tendencias por una educación pretendidamente igualitaria.
- Por esa razón, no se sienten tampoco identificados **en tanto que hombres**; es decir, en tanto que representantes del sexo masculino. Son los hombres de otras épocas o de otras culturas los que pueden sentirse legitimados o tentados a ejercer la violencia contra la mujer; en lo que se refiere a ellos, parecería como si la masculinidad no existiese como entidad diferenciada, puesto que hombres y mujeres son desde todos los puntos de vista **iguales**, al menos en las actitudes mutuas que a ellos les implican.

La VPM es un problema, por tanto, importante y reconocido, pero que no les afecta particularmente por etapa vital, por generación y por identificación sexual. La violencia la ejercen **otros**, otros radicalmente distintos a ellos mismos.

- Cabría decir que la violencia **se conoce, pero que, en gran medida, no se entiende ni se comprende**. De ello se deduce algo que podría considerarse como una de las principales conclusiones de la investigación: **la práctica ausencia de identificación de situaciones de riesgo de VPM en su vida cotidiana**.

Un segundo canal de información identificado es la escuela o el instituto. Es bastante usual, aunque no generalizado, que los jóvenes hayan recibido charlas sobre el tema (previsiblemente organizadas por instituciones públicas, aunque en ningún caso se identifica la institución), charlas que, en general, han sido recibidas con bastante indiferencia y que no parecen haber modificado esencialmente la percepción del tema aludida a partir de los medios de comunicación.

Sí, del maltrato entre parejas, violencia de género, siempre está vivo el tema, nos explican un poco pero nada más, un poco de charla y ya está, tampoco atiendes mucho (E.A. 9. CHICOS)

Sí, del centro de salud o alguna cosa rara, y vinieron y hablaron pero a veces es que me desvinculo de lo que dicen, me quedo como pausado, no presté atención. Suelen venir dos veces por año y se quedan un día o dos, suelen tocar diferentes materias, drogas, sexualidad y maltrato, pero no me enteré mucho. (E.A. 8. CHICOS)

Las supuestas “deficiencias” de dichas intervenciones serían las siguientes:

- Intervenciones cortas, limitadas en el tiempo y sin continuidad en el resto de la acción educativa.
- Débil motivación en los responsables de la tarea educativa (intervención de trámite).
- Débil conexión con el mundo simbólico juvenil (efecto de indiferencia)
- Trivialización del tema (recurso habitual a juegos)
- Débil conexión con la **experiencia vital** de los jóvenes, en general, y con su experiencia de pareja, en particular (débil poder alusivo)
- Incidencia en lugares comunes, ya conocidos (exceso de redundancia en relación a la percepción desde los medios)

En ningún caso –lo cual sorprende- se ha observado la existencia aparente de un interés o una actuación de **los padres** al respecto. No parece ser –es, obviamente, una hipótesis- un tema relevante en la parte de la educación que los padres reconocen que les compete.

ACTITUDES QUE GENERA.

Es unánime en el mundo masculino juvenil **el desprecio** asociado a la posibilidad de utilizar la violencia física (o, eventualmente, psicológica; aunque ello introduce matices de los que se hablará posteriormente) contra la mujer. No hay nada que pueda justificar semejante recurso, que se considera antes que nada como **inmoral**.

Sobre el maltrato. Bueno yo creo que para nosotros es lo peor que nos puede pasar, el maltratar a una mujer (G.D. 4. CHICOS)

Pero no tiene excusa para maltratar a una mujer tampoco, yo creo que no hay ninguna excusa.

Dime una excusa que hay para pegar a alguien.

A una mujer ninguna. (G.D. 6. CHICOS)

Juega al respecto fundamentalmente la consideración de la mujer en relación al hombre como **débil físicamente**. Esta desigualdad constitucional coloca a la mujer en una posición de desventaja, que el hombre puede aprovechar, pero que es del todo inmoral que aproveche.

Es que pegar a un hombre, todavía te responde, pero pegar a una mujer es que... Una mujer apenas tiene fuerza para levantar un... (G.D. 5. CHICOS)

Porque una mujer es débil, no como el hombre. Y si le das una hostia se cae al suelo, le duele más. Le dolerá más, pero, vamos, no sé. Por eso les pegan a las mujeres y no a los hombres (E.A. 10. CHICOS)

La utilización de la violencia contra la mujer supone, por tanto, un **abuso de poder** por parte del hombre, abuso que es, desde cualquier punto de vista, ilegítimo y execrable. “El hombre que pega a la mujer no es un hombre”; es una frase que se repite con insistencia, frase que denota a todas luces que es la propia masculinidad la que se pone en entredicho en un tipo de conducta, que debe necesariamente calificarse de cobarde. La violencia es, antes que nada, para los jóvenes, una expresión de **cobardía masculina**.

“De cobarde.

Pegar a las mujeres, se supone que una mujer es menos fuerte que tu.

Se supone que físicamente una mujer es menos fuerte”. (G.D.1. CHICOS)

Por pegar a las chicas, si las pegas eres maricón. (G.D. 1. CHICOS)

Es que si pegas a una mujer es que no eres un hombre, tío (G.D. 5. CHICOS)

También pienso que quien pegue a una mujer es un cobarde. (G.D. 6. CHICOS)

La masculinidad (tal como aparece expresada implícitamente en el discurso de los jóvenes) no excluye necesariamente la utilización de la violencia como recurso, pero es un recurso que sólo puede ejercerse legítimamente **entre iguales**. La violencia puede utilizarse de hombre a hombre, pero nunca de hombre a mujer, porque ello implica aprovecharse de una situación previa de desventaja. Ciertamente es que hay un discurso genérico anti-violencia en los jóvenes; no obstante, en la práctica, no parecen ser inusuales los enfrentamientos violentos entre jóvenes, que están en este caso en el límite entre el juego y la seriedad. El hombre no puede ser cobarde, no puede dejarse dominar por otro; pero esa imposibilidad de la cobardía, presente en el **ideal del yo masculino**, que excluye la violencia contra la mujer, introduce la violencia, de forma casi natural, en las relaciones interpersonales masculinas¹⁰.

Desde pequeños hay violencia en los recreos y lo que sea. Los chicos más, las chicas nunca (G.D. 5. CHICOS)

No, hombre. De pequeño cuando estás en los recreos y... nos damos de hostias con palos, piedras y de todo. Pero hay un momento en la vida que hay que parar y dejar de pelear por cosas tontas (G.D. 5. CHICOS)

¹⁰ Un ejemplo de los grupos puede precisar mejor lo que se quiere decir. En una de las discusiones relativas a la posible utilización de la violencia en caso de infidelidad, se llegó a la conclusión de que no se debería pegar nunca a la novia, pero que sí que era perfectamente legítimo pegar al chico que se acercó a ella. Está claro, como se ve, que la infidelidad **exige** de algún modo la realización de un acto violento como compensación, a la antigua usanza.

Está claro, por tanto, que lo que excluye la violencia contra la mujer es un discurso (y una configuración de la identidad) intrínsecamente violento, intrínsecamente **agonístico**, que en modo alguno excluye la violencia de las relaciones y que, a la postre, posiblemente terminará por justificar, aunque no se tome nunca conciencia de ello, situaciones de violencia contra la mujer.

Aparte que está mal, ¿sabes? Ya está mal la violencia entre hombres, pues imagínate con una mujer. O sea, si le metes un puñetazo a un hombre está mal, pero pegarle a una mujer está el triple de mal (G.D. 5. CHICOS)

La violencia de la mujer contra el hombre, que, según se dice, también es relativamente frecuente, es una situación distinta. Se trata de una violencia ejercida por la instancia débil, lo cual, desde el punto de vista moral, no implica cobardía y, por tanto, no conlleva directamente censura moral. Se trata de un tipo de violencia que, en cualquier caso, cuestiona la masculinidad del hombre concernido, lo deja en entredicho, lo deja en la posición anti masculina de dominado, de, como se dice, “calzonazos”. Implícitamente (y, cabría decir, inconscientemente) el hombre preserva su exigencia de no dejarse dominar por la mujer y de, por tanto, mantenerla en una posición vital dependiente o subordinada. Mientras la mujer se mantenga en ese papel, no habrá razón para ejercer violencia; si lo trasgrede posiblemente sí que habría razones para ejercer la violencia contra ella. Pero en este caso el discurso siempre encuentra la misma salida airosa: antes de ejercer violencia hacia la propia pareja, lo lógico –y lo moralmente recomendable- es separarse y buscar una nueva pareja previsiblemente **más condescendiente y femenina**. Se trata de un mecanismo, típicamente juvenil, de selección natural de mujeres “femeninas”, que inevitablemente serán las que tendrán más éxito en sus noviazgos. La facilidad que da la experiencia actual de la población juvenil y adolescente para la generación y ruptura de parejas favorece este resultado, indudablemente conservador, en lo que respecta a la reproducción de los caracteres y de los roles tradicionales de género.

Claro, porque una mujer que le pega a un hombre no es porque el hombre no se pueda defender sino porque el hombre no se quiere defender y ya está. (G.D. 5. CHICOS)

Está claro, a ver quién va a denunciar, oye, que mi mujer me pega. (G.D. 6. CHICOS)

Sea como sea, el discurso masculino se reafirma en su **censura moral radical** hacia la VPM. No hay nada que la justifique, preocupa su extensión, y se demanda explícitamente un **incremento de las medidas** punitivas **contra el agresor** y de las **medidas de protección frente a la víctima**, que genéricamente se juzgan como ineficaces. No hay –como sucede en otros segmentos de edad- la más mínima empatía o solidaridad hacia el agresor, posiblemente porque el discurso lo ha calificado previamente como inmoral y, por tanto, como merecedor de la máxima censura y el máximo castigo sociales.

A largo plazo sí, a largo plazo cuando ya la gente desde pequeño es consciente que por eso puedes ir a la cárcel toda tu vida, yo creo que eso debería ser así, yo creo que se reducirá a largo plazo cuando los niños han crecido (G.D. 4. CHICOS)

Si en los medios. Tú ves por ejemplo... un hombre maltrata a una mujer por tal, y luego en tres años sale el hombre... que ha salido de la cárcel ha tenido el juicio y está en la calle, no ha pasado por ningún centro ni nada, solo tienen esto... la orden de alejamiento... que no cumple nadie por lo que se ve... para mi es una tontería lo de la ley de alejamiento... si por que tengas que estar 300m de la mujer... la gente sale, con la orden de alejamiento, se acerca a ella e incluso la mata...Claro porque el hombre está mal de la cabeza... por lo que sea, por drogodependencia, por lo que sea... y se le mete al hombre en la cabeza que tiene que ir a por ella... ya puedes tener las ordenes que quieras que va a ir (G.D. 4. CHICOS)

Está claro, en cualquier caso, como se irá viendo, que en el discurso masculino la censura de la violencia contra las mujeres no conlleva normalmente el más mínimo cuestionamiento del modo en que se establecen habitualmente las relaciones de pareja o de las pautas de relación intersexuales en el ámbito juvenil. Dado que el joven no siente que tenga nada que revisar en ellas, difícilmente se van a introducir elementos de prevención en su comportamiento.

COMPRENSIÓN DEL FENÓMENO.

Ya se dijo anteriormente que la VPM es un fenómeno que se le presenta al joven como relativamente incomprensible. Él, piensa, nunca va a utilizar la violencia; semejante utilización es algo que no puede, por tanto, comprender nunca del todo.

El no comprenderla no implica que no entienda que haya situaciones que puedan en un momento dado **explicarla**. Se entiende que se puedan producir conflictos entre hombre y mujer; lo que no se entiende, como se dijo, es **la forma violenta de resolverlos**.

El concepto de VPM presente en el discurso de los chicos.

Es de suma importancia que, llegado este punto, se haga una reflexión acerca de lo que entienden realmente los chicos como VPM. Pudiera ser, efectivamente, que **desde la investigación** se esté, sin darse cuenta, barajando implícitamente un concepto de VPM muy diferente al que en realidad barajan ellos.

Desde la investigación –en realidad, la tradición feminista es lo que está detrás de ello- se utiliza un concepto de violencia de género íntimamente asociado al concepto asociado de **desigualdad**. Siempre que hay desigualdad de género hay violencia de género en algún grado.

Los chicos no están normalmente en su discurso considerando un concepto semejante. La VPM que reconocen y que les afecta de alguna forma es **un modo particular de comportamiento** que consiste en **utilizar la fuerza** para conseguir lo que uno pretende, en este caso, de la chica. Lo que está en cuestión no es, por tanto, una situación de desigualdad previa, sino una forma inmoral y hasta criminal de resolver conflictos o de acceder a deseos, que consiste en la utilización ilegítima de la fuerza. La violencia contra las mujeres es más inmoral que otras formas de violencia, porque, ciertamente, hay una diferencia constitucional o corporal de partida: la mujer es menos fuerte que el hombre y, como consecuencia, más vulnerable. Pero esta es la única “desigualdad”, entre comillas, de partida que considera el discurso de los chicos; una vez que se renuncia a utilizar la fuerza, el marco de relaciones se representa como un marco de igualdad.

La utilización de la violencia física es en realidad lo que genera escándalo a los jóvenes, porque implica aprovecharse de una situación de debilidad constitucional de la mujer. A veces se habla y se reconoce, es cierto, la existencia de un tipo de **violencia psicológica**, pero no está tan claro que ambos tipos de violencia estén en el mismo registro en su discurso. La mujer también puede ejercer violencia psicológica contra el hombre; la violencia psicológica no presupone una debilidad constitucional de partida y, por tanto, puede ejercerla tanto el hombre como la mujer. Aún cuando todo tipo de violencia sea para la mayoría de los jóvenes deleznable, está claro que la violencia física es la que en realidad les escandaliza. La violencia psicológica está ahí, puede ser dura, pero no está claro que pueda ser considerada como inmoral, al menos en el mismo grado.

Es verdad que los chicos no hacen una reflexión semejante; no obstante, hablan de algún modo **desde ella**; por eso, entre otras cosas, es difícil que aparezca la VPM en su mundo. Efectivamente, es raro (y posiblemente, ha sido también raro siempre, en cualquier generación) que un chico de estas edades pegue a una chica; el tipo de violencia que puede aparecer en este mundo difícilmente puede llegar al punto de la agresión física. Y la razón posiblemente sea exclusivamente moral: hay ciertos límites morales que resulta muy difícil trasgredir a determinadas edades en las cuales el superyó es prácticamente soberano¹¹. La violencia se asimila, en ese discurso, **al delito**; es decir, a la conducta amoral y asocial.

Puede haber violencia psicológica en el mundo de los jóvenes, pero nos sorprendería que, de haberla, la identificaran fácilmente como tal. Reconocer la violencia psicológica obligaría a reconocer previamente algún tipo de desigualdad previa en el marco de las relaciones afectivas juveniles, de distinto tipo de las propiamente físicas o constitucionales, sobre el cual y desde el cual pudiera ejercerse esa violencia. Y es ahí donde falla la argumentación, porque no hay la más mínima propensión previa a percibir desigualdad en el ámbito de las relaciones de pareja juveniles.

En la pareja juvenil hay efectivamente conflictos, luchas, discusiones, etc. No es todo, como se verá, un camino de rosas. Semejantes peleas, en la medida en que no se resuelven por el camino de la violencia física, aunque sí por medio de otras formas de presión, parecería como si fueran más resultado de la diferencia que de la desigualdad. Chicos y chicas tienen simplemente intereses distintos, formas distintas de ver el mundo y las relaciones de pareja; es natural, por tanto, que choquen entre ellos cuando intentan establecer algún tipo de relación en común.

La relación de pareja que íntimamente se baraja es **esencialmente conflictiva**, por la razón de que ambos sexos parecen esperar cosas distintas de las relaciones. Lo anómalo no es que haya conflicto, sino que ese conflicto se resuelva de forma inmoral como imposición de fuerza; siempre hay para los jóvenes *a priori*, como se ha visto, otras vías más civilizadas para resolverlo. Lo que nos interesa, en cualquier caso, resaltar es la presunción de un desencuentro básico entre sexos, y la concepción **natural** de la relación de pareja como **lucha de poder** que, a la postre, debe implicar, aunque se admita o se sugiera un espacio intermedio

¹¹ Hablamos de un superyó eminentemente masculino, anterior con mucho a todas las propuestas de igualdad de género. La prohibición de pegar a las mujeres ha existido desde hace mucho tiempo, y ha sido perfectamente compatible con situaciones de franca desigualdad de género.

de negociación, el **dominio** de un sexo sobre el otro. Dominio, que no sometimiento por medio de la fuerza física, porque en este caso sí que habría que hablar de VPM.

Domina una relación de pareja **quien lleva los pantalones**. Lo natural, parece ser, que sea el hombre quien venza en esa lucha, aunque se den casos, relativamente frecuentes, en que se produzca lo contrario. La paradoja es que todo esto; es decir, todas las estrategias masculinas dirigidas a conseguir el dominio sobre la mujer no se perciban normalmente en clave de violencia, sino prácticamente en forma de **manifestación natural de sentimientos**. Es natural, por ejemplo sentir celos; pero pocos jóvenes advertirán el componente de violencia hacia la mujer que lleva implícita frecuentemente la actitud celosa masculina.

Sí, son celosos o la chica que no le hace caso, ¿sabes? Y se va ella sola. ¿Entiendes? Y yo qué sé, siempre tiene que mandar el hombre, soy yo el que dejo a la chica. Entonces los hombres se ponen desquiciados de pegar una hostia o... no sé. (E.A. 10. CHICOS)

Es que es eso, nos gusta llevar los pantalones.

Claro, eres un hombre.(G.D. 6. CHICOS)

Lo que cabría decir que falta en el discurso de los chicos es una **visión crítica de sus propias relaciones de pareja**, de modo que puedan identificar la desigualdad allí donde se manifiesta. Se echa en falta, efectivamente, una educación sobre la violencia que tenga en cuenta para cuestionarlas el conjunto de agresiones de género cotidianas “normalizadas” en el ámbito juvenil¹². Indudablemente, es insuficiente el resultado observado de que los jóvenes se posicionen en contra de la utilización de la violencia física en la pareja; si no consiguen entender que sus antecedentes pueden estar perfectamente presentes en la forma en que en que establecen sus relaciones cotidianas, difícilmente se puede producir ningún cambio sustancial que permita avanzar en el terreno de la prevención. Tener adolescentes más concienciados de que la VPM es mala no ayuda en modo alguno a corregir una situación en que la agresión física es solamente un **epifenómeno** de la desigualdad y la dominación.

La comprensión de la VPM adulta.

Se propone la vuelta, en cualquier caso, al tema de cómo comprenden los jóvenes la VPM en los adultos, ya que, como se vio, tienden a ubicarla espontáneamente en el mundo adulto. De los discursos al respecto se desprende una idea, al menos aparentemente, bastante simple: la violencia surge por una ofuscación masculina ante un comportamiento por parte de la mujer que, cabría decir, **le saca de sus casillas**. Hay un desencadenante, que siempre tiene que ver con algo que la mujer hace, y un comportamiento por parte del hombre excesivo en relación a ese desencadenante, y que tiene un carácter, cabría decir, **más pasional que racional**.

Estamos aquí diciendo todos que no vamos a pegar nunca a una mujer y llegas un día y a saber qué te pasa o lo que sea, la puedes pegar, eso

¹² El término de “micromachismo” de Luis Bonino pudiera muy bien servir para identificar y denunciar situaciones comunes en que la violencia simbólica, común y cotidiana en el mundo juvenil, sustituye a la violencia física directa.

surge, es que eso no puedes saberlo, hasta que no estás en la situación de decir es que me has hecho esto, esto y esto y te pones nervioso y te pones de mala hostia, es que ya no controlas, ya es que sin pensarlo le das (G.D. 6. CHICOS)

- La violencia tiene, por tanto, prácticamente siempre para el joven una causa perfectamente comprensible para él. De hecho, lo que hace normalmente es proyectar los comportamientos de sus parejas que sabe que le enervan, e imaginar una situación o una circunstancia hipotéticas que pudieran provocar la respuesta más irracional pero, previsiblemente también, **la que está más en sintonía con la naturaleza de la afrenta**.
- Implícitamente, ya se irá viendo, **la mujer siempre tiene algo de culpa** en la respuesta que desencadena. Los chicos no son capaces de imaginar en el hombre una **violencia gratuita**, sin sentido aparente, ejercida con la mera intención de hacer daño. El maltratador siempre tiene **algo de víctima**, de víctima fundamentalmente de la mujer, aunque el haber escogido precisamente la salida de la agresión al débil, la salida del delito lo inhabilita para cualquier posible redención.

Pero es que el hombre no va la pega porque no haya hecho nada, no llega a casa su mujer está sentada en la tele y se pone a pegarla, eso porque estaría loco, yo pienso eso, que estaría loco, siente que yo qué sé que tiene que pegar a alguien y lo hace con quien sea.(G.D. 6. CHICOS)

La principal causa, o desencadenante de la situación de VPM para los jóvenes son **los celos**. Es, al menos, la explicación que surge más espontáneamente. El hombre percibe infidelidad en la mujer y recurre a la violencia para solventar el problema y para preservar a la mujer para sí. Se está ante la explicación más antigua y tradicional de la VPM, y no deja de sorprendernos que aparezca con tanta naturalidad en la población juvenil; una población “moderna” que debería estar previamente “vacunada” a estas alturas de determinados prejuicios.

El tema más importante del maltrato... creo que son los celos... siempre sale que se ha matado a la mujer por que le ha visto con otro, ha ido a casa del otro,... son los celos más que nada... (G.D. 4. CHICOS)

Muchas veces por celos. La mayoría de las veces porque tu mujer te ha dejado y no quieres que esté con otro. Quieres que sea sólo tuya, ¿sabes? Yo es lo que pienso, vamos (G.D. 5. CHICOS)

O sea, que la causa del maltrato suele ser esa, ¿no? La chica se va con otro, flirtea con otro, este se cabrea y la pega ¿no? Y tú dices lo que tiene que hacer no es cabrearse sino dejarla ¿no? Eso sería la solución, ¿no? (E.A. 10. CHICOS)

- Si el desencadenante de la violencia son los celos, quiere ello decir que la mujer es indirectamente **culpable**, por infiel, de la situación que se desencadena. Si la mujer se hubiera mantenido fiel, no se habría producido la situación. En cualquier caso, como la violencia contra la mujer no es aceptable moralmente, quien sufre la descalificación en este caso es el hombre.

En ningún momento aparece la idea de celos excesivos, infundados o perversos, la idea de una deformación de la conducta celosa. Es más, se tendría que decir, en consonancia con el análisis realizado en el capítulo anterior, que los celos son un tipo de sentimiento y de conducta que los jóvenes consideran como **perfectamente natural y justificado**. No se concibe la pareja sin fidelidad, y es perfectamente natural exigir a la pareja que se mantenga fiel. Posiblemente uno de los gérmenes de la violencia esté en esa exigencia desmesurada de fidelidad por la parte masculina, que ha sido uno de los datos que han sorprendido de la investigación.

Es natural, por tanto, que la población juvenil masculina proyecte sobre el fenómeno de la VPM el problema que más directamente le afecta, el problema de la infidelidad femenina. Aunque no pueda compartir su forma de resolver el conflicto, realmente **se identifica con el agresor** en el móvil inicial de su conducta.

Esa identificación se advierte también con facilidad en otras explicaciones del fenómeno de la VPM. Es relativamente habitual explicar la incidencia actual de la VPM como una **resistencia a perder determinados privilegios** que antaño disfrutaba el hombre en la relación de pareja.

No se tiene demasiado claro que los jóvenes actuales tengan demasiado asumido que van a dejar de disfrutar de los privilegios de la servidumbre femenina; lo que sí parece claro es que no piensan defenderlos por la vía del chantaje o la agresión. Nuevamente, comprenden y se identifican con la frustración del agresor, pero abominan de la forma que utiliza para resolverla. El razonamiento siempre es finalmente el mismo: hay muchas más mujeres en el mundo, ¿por qué obcecarse en permanecer en una relación que no le resulta al hombre satisfactoria, y que le incita a recurrir a sus peores instintos?

Sí, pero llegar a las manos, es que... nosotros no llegamos a las manos... es que nosotros tocar a una mujer está feo... (G.D. 4. CHICOS)

Conviene detenerse en el tema de la servidumbre femenina, porque es indudablemente clave en relación a nuestro objeto. Estos jóvenes proyectan en el futuro una situación en la cual posiblemente se verán obligados a compartir las tareas domésticas, entre otras circunstancias por la sencilla razón de que lo más probable es que su pareja trabaje. No obstante, en el momento en que se profundiza un poco en el tema, inmediatamente se advierte la expectativa de que la mujer se responsabilice en lo fundamental de unas actividades que no dejan de reconocerse nunca del todo como femeninas.

No, pero si ella lo hace habrá que ayudarla en algún momento. Si hay que poner el friegaplatos, el friegaplatos y ayudarla. Hacen más que nosotros, la verdad. Pero bueno. Son sus costumbres también (E.A. 10.. CHICOS)

A la hora de proyectar este tema sobre la violencia, lo que surgen normalmente son escenas en que el hombre se ofusca porque la mujer no realiza adecuadamente las tareas domésticas. Ciertamente, hay que imaginar un escenario en que la mujer no trabaje fuera de casa para que el enfado del hombre tenga una justificación razonable en el discurso de la igualdad. La mujer supuestamente en esa situación se está **aprovechando del hombre**, que trabaja como un burro durante todo el día, y no encuentra una cena como Dios manda cuando vuelve a casa.

Pero también es cierto que si el hombre se tira..., vale, que esto es un pensamiento un poco antiguo, pero si se tira 10 horas fuera de casa y la mujer no tiene nada que hacer en el día pues oye qué menos que..., no está obligada pero que tenga el detalle de tener la cena preparada. (G.D. 6. CHICOS)

- Nuevamente se está ante un escenario en que la mujer es **culpable** de la reacción que desencadena en el hombre, aunque no esté justificada en sí misma, como se dijo, la utilización de la violencia.
- La mujer es culpable porque no cumple con su parte del trato, que supone cubrir las necesidades del hombre a cambio de su trabajo.
- La mujer parasita al hombre porque no atiende a sus labores; unas labores que en la situación de dependencia económica parecen totalmente obligadas, aunque no está del todo claro hasta qué punto. La mujer en esa situación parece que no tiene otra función en la situación de dependencia económica que la de estar **obsesivamente** al tanto de las necesidades del hombre.

Nos interesa particularmente esa imagen de la mujer que se aprovecha del hombre, que lo parasita, porque está permanentemente presente en los relatos del maltrato fantaseados. Una **mujer mala**, que no se acopla a las necesidades del hombre, no solamente materiales, sino afectivas e, incluso, es de suponer, sexuales suele estar en el origen del maltrato. Una mujer que no quiere al hombre, que incluso le engaña, como se vio, pero que lo utiliza para sus propios fines y que, finalmente, cuando ya no le interesa, se desembaraza de él, pidiéndole además los hijos, la mitad de la hacienda y una pensión de por vida. No es de extrañar que este pobre hombre se salga finalmente de sus casillas y termine por hacer una locura.

Pero por ejemplo darla un bofetón, ¿por qué, qué excusa sería?

Pues para que se espabile, si se gasta todo el sueldo del mes, se va de compras y se gasta todo el sueldo del mes, ¿qué haces, la besas los pies? (G.D. 6. CHICOS)

Mujeres que se han casado por dinero y le han quitado todo, y amigos de mi padre que tuvieron mujeres, le han quitado todo el dinero y se han ido, pues a ver qué..., le comen la cabeza, que si pone la casa a ni nombre y no sé qué.

Te ha quitado todo el dinero y no le puedes pegar. No es porque sea mujer o no pero a mí sí me roban el dinero pues sea quien sea le pego una paliza o hago algo.

Te quitan la casa y todo y te dejan en la calle.

Luego encima la pegas y... (G.D. 6. CHICOS)

Ese fantasma de la mujer mala está permanentemente presente, para conjurarlo, en toda la representación masculina del amor, e impone un comportamiento **fuertemente paranoico** en relación a las reales intenciones de la mujer. Por ejemplo, el que la mujer no haga adecuadamente las labores domésticas en realidad enerva al hombre menos por lo que tiene

de expresión de un intercambio desigual, por lo que supuestamente manifiesta de desinterés o desamor hacia él. Un amor femenino que se confunde con la servidumbre material, sentimental y sexual, el estar absolutamente **dispuesta para él**. Por eso, entre otras cosas, las labores domésticas es muy difícil que dejen de ser simbólicamente femeninas, porque antes que trabajo real son interés por el bienestar del otro, disposición, amor femenino en acto.

Dan mucho más que nosotros, la verdad. Es mi punto de vista, no sé. (E.A. 10. CHICOS)

La experiencia del amor de estos chicos está ahí; otra cosa es que su ideología parezca decir otra cosa. Por eso entienden tan bien al maltratador. Ciertamente, aciertan en lo que el maltratador **piensa**; lo que parece es que acierten en identificar siempre adecuadamente la situación real. Por ejemplo, ¿en cuántas situaciones de maltrato es posible asegurar que su desencadenante inicial fue la infidelidad real de la mujer? Posiblemente muy pocas¹³. Sin embargo, nuestros jóvenes presumen, como se vio, que son la mayoría. Algo falla en la información incluso más básica del maltrato que reciben los jóvenes. Desde luego, también hierran en suponer que se trata del resultado puntual de un arrebato masculino; el maltrato es la mayoría de las veces, como se sabe, una conducta de agresión sistemática y continuada en el tiempo. Tienen, efectivamente, mucho que aprender al respecto; y, desde luego, no parece que el discurso anti-maltrato que barajan habitualmente les inmunice en modo alguno de ejercerlo en un momento dado, en el momento en que se encuentren efectivamente ofuscados por el comportamiento femenino.

El maltratador real es posiblemente un paranoico, pero, desde luego, su paranoia se sustenta en una **desconfianza** permanente hacia la mujer, desconfianza en que su amor sea realmente sincero. Cabría encontrar las trazas de esa desconfianza, fuera del maltrato mismo, en los tópicos más usuales sobre las relaciones de pareja que circulan en el discurso masculino. Por ejemplo:

- *Entre hombres y mujeres no puede haber amistad.* Todos habrán oído esta frase, que legitima en la sabiduría popular la conducta celosa masculina.

Tópica es también la idea de que en las relaciones de pareja opera siempre una **lucha de poder entre el hombre y la mujer**, y el imperativo consecuente para el hombre de imponer en cualquier circunstancia su criterio frente al de la mujer¹⁴. El maltrato muchas veces se explica también en situaciones en que la mujer ha intentado ponerse **por encima del hombre**, es decir, ha abandonado su natural posición sumisa, y ello ha desatado las iras de su pareja masculina¹⁵. Hay una **línea imaginaria** que parece que la mujer no debe de traspasar, se diría

¹³ Esta afirmación es resultado de una apreciación del analista a partir de otros estudios cualitativos sobre el maltrato adulto. No es, efectivamente, un dato constatado cuantitativamente. Conviene, en cualquier caso, que maticemos la afirmación anterior. Es cierto que hay muchos casos de los visualizados en los medios de comunicación en los cuales en que el asesinato sobreviene cuando la mujer está iniciando otra relación, tras romper con su pareja anterior **precisamente a causa del maltrato**. Lo que falla normalmente en la percepción de los jóvenes es la visualización y comprensión de los antecedentes del delito y, por tanto, la comprensión de la conducta maltratadora antes de que se convirtiera en delito.

¹⁴ Para evitar aparecer públicamente como un calzonazos.

¹⁵ Todo esto se dice (en los grupos y entrevistas) a pesar de que todos se reconocen en el discurso igualitario. Hay como dos niveles en el discurso, uno más manifiesto, en el que no se entiende como

que también en ese nuevo mundo de la igualdad en que nuestros jóvenes creen participar. Esa línea imaginaria es la del cuestionamiento práctico¹⁶ de la autoridad masculina.

En el tópico está también la idea de que a la mujer **hay que educarla** para que permanezca en su sitio. En uno de nuestros grupos nos sorprendió un chico que afirmaba que un buen cachete a la chica a tiempo puede solucionar muchas cosas. El cachete infantil, que todavía nuestros jóvenes parecen defender como instrumento educativo efectivo¹⁷, se traslada a la mujer, **como si fuese menor de edad**. Ciertamente, el chico se pasó de lo políticamente correcto, y el grupo lo recrimino consecuentemente. Pero lo que nos interesa aquí es menos lo que el grupo cuestionó que lo que no cuestionó: la necesidad por parte del hombre de educar a la mujer, de ponerle límites, con independencia del método que se elija; algo que es posible de entender en el caso del niño, pero que resulta totalmente grotesco en el caso de un individuo adulto. Hay que presuponer una relación de poder en que el hombre dicta y la mujer debe de ajustarse a sus dictados. El que haya que educarla menos con cachetes y más con caricias no cambia la naturaleza de la relación.

No vas a recuperar nada pero que espabile un poco, yo qué sé, tampoco un maltrato.(G.D. 6. CHICOS)

Habría que volver al tema de la mujer mala, porque ahí aparece un elemento que puede ser de interés. En un sector del grupo siempre aparece la típica defensa masculina de que hay mujeres que **también maltratan a los hombres**. Esta mujer maltratadora es, indudablemente, la mujer mala, esa mujer que parece que pide que se la maltrate porque, en apariencia, su único interés es llevar al hombre a la ruina.

Yo pienso que siempre la violencia de género siempre se enfoca de los hombres a las mujeres pero que también hay veces que es la inversa, que en muchas ocasiones..., bueno, no en muchas ocasiones, vale, que son menos ocasiones pero las mujeres también, aunque no lo hagan físicamente psicológicamente también maltratan a los hombres.

Le vuelven loco. (G.D. 6. CHICOS)

No sé, hay mujeres muy listas, te buscan la ruina (G.D. 6. CHICOS)

- Ciertamente, aunque parezca una paradoja, en el límite la mujer maltratadora es la misma que la mujer maltratada, porque lo que desencadena el maltrato, aunque no lo

legítima cualquier discriminación, y otro más soterrado, en el que la desigualdad se impone con toda naturalidad.

¹⁶ Privado y público; pero es todavía peor si resulta ser público, si la mujer desautoriza al hombre a la vista de los demás.

¹⁷ Es más, en más de una ocasión se achacan los males de parte de la juventud actual a la ausencia de cachetes implícita a una educación permisiva sin imposición de límites. El cachete parece ser, para estos jóvenes, la mejor alternativa para establecer un límite claro a la conducta del hijo. No es éste el lugar para reflexionar sobre este tema, que resulta sorprendente, no sólo por el posible retorno a una situación en que la utilización de la fuerza física pueda volver a legitimarse como instrumento educativo, sino fundamentalmente también por la paradoja de la reivindicación de una educación autoritaria planteada precisamente por quienes pudieran llegar a soportarla.

justifique, es el hecho de que la mujer intente invertir los papeles, salirse del comportamiento que tiene dictado.

Yo no sé, no lo sé, yo también lo veo mal que un hombre pegue a una mujer pero, ¿sabes?, siempre culpan al hombre y una mujer también hace esas cosas para que el hombre le pegue.

Y te lo buscan y te lo buscan también. (G.D. 6. CHICOS)

- La mujer mala, la mujer maltratadora es, en última instancia aquella que intenta **castrar** al hombre, arrebatarle su potencia, su masculinidad. Una potencia, en la realidad, bastante impotente, porque parece que no se puede concebir sin una mujer que la soporte.

¿Pero podías decir alguna excusa?, porque ejemplo si tu mujer, tienes mujer y tú ¿qué excusa tendrías para poder darla un bofetón?

El dinero que tienes, te quita todo y luego se va (G.D. 6. CHICOS)

También es un tópico el decir que la mujer es en realidad quien manda en la relación, quien en realidad lleva los pantalones. Manda, ciertamente, porque tiene el poder potencial de castrar al hombre, ya que su masculinidad depende sólo de ella. Pero si ejerce ese poder, la llamada VPM se va a imponer por parte del hombre, a no ser que éste sea, efectivamente, un calzonazos.

Pues... pasando de ella completamente. (Risas) Y le dices, pues mira, hoy quedo con mis amigos y mañana quedo contigo todo el día, haciendo planes, no sé.

Tampoco te puede intentar ahí controlar. Si no eres un calzonazos (G.D. 5. CHICOS)

En la práctica, si la mujer quiere actuar en la pareja como persona autónoma e independiente inevitablemente será percibida como mala, maltratadora, castradora por su pareja masculina. Mientras el hombre no aprenda a salirse de ese juego de poder difícilmente va a perder su propensión al maltrato. Mientras el hombre no reconozca **realmente** a su pareja femenina como alguien igual e independiente, difícilmente se reducirá la VPM; es más, aumentará, porque la presión de la mujer hacia la igualdad inevitablemente le sacará de sus casillas.

El tema de la mujer maltratadora aparece en el discurso por una razón bien clara: hay hombres que tienen miedo de que, con todas las medidas asociadas al abordaje de la violencia contra las mujeres, se desequilibre la relación de poder y la mujer obtenga **armas** para buscarle la ruina a sus parejas masculinas. La queja, si se puede llamar así, tiene que ver con que, supuestamente, para policías y jueces, la presunción de culpabilidad va a estar siempre del lado del hombre, favoreciendo, por tanto, que la mujer utilice el engaño para ponerse por encima del hombre. Con independencia de que eso sea real en pocos o muchos casos, y que ello provoque intervenciones policiales o resoluciones judiciales injustas, lo que parece claro es que este sentimiento de amenaza lo que trasluce es una **desconfianza esencial** hacia la mujer. Desconfianza hacia la mujer en general, por su propensión aparente a invertir la

situación de poder; pero, lo que es todavía más curioso, desconfianza hacia la propia pareja femenina en particular, puesto que hay que estar muy inseguro de su “lealtad” cuando se percibe un riesgo en el hecho de que exista una predisposición favorable en las instituciones a prestar mayor crédito a la versión femenina de los hechos.

Sí, pero que hay muchas también que han denunciado es mentira luego, que ha salido...

Para sacar los cuartos.

Que le han metido en la cárcel y...

Para complicarte la vida más. (G.D. 6. CHICOS)

Pero para sacarte luego dinero.

Luego denuncia y se forra.

Claro.

Que le pegara y salen por la tele y...

Eso sí es verdad, que en ese tema tenemos mucha desventaja los hombres por eso, porque a lo mejor la mujer te denuncia... (G.D. 6. CHICOS)

Claro, igual que hay hombres buenos y hombres malos hay mujeres buenas y..., son muy listas, son muy listas, que a lo mejor tú te casas con una mujer y como estés torpe a la hora de casarte la mujer te cabreas con ella, te denuncia porque la has pegado y te quedas sin todo lo que has conseguido en tu vida, que en ese tema las mujeres... (G.D. 6. CHICOS)

Bueno, pero a ver si ahora al endurecer la justicia va a perjudicarte también porque imagínate que tú..., pues lo que hemos hablado antes, por lo de las mujeres..., es que también endurecer la justicia pero a ver cómo.(G.D. 6. CHICOS)

La violencia contra la mujer, como se ha dicho, nunca se va a justificar, porque supone en sí mismo un acto vil y cobarde. Por ello, el maltratador, aunque se entiendan sus móviles, siempre tendrá **algo peculiar** que le fuerce a realizar semejantes viles acciones.

- El maltratador o es un loco, o un desesperado, o un borracho, o un acomplejado, etc.... Es un tópico común –que no se entiende muy bien por qué no se intenta decididamente desmontar, poniendo de manifiesto su inadecuación con la realidad-, en el que inciden reiteradamente los jóvenes, el suponer que el maltratador tuvo una infancia desdichada, donde el maltrato hizo también acto de aparición, lo cual provocó en él un **trauma**, que en gran medida explica la facilidad con que recurre a la violencia para resolver sus conflictos de pareja. Siempre hay una locura permanente o temporal (provocada por el alcohol u otras drogas, o por determinadas situaciones adversas) que “explica” de algún modo esa conducta inmoral.

Pienso que esos problemas vienen desde pequeños y por eso le pegan a su pareja. Si te pasó algo desde pequeño o tienes algún trauma pues de mayor vas a terminar en violencia.(G.D. 2. CHICOS)

Porque si a uno tiene una mala vida no es igual que a uno que le tratan bien, que se acostumbra a estar bien, ¿sabes? No uno que esté viviendo mal, que sus padres le peguen, que le traten mal y todo eso y tenga problemas, pues luego de mayor va a ser así también, a la mínima que se pase con los hijos pues les va a pegar o a la pareja. Yo qué sé (G.D. 2. CHICOS)

Sus padres se murieron en un accidente de coche.

Él se tuvo que criar solo (G.D. 3. CHICOS)

Que los padres han pasado de él y no le han hecho caso (G.D. 3. CHICOS)

Pues porque no tenía padres y no tenía quien le educara, se ha criado casi él solo (G.D. 3. CHICOS)

Pero también hay que ponerse en su pellejo... porque también hay algún trauma y eso

Algún trauma infantil o algo de eso (G.D. 4. CHICOS)

Tu desde pequeño ves que por ejemplo tu padre pega a tu madre,... pues si no te enseñan durante tu infancia a no hacer eso... tu cuando llegues a esas edades y te vas con tu mujer, pues a lo mejor incides porque te acuerdas de lo que han hecho, y porque lo hace tu padre a lo mejor lo haces (G.D. 3. CHICOS)

Pero si el padre pega a la madre pues será más probable yo creo que luego también lo haga, por lo que ha visto, si nada más que por lo que ha visto.

Porque quedan secuelas al chaval.(G.D.6. CHICOS)

Los que pegan a las mujeres es que están locos (G.D. 6. CHICOS)

- No se cree que los jóvenes recurran a esta explicación para disculpar al maltratador, o para proponer que se le trate más como un enfermo que como un inmoral. Los jóvenes no entran en semejantes matizaciones usuales, como se sabe, en el mundo adulto. Se piensa que entran en ellas como la solución más fácil para explicar un comportamiento moralmente excluido sin comprometer en modo alguno los presupuestos que rigen el comportamiento actual de las relaciones de pareja. El razonamiento implícito podría ser el siguiente: *“es mejor que sea cosa de locos, porque si no, si fuera un comportamiento de personas normales, había que cuestionarse necesariamente la propia normalidad, la forma habitual en que se establecen las relaciones de pareja entre jóvenes”*. Y, ciertamente, en el discurso espontáneo de los jóvenes se suele dar una débil revisión crítica, como se ha dicho varias veces, del propio comportamiento al respecto.

Sorprende que prácticamente nunca **el machismo** aparezca de forma espontánea como explicación de las situaciones de violencia; sí que se acepta, sin embargo, como explicación de forma sugerida. Cuando se les pregunta si los maltratadores pudieran ser machistas, sí que

aparece una posible explicación desde la ideología de determinados hombres de **creerse superiores a las mujeres**.

“El desprecio hacia una mujer.

Que un hombre se cree más que una mujer” (G.D. 1. CHICOS)

Cuando algo no le sale... o algo que no le gusta a él, tiene que ser así y usa la violencia contra ella. (G.D. 3. CHICOS)

O sea que hay algunos casos que el hombre lo que quiere es tener el mando de la casa, o la pareja (G.D. 3. CHICOS)

Por eso yo creo que si puede ser por machismo, no te digo que siempre sea por machismo... Pero si puede que piense que la mujer no debería tener tanta libertad... antes la mujer no podía hacer nada y ahora está en todos los lados (G.D. 4. CHICOS)

Esta “curiosidad” merece, al menos, un intento de explicación. Desde luego, los jóvenes consultados no se identifican a sí mismos como machistas; es más, insisten en afirmar que para ellos hombres y mujeres son iguales y tienen los mismos derechos. No hay la más mínima crítica ni revisión del discurso dominante de la igualdad entre los sexos. Desde ese discurso previo sería, a priori, es de suponer, relativamente fácil y cómodo explicar la violencia como resultado a extinguir de una ideología caduca o a punto de caducar, que puede todavía permanecer en el mundo de los mayores, pero que los jóvenes tienen completamente excluida.

Pues eso, que el hombre se crea superior que la mujer. Que quiera hacer menos, que quiera que su mujer le ponga la cerveza. Que le diga que tiene que comer más porque es el hombre, que no friegue yo qué sé, cosas así. Hombre, si el hombre tiene trabajo y ella no tiene trabajo y se dedica a ser ama de casa pues tampoco va a llegar el hombre de trabajar y se va a poner a poner la lavadora, la plancha y todo eso. Se tendrán que repartir tareas un poco. Y ya está. Pero tampoco va a estar ahí. (G.D. 2. CHICOS)

No tenemos la mentalidad que hace 20 años tenían nuestros padres o nuestro abuelos... es muy distinto, las tareas ahora están más compartidas las tareas de casa, más que nada porque la mujer... a lo mejor se enfada si no la ayudas y puede generar un problema en casa si no la ayudas, antes a lo mejor tragaban mas (G.D. 4. CHICOS)

Gente que se ha criado con Franco, que antes había más machismo que ahora.

Y eso es por la educación porque antes se pensaba así.

Antes se pensaba así, que la mujer era un trapo que no valía para nada.

La mujer en casa todo el día poniéndose a limpiar y el hombre pues eso.

Yo lo veo más en gente esa, vamos, yo así por la tele que han matado a su esposa son gente de 40 años o por ahí, hombre, algún joven pero la mayoría... (G.D. 6. CHICOS)

- Ciertamente, se está ante la generación de la igualdad; una generación que ha mamado hasta la saciedad en su educación los mensajes de la igualdad de sexos. No puede decirse, sin embargo, que ellos hayan sido los protagonistas de semejante revisión, no es algo que ellos hayan provocado o generado. En cualquier caso, operan como si ellos estuvieran vacunados al respecto, como si no tuvieran el más mínimo riesgo de verse implicados en actitudes o prácticas machistas.

La mayoría de los casos es que las mujeres, que una cosa es que le obliga al hombre que ella no quiere hacer y por eso.

Porque creen que todo lo que le diga él va a ser lo que tenga que hacer la pareja.(G.D. 3. CHICOS)

No, lo que si he estado con una chica lo que he decidido yo y ella no la ha parecido bien me lo ha dicho y si ella ha decidido algo y, no sé, creo que lo hemos llevado los dos igual.(G.D. 3. CHICOS)

Yo creo que antes más porque antes la mujer era más como... o sea el hombre venía de trabajar y el hombre se sentaba en el sofá y no se movía y la mujer hacía todo de casa. Ahora en las parejas jóvenes lo hacen todo... aunque él trabaje, él cuando venga si le toca poner la mesa pues la tiene que poner. (G.D. 3. CHICOS)

Esa sensación de **inmunidad frente al machismo** obtura o inhibe cualquier revisión del comportamiento propio, pero también social, en clave de desigualdad de sexos. Cabría decir que **no ven** la desigualdad o el machismo porque previamente han eliminado su posibilidad. El mundo que perciben es un mundo distinto, donde la clave de la desigualdad de los sexos no tiene cabida. Por eso no les sale espontáneamente el recurso al machismo para explicar la VPM. Ellos sólo ven problemas de pareja, completamente naturales o naturalizados, con una resolución, en cualquier caso, inmoral.

- Cuando se introduce (como se dijo, artificialmente) el tema del machismo sí que suele aparecer asociada con facilidad la cuestión de los colectivos inmigrantes. Hay, efectivamente, culturas machistas, que parecen favorecer la violencia **gratuita** contra la mujer; se puede hablar de los árabes, se puede hablar de los ecuatorianos... Incluso al respecto puede articularse un discurso comprensivo de respeto a sus propias peculiaridades culturales.

Los árabes casi todos son machistas. Y el maltrato también es de ellos, que es mi cultura, ¿sabes? (E.A. 10. CHICOS)

- No se advierte una tendencia, en cualquier caso, a establecer un discurso culpabilizador de las minorías culturales al respecto de la presencia de la VPM. Se sabe que hay violencia en esos mundos, pero también se sabe que hay violencia en el nuestro. Lo que nos sorprende es que la explicación desde el machismo se tiende a recluir en esos mundos culturales; para nuestro mundo desarrollado hay que ensayar otras explicaciones no culturalistas, más individuales o circunstanciales, como si el machismo hubiera desaparecido hace tiempo de nuestra sociedad.

El maltratador mata muchas de las veces por amor. En el discurso de los jóvenes sobre la VPM esa premisa está necesariamente presente. Los móviles del maltrato tienen, por tanto, un cierto carácter legítimo, porque en gran medida, como se ha visto, el sentimiento subyacente, los celos, también aparece previamente legitimado. En varios de los grupos se discute sobre el sentido del habitual suicidio del maltratador tras consumar la muerte de su víctima; y es normal que se concluya que **se suicida por arrepentimiento**, por no poder soportar la culpa de su acción.

Lo que pasa que los hombre tenemos más, no sé, más impulso y violentos y somos como más agresivos y muchas veces cuando no conseguimos lo que queremos pues algunas personas que se enfurecen y hacen cosas que luego lo piensan bien y no haría. (G.D. 3. CHICOS)

Muchos hombres se arrepienten después de matarla (G.D. 5. CHICOS)

En este contexto el maltrato supone también algo así como una **locura transitoria**. Semejante locura transitoria pueden provocarla, efectivamente, **el alcohol o las drogas**, lo cual no disculpa moramente el acto, pero sí que lo hace comprensible y humano.

O también puede ser que esté con el alcohol o drogas o cosas así. Porque también la mayoría de las veces es por el alcohol y cosas así. (G.D. 5. CHICOS)

También, si consumes algún tipo de sustancia, que se te vaya la cabeza y pegas a tu mujer... si vas borracho... eso es muy típico también (G.D. 4. CHICOS)

Problemas con la bebida también influye, sube el hombre... o sube la persona, ya no digo ni el hombre ni la mujer, sube borracha a casa y por cualquier tontería pues no sabes lo que haces porque cuando vas borracho, yo porque me lo han contado, no sabes lo que haces. (G.D. 6. CHICOS)

Yo tengo dos tíos y pegan a mis tías cuando se ponen borrachos, lo he visto eso y siempre les he dicho, ¿por qué la pegas?; dice que cuando se borracho es que no piensa; cuando está (.) y es un mazo de buena persona y tú hablas con él y lo que sea, pero cuando se ponía borracho, buaf, empezaban aquí a escupirte, a insultarte, de todo, es que no piensa cuando se pone... (G.D. 6. CHICOS)

Otras circunstancias, relativamente usuales en el mundo adulto, pueden generar un efecto semejante de obnubilación. Se alude con asiduidad a los problemas económicos, a las frustraciones profesionales... pagar la frustración con la mujer

Cuando no hay dinero va mal... hablo pensando en el futuro, cuando vives con una persona y tienes que mantener una casa... Con ella trabajando duro también, y si puedes llegar a fin de mes te quitas muchos problemas, problemas que te pueden generar muchas discusiones. (G.D. 4. CHICOS)

Es que también puedes estallar. Igual estás con tu mujer y tienes hijos y toda la historia y no sé, te pueden estar ahí jodiendo la vida, los hijos, la mujer, la comida de tu mujer, el trabajo también... Igual al hombre se le va la pinza y yo qué sé (G.D. 5. CHICOS)

También problemas en el trabajo o en cualquier cosa y lo pagan con la mujer, eso también.(G.D. 6. CHICOS)

3.2. El discurso femenino.

EL INTERÉS HACIA EL TEMA.

En todas las edades estudiadas se muestra un **interés acusado** por el tema. Se muestra en las chicas, por tanto, una **elevada receptividad** frente a informaciones e intervenciones de **carácter preventivo** hacia la VPM en la adolescencia. También puede decirse que el conocimiento previo que manejan al respecto es sorprendentemente alto, si se lo compara con el que suele poseer la población adulta media y, desde luego, como se ha visto, la población masculina adolescente y juvenil.

- Al menos en este aspecto del conocimiento del fenómeno, debería de hablarse de **efectividad** de las intervenciones de información y sensibilización realizadas en los colegios e institutos. No obstante, en relación a la muestra, todavía es una minoría las chicas que declaran haberlas recibido.

*Parecía una familia completamente normal y... también nunca sabes si te puede pasar o no, aunque sepas que está mal y tal, pero puede llegar un momento en el que... en el que llegas a la violencia con tu pareja. **En un momento puedes ver... de decir yo en el futuro pues no voy a tener problemas nunca... pero puede pasar.** (G.T. 2. CHICAS)*

El interés que manifiestan hacia el tema se sustenta en una **auto-percepción de riesgo** de poder sufrir en algún momento de sus vidas una situación semejante. La percepción de riesgo la asocian a su condición de mujeres. Cualquier mujer está en riesgo de sufrir violencia por parte del hombre, puesto que parte de una **debilidad constitucional** que le impide contrarrestar la violencia masculina si el hombre decide ejercerla.

*Sí, claro que tiene que ver, o sea, a mí, por ejemplo, **no es algo que me haya afectado, a lo mejor me puede afectar en un futuro**, pero es algo importante, porque es algo que pasa en la actualidad y que... se ha erradicado mucho pero sigue pasando muchas veces. Antes pasaba mucho más, pero sigue pasando. Y hay por ejemplo muchos, mmm... (Dubitativa) pasa casi siempre pues con los adultos, a lo mejor con gente de nuestra edad, no tanto, pero eh... la... nosotros nos vamos formando según lo que vemos y si eso está todos los días en la tele o tú lo ves en casa o lo que sea, pues te vas a empezar a formar así.(G.D.1. CHICAS)*

No sé, yo creo que a todo el mundo le puede afectar, ¿no? (G.D. 5. CHICAS)

- Sorprende de algún modo, en cualquier caso, esa conciencia de vulnerabilidad generalizada. La conciencia de riesgo femenina en este tema trasluce algo más que la ciega identificación de una probabilidad objetiva. A un nivel posiblemente más inconsciente que consciente, la vulnerabilidad frente al hombre tiene un carácter estructural. Las mujeres son más débiles y los hombres son más fuertes; una fortaleza

(inicialmente física) que, ciertamente, no les da en nuestra sociedad igualitaria ningún derecho, pero que deja permanentemente abierta la posibilidad de que sea ejercida. El hombre siempre tiene abierta esa posibilidad -parafraseando la máxima de Foucault relativa al poder soberano- de “hacer morir y dejar vivir” a las mujeres; y el fenómeno de la VPM con resultado de muerte, tal como es percibido desde los medios de comunicación, expresa a todas luces que esa posibilidad es frecuentemente ejercida en el ámbito de la pareja y, lo que todavía es más inquietante, parece ser ejercida **con cada vez mayor frecuencia**, a pesar de los medios, progresivamente más intensos y sofisticados, que la sociedad implementa para proteger a las mujeres.

***Que trata a la mujer como si fuera más débil, que, no sé, como yo tengo más fuerza, pues te voy a pegar, yo creo.**(G.D. 1. CHICAS)*

Siempre te tienes que dar cuenta de que es un chico, que tiene más fuerza que tú. (G.D. 3. CHICAS)

Pero quién se cree él con derecho a quitarle la vida, ¿cómo se dice eso?, cuando... (G.T. 6. CHICAS)

- Cabría hablar, por tanto, en referencia al discurso de las chicas, más que de vulnerabilidad personal, de vulnerabilidad de género. Se sienten vulnerables por ser mujeres, una posición que las coloca inevitablemente en riesgo de sufrir violencia por parte de los hombres, y que activa automáticamente la necesidad de defenderse o de reclamar ser defendidas de ellos. Una defensa necesariamente solidaria, por cuanto que al ser una violencia ejercida en función del sexo, implica a cualquier mujer, que se ve reflejada en la situación no sólo como víctima potencial, sino también como víctima actual.
- Cabría decir que el tema de la violencia contra las mujeres activa en cualquier mujer (y las adolescentes estudiadas, incluso las más jóvenes, no son una excepción) una suerte de feminismo espontáneo, que supera cualquier posicionamiento ideológico personal al respecto¹⁸. No todas, ni siquiera la mayoría de las chicas estudiadas se sienten y/ o se declaran feministas, pero frente a este tema y, en general, ante la agresión de género masculina patente, desarrollan una posición uniforme y solidaria defensiva y vindicativa de una necesaria igualdad de género¹⁹.
- La consecución de la igualdad de género es, por tanto, el sustrato que activa de forma poderosa la lacra de la violencia contra las mujeres, porque la igualdad de género es incompatible con la VPM. Es necesario que el hombre renuncie a esa posibilidad que le

¹⁸ De hecho, la mayoritario en las chicas es no considerarse feministas. Creemos que ello trasluce una cierta **decisión estratégica**: no conviene, o, a muchas chicas parece no convenirles, declararse feministas en un escenario en que se reclama la igualdad de género, porque parecería que con ello el hombre pudiera interpretar que lo que realmente se aspira es a invertir la situación de poder. En los grupos las más feministas solían recurrir al término “hembrismo”, para eliminar esa connotación negativa del feminismo, y precisar su vocación originaria en la dirección de la igualdad.

¹⁹ Este término, como el anterior de agresión de género, obviamente, son nuestros; pero creemos que traducen fielmente los conceptos implícitos o, más bien los sentimientos implícitos el discurso de las chicas.

ofrece su biología de imponer por la fuerza a la mujer un comportamiento, posibilidad que reduce inevitablemente a la mujer a una posición de servidumbre frente a aquél. Y al respecto no hay fisuras en el discurso de las chicas: todas ellas aspiran, al menos de forma consciente, a la igualdad, y todas ellas reaccionan individualmente y colectivamente, de forma solidaria, a cualquier tentativa por parte del hombre de utilizar la fuerza física para condicionar su comportamiento, pero también frente a cualquier acción o manifestación dirigida a colocar a la mujer en una posición de servidumbre frente al hombre.

LA IDENTIFICACIÓN DEL FENÓMENO.

No existen demasiadas diferencias ni confusiones a la hora de identificar y definir la VPM. Se trata de situaciones en que la mujer aparece **sometida** al hombre por medio de la fuerza y, sobre todo, por la amenaza suspendida de su propia muerte. Las muertes de mujeres a manos de sus parejas siempre se interpretan como cumplimiento final de esa amenaza suspendida, y presuponen que la mujer ha intentado romper con la relación de sometimiento que se había visto obligada a soportar por la violencia del hombre.

Desde luego, tienen bastante claro quién es el agresor y quién es la víctima; no se presentan apenas esas confusiones al respecto tan habituales en el discurso masculino, como hemos visto, tendentes a invertir los papeles (la víctima que en el fondo era agresora, o el agresor que se convierte finalmente en víctima). Tampoco aparece la típica teoría masculina del arrebató; para las chicas la violencia masculina siempre tiene algo de **premeditación**, aunque quizá no de alevosía.

Sí que aparece, sin embargo, como en el discurso masculino, esa tendencia a equilibrar el diagnóstico general que supone afirmar que también hay **mujeres malas** que dominan y maltratan a los hombres. No obstante, es raro que se confundan los diagnósticos, suponiendo que es la maldad de la mujer la que provoca en muchos casos la respuesta violenta masculina. Son dos tipos distintos de maltrato, ambos censurables, porque implican del dominio de un sexo sobre el otro y porque son, por tanto, incompatibles con la deseable igualdad entre los sexos. En cualquier caso, parece claro que el maltrato masculino es más problemático y censurable, porque tiene muchas veces como resultado la agresión y la muerte, y porque, como se dijo, se sustenta como conducta sistemática en la amenaza de agresión o de muerte. Ambos rasgos no están, salvo de forma muy anecdótica, en el maltrato femenino hacia el hombre, cuya puesta en escena –se intuye– parecen necesitar aquellas chicas que precisan desmarcarse de la imagen de feministas, con la cual no se encuentran demasiado cómodas.

Claro, pero yo me refería a que si la chica supuestamente es quien abusa del chico, ahí en ese caso sí es feminista. (G.D. 5. CHICAS)

Pero la mujer también se puede sentir superior al hombre, y puede haber maltrato de la mujer hacia el hombre, es menos probable, pero también puede suceder (G.D. 2. CHICAS)

Pero tanto de la mujer como del hombre. Porque hay mujeres que son malas, malas (G.T. 6. CHICAS)

El dramatismo se desplaza fácilmente de la agresión y la muerte a la **situación de sometimiento previa**. Lo realmente terrible de la VPM para las chicas es el **tipo de vida** que puede llevar la mujer en esas situaciones, un tipo de vida en que el **miedo a la agresión** provoca el sometimiento y la subordinación absoluta a los deseos del varón. Agresión psicológica y agresión física aparecen directamente vinculadas, porque el sometimiento provocado por el miedo a la agresión supone un estado de agresión psicológica permanente. La agresión psicológica implica el desprecio y la minusvaloración de la mujer por ser mujer: es una agresión a su identidad y a su condición de persona.

No, que si ya se ha casado con él, como que ya está obligada a hacer todo lo que quiere, ya no se puede echar para atrás, lo hecho está hecho (G.D. 2. CHICAS)

Yo creo que también es un poco por el hombre que quiere a lo mejor dominar sobre la mujer, que eso siempre ha sido a lo largo de la historia, que siempre ha intentado estar como por encima, no dejando que la mujer se exprese o tenga los mismos derechos que el hombre entonces... una forma de tenerla dominada por el miedo. (G.D. 4. CHICAS)

- Lo que han debido vivir esas mujeres en su relación es lo realmente sobrecogedor de la VPM en la pareja para las chicas, porque una vida condicionada por alguien que se arroga el derecho de hacer morir y dejar vivir, debe ser lo más parecido a la muerte en vida. Una vida supeditada a lo que pueda llegar a hacer el hombre, desde la certeza de que es capaz de hacerlo, supone la ablación de cualquier comportamiento voluntario. No es que la agresión psicológica sea más efectiva; lo que ocurre es el derecho a dejar vivir condicionado al de hacer morir supone un estado de agresión psicológica permanente. La mejor prueba de que es la amenaza de agresión física lo que soporta la relación es el hecho de que, cuando la mujer quiere dejarla, su vida queda automáticamente en riesgo. Y esto es algo que tienen bastante claro las chicas: la muerte de la mujer sobreviene cuando decide romper con la relación, como cumplimiento final de una amenaza continuada que queda en el hecho demostrado que no era precisamente infundada.

*Que puede hacer lo que quiera con ellas **

*Un poco trozo de carne **

Que la tiene en su poder, que es de él y de nadie más (G.D. 2. CHICAS)

Te pego porque te quiero, porque te lo mereces. Es que no... no lo entiendo. Pero bueno, es así. Cada vez se ve más, eso está claro, que cada vez más. No sé por qué será, ni en qué edades será más, porque no sé, pero sí que es verdad que hay muchos casos de maltrato, ya no sólo físico, sino psicológico, que no se cuenta tanto, pero yo creo que es incluso peor. Es incluso peor que te estén machacando día a día diciendo que eres una mierda y que no vales para nada, que te den un quantazo. Yo creo que es peor, incluso. Y no sé, es machismo, yo creo, por parte del hombre a la mujer. (G. D. 5. CHICAS)

LA IDENTIFICACIÓN DE LAS CAUSAS.

Si existe claridad a la hora de identificar y conceptualizar el fenómeno, no resulta tan clara **la explicación** de por qué se produce. No están claros, por tanto, **los motivos** o las causas que llevan a un hombre a someter a su pareja por medio de la fuerza. Las explicaciones que barajan (disfunción psicológica, maltrato en la propia familia, ideología conservadora, referentes culturales externos, etc.) siempre tienen un cierto carácter insuficiente, en la medida en que no permiten establecer relaciones causa-efecto claras.

No tienes derecho a nada sobre esa persona, o sea, no tienes derecho a maltratarla. Eso no es amor, es que no es amor. Yo a una persona que la quiero no la pego, yo a una persona que la quiero no la digo que es una mierda. Intento ayudarla, la doy besos, pero no la pego hostias. Es que... es lógico, pero... No sé, no sé por qué se hace, no sé por qué... Supongo que los hombres lo hacen por crecerse, por sentirse mejor, por sentirse superior a la mujer. Pero tampoco entiendo el porqué. (G.D. 5. CHICAS)

Lo que parece fuera de toda duda –para las chicas, obviamente- es que el maltrato es una **conducta excepcional**. Sólo unos pocos hombres lo ejercen, y resulta imposible determinar a priori cuales son las características de un potencial maltratador. Desde la óptica de la chica, la posibilidad de encontrarse con una pareja maltratadora visualiza una lotería funesta en la cual potencialmente **a cualquiera le puede tocar**. Cualquier chica es, por tanto, **víctima potencial**, y el interés que manifiestan las chicas por el tema deriva obviamente de la expectativa de poder conjurar ese riesgo terrible.

Sí, sí que se puede, claro que se puede. Si le pasa a un montón de mujeres, ¿por qué a ti no? (G.D. 1. CHICAS)

Lo más espontáneo y natural es presuponer en el maltratador algún tipo de carencia de tipo psicológico, alguna deficiencia que lo colocaría al margen de la normalidad. Pero no es fácil encontrar un perfil plausible en el exiguo registro de posibles disfunciones psicológicas que una chica adolescente puede manejar. Puede ser un acomplejado, alguien que compensaría su frustración vital estableciendo un férreo dominio sobre su pareja; pero puede perfectamente ser todo lo contrario, alguien tan desacomplejado que funcionaría sin límites y que operaría como si pudiera hacer con los demás lo que quisiese. Sea como sea, ambos perfiles extremos masculinos están la vida cotidiana, y desde la experiencia es fácil obtener ejemplos de todo lo contrario y que impedirían, por tanto, establecer una relación causa-efecto clara.

Yo creo que es un problema psicológico.

Sí.

Que viene dado por alguna causa, a lo mejor, en el pasado, o lo que sea.

Bueno eso también.

Algún trauma de cuando eran pequeños (G.D. 3. CHICAS)

En mi pueblo veo también que así los que pegan son niños que han estado muy consentidos por sus padres también, y que no les han negado nada...

entonces... vamos, por lo que he visto yo. Los casos de mi pueblo, son niños que no les han negado nunca nada, que los padres les han dejado hacer lo que han querido de toda la vida. Entonces se piensan que pueden hacer lo que quieren y claro (G.T. 4. CHICAS)

La explicación psicológica más plausible –no está demasiado claro si porque es plausible en sí, o porque es la explicación autorizada que con más frecuencia reciben los jóvenes- es de la conducta aprendida en una familia en que a su vez hubo maltrato. La conducta maltratadora se transmitiría entonces **mecánicamente** de generación en generación, desde el mecanismo plausible de la asimilación de las pautas de conducta del padre por parte del hijo. Sin embargo, suelen aparecer en las discusiones contraejemplos, que indicarían todo lo contrario: un comportamiento por parte del hijo protector hacia la madre maltratada y un posicionamiento vital totalmente contrario a la violencia ejercida contra la mujer. Sea como sea, pudiera ser que el mecanismo de transmisión funcionase en algún caso, pero nunca se podría estar seguro del todo de que el hijo de un maltratador sea a su vez un potencial maltratador. Y, desde luego, los ejemplos frecuentes de maltratadores hijos de padres impecables desde ese punto de vista apunta a la necesidad de identificar otras causas.

Yo creo que es por la educación que les dan desde pequeños. Es cuando se crean las personas, y de mayores es el producto que dan. Si lo ven así, pues.... Si ven que eso es normal, ellos lo seguirán practicando (G.D. 2. CHICAS)

Yo he oído que mucho... la mayoría de los maltratadores maltratan a sus mujeres, porque ellas... ellos han vivido esa situación en su familia cuando eran niños. Y entonces pues adoptan lo que hacía su padre y lo hacen ellos también. (G.D. 3. CHICAS)

Porque yo, o sea, gente que conozco que no tiene nada que ver con sus padres. O sea, que sus padres son buenísimas personas, son una cosa y la gen... y el chaval no tiene nada que ver. Y entonces creo que no solo son los padres, que también mucho es los amigos. (G.D. 4. CHICAS)

Pero eso es porque aprenden de algo. Si por ejemplo, en su familia, alguien que maltrata, por ejemplo, su padre o su madre o algo, pues él lo ve y es lo que aprende. Vamos, digo yo. (G.D. 5. CHICAS)

No es como su familia, porque además conocemos a los padres y los padres son superencantadores, super relajada súper, no sé. (G.T. 5. CHICAS)

***Yo, por ejemplo, en mi novio, a su padre no le conoce, y su padre maltrataba a su madre.** Y mi novio ha salido...pues supe defensor de... Claro, él lo ha vivido, y a mí por lo que me cuenta y me dice, ¿sabes? la defiende bastante... (G.T. 6. CHICAS)*

Siguiendo con la paradoja de una conducta excepcional ejercida por una persona aparentemente normal, la búsqueda de explicación puede perfectamente seguir los derroteros de la conducta normal, es decir, de la cultura. Y no es difícil encontrar culturas en que la mujer tiene asignado un papel subordinado al hombre, en las cuales la violencia contra las mujeres parece estar asumida y permitida. La inmigración, de la cual tienen una experiencia directa muy

amplia la juventud actual, ofrecería ejemplos claros de la eficacia de esos modelos de subordinación entre sexos. Ciertamente pueden percibir las chicas en la posibilidad de emparejarse con individuos de esas culturas; pero, en general, se observa una saludable tendencia bastante generalizada a la mezcla cultural y, por tanto, a la configuración de parejas o “rollos” interculturales, que indicaría que las prevenciones no son demasiado consistentes al respecto.

Ya se profundizará en esta cuestión más tarde, cuando se aborde la experiencia directa de las chicas en la agresión de género masculina. Por el momento interesa hacer notar que ese supuesto “maltrato cultural” no es asimilado claramente al fenómeno en estudio, por la razón de que el patrón femenino de conducta subordinado no aparece directamente impuesto por una figura concreta masculina, sino por una cultura en la cual ambos, hombre y mujer, se identifican y que, por tanto, asumen. Mientras la mujer asuma ese papel no hay constricción de su conducta, que es el elemento más definitorio del maltrato tal como se lo representan.

*Pues eso que algunos gitanos por ejemplo que a lo mejor se van más con las gitanas pues porque ellas es... es su cultura y lo entienden. A lo mejor con una... con una paya pues es diferente porque a lo mejor nosotras no tenemos sus formas de ver entonces, pues es peor. A lo mejor una gitana aguanta que la peguen porque lo ha visto ella o... o si te pasa con un moro también la mora lo aguanta, pero a lo mejor nosotras no y por eso a veces por no decir nada o por no decir mucho se acaba mal. Con las personas así es que no se entiende porque si no dices nada a lo mejor sigue pegándote porque no le dices nada. Y a lo mejor si... si dices algo, no sé, es peor.
(G.T. 4. CHICAS)*

No hace falta, en efecto, ir a otras culturas para encontrar ejemplos de mujeres que asumen conscientemente una conducta subordinada al varón. Las abuelas pueden ser todavía un buen ejemplo; unas abuelas que posiblemente muchas de ellas protagonizaron la rebeldía en contra del modelo cultural de subordinación de la mujer, pero que también otras muchas protagonizaron justo lo contrario, la defensa de la condición femenina tradicional. Aún cuando no estén de acuerdo con el modelo femenino que defienden esas abuelas, resulta difícil identificar la situación de pareja resultante como de auténtico maltrato.

Las chicas se sienten parte de una cultura diferente, una cultura en la cual los papeles masculino y femenino en la pareja y en la vida en general no están prefijados, y en la que la igualdad de los sexos está reconocida y sancionada. Y lo realmente inquietante es que el maltrato aparece precisamente ahí, como una conducta brutal totalmente impredecible e inmotivada, que no se corresponde con ideologías ni con modelos culturales.

Desde este punto de vista no hay, por tanto, tampoco posibilidad de prevención. El maltratador no es alguien **que piensa** de una determinada forma sobre el papel de la mujer, y cuyo pensamiento le incita a proponerle o, incluso, a exigirle un modelo de conducta de subordinación determinado. Llegado el caso no parece probable que ninguna chica actualmente que aceptase semejante proposición y que no reaccionase incluso airadamente ante ella. Desde este punto de vista las chicas objeto de estudio parecen suficientemente vacunadas. El consabido “Tío, ¿tú de qué vas?”, disuadiría inmediatamente al chico de efectuar una ulterior tentativa.

Sí, a veces pasa, sí que es verdad que a veces pasa. Yo llevo con mi novio dos años y medio casi, ¿vale? Y sí, a veces yo estoy muy bien con él y demás, pero sí que hay veces que me cabreo con él porque es un poco machista. Piensa muchas cosas que yo no pienso. O sea, muchas veces que hablamos de un futuro, de si algún día nos fuésemos a vivir juntos y me dice que yo le tengo que planchar la ropa, que yo le tengo que hacer la comida, que yo le tengo que coser las camisas. Digo, pero tú estás flipado. No. Ahora dices que yo planche la ropa, la tuya y la mía. Habrá veces que tú planches la ropa, la tuya y la mía. O sea, pero sí que hay veces que sí se dan esos casos. Nunca me ha levantado la mano en la vida, ni que se le ocurra, ¿sabes? Nunca me ha hecho sentir como una mierda, ni me ha dicho que no valgo nada, ni nada de eso. Pero sí que es un poco machista. (G.D. 5. CHICAS)

De ello se derivaría el sentimiento de que es **imposible prevenir** la aparición de la VPM; es imposible, por tanto, conjurar el riesgo que, como mujeres tienen de verse implicadas en algún momento de sus vidas en una situación de este tipo. Si a ello se añade la información, que suelen manejar las chicas, de que el maltratador **oculta inicialmente sus motivos** y que sólo inicia su conducta de agresión cuando está seguro de que su pareja se ha **vinculado afectivamente** con él, la indeterminación se convierte en máxima. Y todas las chicas, además, se consideran también vulnerables a ese **atrapamiento afectivo**, que haría que ellas mismas consintieran, disculparan o no reconocieran, por amor, las primeras manifestaciones del maltrato. Parece imposible prevenir **personalmente**. Ello genera, como consecuencia, una **elevada sensación de inseguridad**, que se traslada, incluso, a sus propias relaciones de pareja.

Y también pienso que hay muchas mujeres que lo sufren y no lo dicen, porque no sé, porque, a lo mejor, a lo mejor, las pasa solo una vez y dan que dan tiempo al hombre a lo mejor para que cambie o algo de eso y esperan y esperan y las sigue pasando y no lo dicen y no lo van a decir nunca por muchos teléfonos que haya de ayuda para llamar o... ¿sabes? aunque sepa que tenga las de ganar. (G.D. 1. CHICAS)

Cuando lo ves en la televisión te asustas un poco. Que esas chicas yo creo que son mujeres que están tan, que se han creado su mundo, que están muy felices con ese hombre, pero que aunque la pegue, que en el fondo la quiere y que lo hace por su bien. Entonces me da un poco de miedo pasar por esa situación de que una persona encima me trate así. (G.D. 2. CHICAS)

*Pero es que yo creo que si no denuncian es porque **ellas no lo ven**, o sea, **le quieren, no ven otra cosa**, no ves no ven más allá, del que le están haciendo algo **pero ellas por su amor siguen con él**. No sé. (G.D. 4. CHICAS)*

Exactamente. Hay muchas mujeres que tienen novio, están super felices, se casan, están el primer año genial, viajando, super felices, y luego la empiezan a zurrar. ¿Y a ver qué hace luego? No tiene dónde ir, o tiene hijos, o tiene cualquier motivo. Y es que nunca sabes lo que te va a pasar en la vida. (G.D. 5. CHICAS)

No habiendo posibilidad de prevención, las demandas se concentran en asegurar la **protección externa** de la víctima cuando ésta denuncia la situación. Se trataría de evitar la

consecuencia más extrema de la violencia, la posible muerte de la mujer a manos de su pareja. Ello, al menos, ofrecería la posibilidad a la mujer de salir de la cárcel del maltrato, una vez que ella lo decida, posibilidad que aparece obturada por la amenaza suspendida de muerte del maltratador. Y al respecto de la protección se admite que se ha avanzado mucho; aún así, falta mucho camino por recorrer para que las medidas sean completamente efectivas. La sensación de que, a pesar de todo ello, el maltratador va a cumplir, tarde o temprano su amenaza, instala **la inseguridad** también en la posibilidad de salir de una situación semejante.

Es muy difícil prevenir la entrada y es muy difícil garantizar la salida. No hay dudas de que para las chicas el maltrato se convierte en un **riesgo terrible** vinculado directamente a su condición femenina. Aún cuando tenga una incidencia relativamente pequeña, su presencia constante en los medios de comunicación la amplifica: todos los días hay casos de muertes, y aparentemente esas muertes van en aumento.

La posibilidad de una protección **anterior** a que la víctima decida romper la relación de maltrato no suele considerarse. Sin la voluntad de la mujer (y se sabe que ésta suele ser reacia a reconocer y a identificar su condición de maltratada) es muy difícil plantear medidas efectivas. Se instala, en cualquier caso, el imperativo de denunciar desde fuera casos patentes de agresión física, más por coherencia personal que por suponer se trate de un tipo de intervención efectiva. Más difícil es que se considere la denuncia externa en caso de agresión psicológica.

3.3. Recapitulación. Las diferencias entre el discurso de las chicas y el de los chicos.

Chicos y chicas reconocen que la VPM es un grave problema social, que aparentemente se agrava con el tiempo y que frente al cual es obligado tomar medidas contundentes, que no afectarían sólo a los poderes públicos, sino, en general, a toda la sociedad. Ambos están de acuerdo, por tanto, en que hay que erradicar esta **lacra social**, y como adolescentes se sienten particularmente comprometidos en ello, como, en general, en todo lo que tenga que ver con la regeneración del comportamiento social.

La perspectiva de chicos y chicas difiere notablemente desde el principio por una razón clara. Las chicas se perciben a sí mismas como **víctimas potenciales** y, por tanto, en riesgo de sufrir VPM, lo que condiciona desde la **preocupación** tanto su actitud como su modo de percibir el problema. Los chicos, ciertamente, no se pueden percibir como víctimas, pero tampoco como **potenciales agresores**, lo que condiciona una actitud, en lo personal, despreocupada o indiferente ante el tema.

A la hora de identificar el fenómeno y las situaciones de la VPM adulta se presenta una clara diferencia entre chicos y chicas.

- **Los chicos** tienden a representarse la VPM típica como una resolución violenta puntual de un conflicto en la pareja. En una situación extrema, el hombre pierde los papeles, se vuelve loco, y agrede a la mujer; una acción de la que necesariamente **se arrepiente**.

Los desencadenantes de esa reacción extrema y desproporcionada pueden ser múltiples:

- **Los celos** suelen ser identificados como el desencadenante más común; unos celos que no se suelen suponer inmotivados: el hombre agrede a la mujer porque no quiere perderla, ante la evidencia de que está en riesgo de perderla.
- Pueden aparecer otros supuestos desencadenantes, como la penuria económica, una sobre-exigencia de la mujer en relación a los ingresos, o, incluso, el intento directo de sustraerle su patrimonio.
- En general, se advierte una cierta propensión a culpabilizar a la mujer de la reacción extrema masculina. Ciertamente, no se absuelve al hombre, porque la conducta violenta es inaceptable moralmente, pero sí que se produce implícitamente una comprensión de sus motivos.
- La insistencia en que también hay situaciones de maltrato femenino debe interpretarse en este registro. En la representación de las situaciones de VPM tiende a suponerse un maltrato femenino latente que operaría como desencadenante del maltrato masculino. La confusión entre quién es la víctima y quién el maltratador está constantemente presente.

Junto con ésta representación dominante, pueden aparecer otras más asociadas a algún tipo de disfunción psicológica o afectiva del hombre en cuestión, que le lleva a adoptar una actitud extrema de dominio sobre la mujer. Pueden aparecer también en ese registro hombres extremadamente machistas.

Sea como sea, lo que se percibe fundamentalmente como VPM es la utilización puntual de la violencia física extrema sobre la mujer. Y lo realmente censurable sería precisamente eso, la utilización ilegítima de la fuerza por parte del hombre. El hombre no debería nunca utilizar la fuerza contra la mujer, porque eso es un acto de cobardía masculina. En vez de utilizar la violencia, siempre existen otras formas más razonables y civilizadas de resolver los conflictos.

- **Las chicas** se representan la VPM no tanto como un hecho puntual como una **conducta sistemática de agresión** del hombre hacia la mujer en la relación de pareja. La violencia física extrema aparece normalmente cuando la mujer decide salir de esa relación de dominio y subordinación, y se encuentra con la reacción airada y violenta del hombre.

Lo realmente terrible para las chicas de la VPM es el tipo de vida que cabe imaginan ante la amenaza suspendida de agresión por parte del hombre. Una vida hipotecada a los deseos y caprichos del hombre, que la coloca en una posición de auténtica **servidumbre**. Se resalta mucho más que en el discurso de los chicos el papel destructor de la violencia psicológica.

Las chicas están realmente desorientadas a la hora de identificar **el por qué** de esta conducta masculina establecida en el seno de una relación afectiva. No resulta tampoco para ellas fácil identificar qué tipo de hombre puede llegar a ejercerla. También se baraja la idea de que oculta normalmente su intención, con lo cual resulta imposible verlo venir; actúa cuando la mujer ha

quedado ya presa de una relación afectiva, que la incapacita para romper ella misma con la relación.

La representación de la VPM que barajan las chicas incrementa notablemente la sensación de riesgo personal y, por tanto, de vulnerabilidad frente a ella. A cualquier chica le puede tocar esa posibilidad terrible en algún momento de sus vidas y es aparentemente muy difícil prevenirse frente a ella. Sea como sea, ello configura la actitud clara de **conocer para prevenir en un futuro** y, por tanto, un interés muy acusado por recibir posibles intervenciones preventivas al respecto.

En los chicos se observa una actitud inversa frente a la prevención. No descartan que ellos mismos en un futuro puedan verse implicados en situaciones extremas de este tipo; no obstante, como se las representan como reacciones violentas pulsionales generadas por una extrema tensión, la posibilidad de prevenirlas resulta por completo imposible. Habría que experimentar esas situaciones para saber cómo uno podría llegar a actuar. En una situación normal nadie, ningún hombre piensa que puede llegar a adoptar ese tipo de comportamientos. El interés por la prevención es, por tanto, mínimo, a pesar de que haya sensibilidad hacia el problema.

Parece claro, como conclusión fundamental de este epígrafe, que los chicos, más que las chicas, precisan de una intervención que disuelva los tópicos que habitualmente barajan sobre la VPM. Su percepción del fenómeno debería de acercarse más a la de las chicas, en la dirección de considerarla como una conducta de agresión sistemática premeditada y no espontánea. Sin ese cambio de percepción es imposible que se reconozcan a sí mismos como posibles **sujetos de prevención**; es decir, como personas en riesgo de adoptar en un futuro comportamientos de maltrato en sus relaciones afectivas.

4. EL DISCURSO SOBRE LA VPM EN LA ADOLESCENCIA.

4.1. El discurso masculino.

Para nuestros informantes, en relación a la posible aparición de violencia, no es lo mismo la **pareja juvenil**, en la cual realmente no se comparte nada aparte de la afectividad y el sexo, que la **pareja adulta**. La pareja juvenil se puede disolver fácilmente -y de hecho se demuestra que se suele disolver con facilidad-, siendo además relativamente fácil encontrar otra relación de recambio. En la pareja adulta, sin embargo, no es tan fácil disolver una relación insatisfactoria. Hay muchas cosas en común, una economía, unos hijos y, ciertamente, un mercado de relaciones intersexuales limitado apto para la búsqueda de relaciones de recambio. Se entiende que en la pareja adulta no es tan fácil romper, con lo cual la vía de salida de las situaciones de insatisfacción propuesta por los jóvenes, la separación, resulta ineficaz en este caso. Hay violencia en el mundo adulto, por tanto, **porque no se pueden separar** y, como consecuencia, resolver el conflicto creado (fundamentalmente, como se vio, por la supuesta aparición de la infidelidad femenina o por la negativa de la mujer a asumir su rol femenino) por una vía civilizada.

Este es el argumento que justifica con más asiduidad la colocación de la violencia en las situaciones de pareja adultas, y su exclusión de las parejas juveniles. Es un argumento que, en cualquier caso, sugiere implícitamente que el germen de la violencia pudiera estar en la pareja juvenil; lo que cambiaría no serían las situaciones de conflicto, sino el escenario en que se desenvuelven y, por tanto, las alternativas de solución a tales conflictos disponibles.

La afirmación inicial de que en el mundo juvenil no hay o hay muy poca VPM tiende a matizarse conforme avanzan las discusiones y, también, conforme se eleva la edad de los informantes. Los más pequeños no aportan prácticamente ninguna experiencia al respecto (lo cual era previsible, porque su vida social todavía es muy limitada); los más mayores, sin

embargo, ya tienen una experiencia más amplia que comentar, y ya no tienen tan claro que la violencia sea tan rara en su mundo²⁰.

Yo conozco gente joven que por ejemplo desprecian a la novia, la dice que, no sé...

Anda guarrilla...

Sí, que la dicen tú vas a hacer esto y vas a hacer esto, y tú por qué hablas con ese, con ese ya no hables, y le llaman a cada momento, y tú por qué mires a ese, pues a ese no le miras más; y cosas así, no le dan libertad. (G.D. 6. CHICOS)

Avanza con la discusión la identificación de situaciones de violencia en el propio entorno porque el intercambio de opiniones les sirve a los chicos para reelaborar y precisar el concepto. Se viene con un concepto de violencia muy estereotipado, muy limitado, muy tremendo y muy excepcional (hombre adulto que mata en un ataque de ira a su mujer), que es el que transmiten los medios de comunicación, y se acaba en un concepto de violencia mucho más amplio, menos tremendo y más cotidiano (hombre que pega, insulta, denigra, desprecia, etc. sistemáticamente a su novia).

- En el primer concepto, es muy difícil que el joven se reconozca. Como es obvio, no imagina ningún escenario o circunstancia en que pueda enfrentarse ante el deseo o la necesidad de asesinar a su novia o molerla a palos. Quizá en el mundo adulto sí que se presenten **situaciones sin salida**, que a la postre puedan llevar a semejante solución desesperada. Pero en el mundo juvenil está claro que **no existen** esas situaciones.

En los jóvenes tampoco veo tanta violencia, no sale tanto en la tele que han matado...

Pues ahora está saliendo.

Pero una cosa es matado, tío, que en la tele no salen los que las pegan (R.G. 6. CHICOS)

- Y posiblemente nadie, aun no siendo joven, pueda reconocerse en semejante concepto, porque la posibilidad de asesinar a alguien es obvio que está muy lejos de los pensamientos y de la experiencia comunes de cualquiera. Los medios de comunicación, al seleccionar únicamente los casos extremos, los casos de muerte, crean en el público una percepción distorsionada e irreal del fenómeno, frente a la cual es imposible proyectar o incorporar la propia experiencia. Esos “locos” que matan a sus mujeres no podemos ser nosotros.
- Se sabe que la muerte es sólo uno de los desenlaces posibles del maltrato. El maltrato estaba antes y posiblemente duró muchos años. Y posiblemente en ese periodo no

²⁰ El mecanismo, en cualquier caso, consiste en sacarla fuera del propia ambiente, de colocarla en los márgenes de su propia realidad.

hubo ni siquiera violencia física; la violencia psicológica y/o sexual era la materia desde la cual se construía. Pero ese periodo que en realidad es el maltrato mismo, no se conoce, porque los medios de comunicación no hablan normalmente de él; no es noticia, no es espectáculo. Es prácticamente imposible entender algo del porqué del desenlace fatal sin conocer la cualidad de ese maltrato previo. Nos sigue sorprendiendo que a estas alturas todavía sea frecuente que se confunda maltrato con crimen pasional asociado a la infidelidad de la mujer. Nos sigue sorprendiendo que los propios asesinatos se justifiquen como “locuras transitorias” del maltratador, cuando en la realidad es difícil encontrar crímenes tan extremadamente premeditados como los asociados al maltrato. Nos sorprende que todavía sea frecuente en los hombres la tendencia a disculpar al maltratador, cuando en realidad hay pocas conductas tan execrables desde todos los puntos de vista.

Cuando se relata el maltrato previo, el maltrato real, el extrañamiento ya no es tan grande, porque muchas de las cosas que el maltratador hace tienen **cierto parecido** con las cosas que se perciben en la vida cotidiana, en las parejas propias y ajenas, en este caso de los jóvenes. No se quiere decir que sean lo mismo; hay una distancia entre maltrato y relaciones de pareja “normales”; pero no es una distancia tan grande como la que se proponía ante la comunicación de los atroces asesinatos que aparecen por televisión.

En la vida cotidiana de las parejas de jóvenes también hay insultos, agresiones, celos, chantajes, ofensas, desconfianzas, abusos, desprecios... El maltrato posiblemente sea una perversión de todo ello, pero está claro que es posible entenderlo mejor cuando uno se reconoce en el tipo de comportamientos implicados en el maltrato que cuando no puede reconocerse porque, como resulta ser en este caso, la interpretación que se propone se coloca **muy lejos** de la experiencia común y propia.

Yo tengo un amigo, lleva cinco años con su novia y él siempre lo que dice a ella lo hace, yo cuando conocí... y le conozco hace un año, cuando lo conocía..., esa chica está obsesionada por ese chaval y es que él la insulta, la hace de todo y ha llegado a pegarla, le pegaba una patada, un puñetazo en el hombro, yo siempre se lo he dicho, le digo, tronco, ¿por qué la pegas?; él piensa que eso, es su novia y siempre es así, y ella siempre va, él la pega pues él se queda sentado en el banco y ella va y le pide perdón porque ella dice que ha sido culpa suya porque ella la ha puesto en esa situación (G.D. 6. CHICOS)

que en la gente joven hay muchísimas parejas que son así, que la chica se siente inferior y los otros como si fuesen dueños de la chica, o sea el chico es el dueño de la chica.

Les gusta más dominar, eso es lo que pasa. (G.D. 6. CHICOS)

Tú ves a un chaval que le está diciendo a su piba tú haz esto y haz lo otro, por ejemplo se va de vacaciones y dice pues llegas a las 10 a casa y no hables con ningún chico ni nada; y tú lo ves y dices, joder, tienes a la piba todo controlada, ¿eh?, y no dices nada. Muchas veces es así. (G.D. 6. CHICOS)

De cara a la prevención del maltrato en jóvenes varones, es imprescindible conseguir ese nexo, esa identificación o reconocimiento con algunas de las conductas del maltratador. Y para ello habría que hablarles **del otro maltrato** y de sus consecuencias para la víctima, y no de ese maltrato escénico reducido al crimen y a la discusión sobre la pretendida eficacia de las medidas policiales o judiciales. Sin ello nunca se podrá conseguir un cuestionamiento de los comportamientos que realmente preceden o posibilitan una relación de maltrato, que es lo que, obviamente, habría que conseguir para realmente prevenir.

- Prevenir más que concienciar. Lo que se ha encontrado en la investigación han sido jóvenes unánimemente concienciados de que el maltrato es malo, pero que serían incapaces de reconocer el maltrato si lo tuvieran delante, al menos si no hubiera una bofetada de por medio.
- Para ellos el maltrato no es sino una conducta delictiva, contra la que habría que luchar con los medios punitivos adecuados para ese tipo de conducta: policía, leyes, penas, cárcel. La única prevención que imaginan es la de aumentar el miedo aumentando la pena, que el sujeto se lo piense dos veces antes de ponerle la mano encima a la chica. Pero eso no es prevenir, eso es intentar suprimir con medios de dudosa eficacia el síntoma más escandaloso de una situación de maltrato ya establecida. El maltrato, se insiste, no es pegar a una chica, es establecer una relación “afectiva” en la cual pegar, insultar, agredir, chantajear, denigrar, etc. a la chica sean conductas reiteradas y sistemáticas y, cabría decir que, también, automáticas.

Yo pienso que la justicia debería dar más seguridad a las mujeres. (G.D. 6. CHICOS)

Ahora sí la tienen. Está muy mal ahora lo del maltrato, pegas ahora a una mujer y te la buscas.

Hombre, tampoco es plan ahora que por darle un tortazo a una chica que te... 10 años de cárcel. (G.D. 6. CHICOS)

Pero yo también creo que lo de endurecer la justicia también es para prevención porque se endurece la justicia, un tío que vaya a matar a la mujer sabe a lo que se va... (G.D. 6. CHICOS)

- Si los jóvenes fueran capaces de ver (y a veces, ciertamente, lo vislumbran, fundamentalmente después de discutir colectivamente sobre el tema) que hay grados de maltrato, que hay maltrato leve muy frecuente, que prácticamente se oculta y se indiferencia en la cotidianidad, y un maltrato grave mucho más visible y menos frecuente, que es el que aparece en los medios de comunicación, se habrá dado un paso de gigante en materia de prevención del maltrato de género.
- La identificación de ese maltrato leve permite algo que no permitía el otro maltrato: la propia identificación como sujeto de riesgo o, en cualquier caso, como perteneciente a un colectivo de riesgo. En cualquier enfermedad es inútil pretender instalar en los sujetos pautas de prevención si previamente no se reconocen como sujetos de riesgo. No se está exactamente ante una enfermedad, aunque sí ante una conducta que acarrea enfermedad; no obstante, el problema de la prevención es similar: ¿cómo

conseguir que los chicos se reconozcan a sí mismos como sujetos de riesgo, o reconozcan a su grupo como colectivo de riesgo de ejercer violencia contra su pareja femenina?

Porque si un chaval está maltratando o discriminando a la chica y ve que su entorno, que el grupo de amigos con el que está no lo acepta y que le dice, oye, estate quieto, qué pasa; pues que ese chaval yo creo que no va a ser reiterativo. Pero sin embargo si el grupo de amigos le digo, joder tío, lo que ha dicho él, que la tiene loca, que hace lo que tú quieras, pues eso va a incitarle al chaval a que siga haciéndolo. Entonces yo pienso que hay que concienciar a toda la gente en general, no sólo a las chicas.(G.D. 6. CHICOS)

Y ciertamente, los jóvenes en los grupos y entrevistas llevan finalmente a darse cuenta de que hay violencia en su mundo, y que esa violencia, por nimia que sea, tiene que ver directamente con fuertes sentimientos que a ellos les afectan, y que, por tanto, la violencia puede ser ejercida también por ellos mismos como consecuencia de esos sentimientos. Cuando se dan cuenta, finalmente, que la chica puede perfectamente sentirse agredida injustamente, porque, efectivamente, no ha hecho directamente nada para merecerla, surge la **perplejidad** en las discusiones. ¿Cómo es posible que esa violencia, aparentemente tan lejana, esté finalmente tan cerca de su mundo?

A lo mejor dice, coño, que yo también soy un maltratador y dice voy a parar. (G.D. 6. CHICOS)

No se han realizado grupos terapéuticos, con lo cual esa perplejidad no tiene tiempo ni oportunidad de elaborarse. El inicio de la elaboración se realiza, en cualquier caso, en una discusión, profunda, como todas las discusiones adolescentes, sobre **la confianza en la pareja**. Aunque no se llegue a conclusiones unánimemente admitidas, el recorrido de la argumentación se podría reconstruir con los siguientes puntos:

- Los celos masculinos implican la exigencia más o menos obsesiva para que la chica adopte comportamientos, cabría decir, preventivos en relación al riesgo de infidelidad.
- Semejantes exigencias suelen incomodar a la chica porque, aparte de que restringen significativamente sus posibilidades de movimiento, presuponen de principio una desconfianza hacia ella.
- Si la chica se niega, la agresividad del chico irá en aumento, porque prácticamente identificará su negativa con el deseo o la realidad de la infidelidad. Además, ello le pone en una situación delicada frente a su grupo masculino, que le recriminará y le instará a tomar medidas para no parecer un calzonazos o un cornudo. Puede que no utilice para reconvenir el comportamiento de la chica violencia física, ya que está concienciado de que eso es VPM está mal; no obstante su respuesta en el plano psicológico tendrá la misma carga agresiva que el cachete censurado y puede, eventualmente, doler todavía más.

- La propia relación se convierte en ese contexto en una pelea constante, cargada de reproches, especialmente si la chica se resiste con frecuencia a sus demandas de mantenerse recatada, y llevará finalmente de forma inevitable a la separación, a veces como resultado de una infidelidad real.
- Está claro que ese modelo de relación de pareja propuesto desde los celos masculinos no es precisamente ideal, porque la relación está presidida por una profunda desconfianza.
- ¿No será más lógico y natural, y, desde luego, más saludable construir la relación de pareja desde el a priori de la confianza que desde el a priori de la desconfianza? ¿Qué se gana, en cualquier caso, con anticipar la infidelidad, aparte de iras injustificadas y sinsabores? ¿No es lo mismo querer que confiar? ¿Qué clase de cariño es el que se esconde detrás de la desconfianza? Etc.

Yo si me caso es porque confío plenamente en la chica con la que me voy a casar.(G.D. 6. CHICOS)

Pero si es golfa la novia...

SI ES GOLFA LA NOVIA DICES.

Claro.

Pues no estés con ella, yo no voy a estar con una que pienso que me va a poner los cuernos, yo si estoy con una chica es porque confío en ella.(G.D. 6. CHICOS)

Es cuestión de confianza, si no confías en ella pues la dejas. Y si a mí me dice que no se va a liar con ella y tengo confianza y tal pues vete donde quieras.(G.D. 6. CHICOS)

Nunca la regaño ni le pregunto dónde va. Ella hace lo que quiere y yo hago lo que quiero. Cada uno tiene su libertad y no le voy a preguntar todo el rato dónde va. Si quiere ella va a estar conmigo. Si no quiere, pues ¿qué le voy a hacer? Si la encuentro con un hombre pues la dejo. Si la encuentro con un chaval besando la dejo y le digo: quédate con tu chaval. Y ya está. (E.A. 10. CHICOS)

4.2. El discurso femenino.

INTRODUCCIÓN.

Todas las chicas, como se dijo, perciben que están en riesgo potencial de sufrir VPM en algún momento de sus vidas, y ello les provoca una sensación vital de profunda **inseguridad**, tanto en la posibilidad de verse implicadas como en la posibilidad de poder salir. La VPM visualiza una **lotería funesta** (porque implica el resultado previsible de la propia muerte) que a cualquier mujer le puede tocar.

También nos afecta a todos, **en un futuro nos afectará**. Que ahora mismo, directamente, yo por mi parte no, pero que en un futuro sí que nos puede afectar. **Entonces, hay que solucionarlo** (G.D. 2. CHICAS)

Era capital en la investigación determinar si las chicas fiaban ese riesgo al futuro, para cuando fuesen mayores, o si lo percibían como un riesgo actual en su mundo y, por tanto, en sus posibles relaciones de pareja. Y los resultados que al respecto ofrece la investigación son sorprendentes y hasta inquietantes. No es extraña en la experiencia de las chicas adolescentes la identificación de situaciones de pareja conocidas en el ámbito de las propias relaciones sociales que bien podrían, por la **violencia sistemática** reconocida ejercida sobre la mujer en ellas, asimilarse o emparentarse a las situaciones conocidas de VPM adultas.

Pues una amiga, está saliendo con un chico, y el chico se ponía celoso, y a lo mejor en broma, pero la daba. Y hasta que ella se hartó y lo dejaron, y ya... no sé. Una amiga de mi instituto, que llevo con ella desde primaria, y siempre me lo cuenta todo (G.D. 2. CHICAS)

A lo mejor no es sólo de mayores, a lo mejor te puede pasar a ti a lo mejor ahora mismo a esta edad. Pero a lo mejor también insultando o... o a lo mejor tampoco llega tampoco a pegar, pero que a lo mejor nos puede pasar también a nosotros, no hace falta que seamos mayores para que no nos pase (G.D. 2. CHICAS)

Yo tengo una compañera en el instituto que está con un novio que es gitano y es superceloso y no la deja hacer nada. Es más, hay a veces que la llega a poner la mano encima y ella lo quiere dejar con él. O sea, ella no quiere estar con él, pero no lo deja por miedo. Él le ha dicho muchas veces que... que va a ir a por ella si la deja y que ni se le ocurra que... Luego a nosotros, a los de su clase, nos tiene a todos superamenazados porque dice que le tenemos muy consentida y que todos los niños que están alrededor de ella, y que no se qué... y nos quiere pegar a toda la clase porque es superceloso. Y ella dice que no quiere estar con él. Y le hemos dicho que lo cortase desde el principio, desde que empezó el curso, que era cuando llevaban un mes o así y siguen ahora juntos y tiene super... un montón de problemas y el chaval le pega y la niña no quiere dejarlo con él porque... por miedo. Porque le ha dicho que va a ir contra ella, contra ella y contra su familia (G.D. 4. CHICAS)

Y que cada vez se empieza antes. Ahora está mucho lo de... niños, o sea, los preadolescentes que cada vez empiezan antes a pegarse, y las chicas y todo eso. Ahora se está viendo mucho. Pues es jodido, la verdad. Porque si ya con trece años te estás pegando por ahí, pues... no lo veo normal. (G.D. 5. CHICAS)

Porque el maltrato físico, que te esté pegando constantemente no se puede aguantar. Pero el maltrato psicológico tampoco, que te estén hundiendo día a día, día a día. Y que cada vez te vayas sintiendo peor, porque cada vez te vas sintiendo peor. Sí no hacen más que repetirte lo malo que eres, pues, yo creo que eso te acaba hundiendo. Y sí, en gente de nuestra edad también se da. (G.D. 5. CHICAS)

Está cegada, lo que está es cegada, tía. Es igual que lo de la Ana y el Jorge. ¿El Jorgito cómo trata a Ana? Fatal, es que es un chico que no le tiene nada de respeto, que le suda la polla levantarle la mano, yo en ningún

momento he visto que la hubiese pegado ni nada, pero de gritarla, hablarla mal, empujarla, mazo de cosas. Y ella también está cegada, ¿sabes? Y no hace nada, sigue con él, sigue tan feliz. (G.T. 6. CHICAS)

La percepción de esas situaciones aumenta con la edad. Apenas aparece en el estrato de 12 a 13; es ya frecuente en el de 14 a 15; y es ya bastante habitual en el estrato final de 16 a 17, incorporando ya casos directamente personales (uno de ellos de VPM reconocida actual, que obligó a tomar medidas de protección desde la propia investigación).

Ya que estamos, a mí también me ha pasado (risas) A mí también. Y estoy con un marroquí, y a veces (...) me ha dado guantazos. Y luego a lo mejor me viene y me dice que me quiere, y yo vuelvo con él porque... cuando estás enamorada eres tonta, a veces, en algunos casos. (G.D. 3. CHICAS)

El tipo de metodología empleada no permite realizar estimaciones de la incidencia real de esas situaciones, pero al menos permite sacar una conclusión importante desde el punto de vista de la intervención en este tema: El interés que las chicas adolescentes manifiestan frente al tema de la VPM no se resume en la expectativa de poder prevenir y, eventualmente actuar **en un futuro**, sino que implica también y fundamentalmente, la posibilidad de prevenir y actuar **en su presente**, en las relaciones afectivas que establecen actualmente.

- Desde el punto de vista del enfoque de la prevención esta constatación es de suma importancia. No es lo mismo intervenir en prevención de violencia con los adolescentes desde el referente de la VPM adulta que desde el referente de la VPM adolescente y juvenil. Ambos tipos de intervención suscitarían interés en las chicas, pero está claro que el interés y la implicación aumentan considerablemente en el plano de la VPM adolescente y juvenil, que no es nada extraña a su experiencia, por otra parte.

CARACTERÍSTICAS DIFERENCIALES DE LA VPM ADOLESCENTE.

Las situaciones referidas de violencia sistemática ejercida por el chico hacia la chica en el marco de una relación afectiva de las que tienen experiencia suelen presentar en la descripción que realizan diferencias relevantes frente a la VPM adulta, tal como se la representan.

- **La violencia física**, de aparecer, no implica ni una elevada intensidad ni un carácter sistemático: puede resumirse en empujones, “enganches” y bofetadas puntuales, siempre asociadas a discusiones de pareja subidas de tono, en que al chico se le va la mano. En ningún caso aparecen referidas auténticas palizas. A pesar de todo ello la violencia física siempre está presente como **amenaza suspendida**; la certeza de que puede llegar a pegar, que siempre está presente, disuade a la chica de realizar comportamientos que puedan no gustarle a su chico.
- **La violencia psicológica** es la que adquiere un carácter sistemático y, por tanto, la que permite identificar la situación (al menos desde fuera) como auténtica de VPM. Se representa como la utilización de diferentes recursos fundamentalmente de lenguaje (desprecios, ridiculizaciones, insultos, etc.) destinados presuntamente a producir un **daño psicológico** en la chica. Se visualizaría, por tanto, como una

acción metódica destinada a minar la voluntad y la autoestima de la chica. Desde el juicio general, este tipo de acción se considera más dolorosa que la propia agresión física típica apuntada.

*... que tienen 19 años los dos. Y él nunca se ha llevado bien con el grupo, y discutieron. **Y ella tenía un montón de amigos en el grupo y los ha dejado por él. Pero a ella la trataba pero como una mierda total, y vamos...*** (G.T.5. CHICAS)

Pero hay veces que hacen más daño las palabras que los golpes. (G.D. 3. CHICAS)

Ya, pero a veces es más... es como más violento lo psicológico que lo que te puedan dar. A veces te afecta más, las cosas que te dicen que lo que te hagan.

Sí. Te produce más daño. (G.D. 4. CHICAS)

Pero yo creo que el maltrato físico es horrible, pero el psicológico también, porque... te va hundiendo día a día. (G.D. 5. CHICAS)

*Que nada de lo que haces sirve para nada, que nada de lo que se ponga le va a sentar bien, que todo lo que haga va a estar mal, que todo lo que diga va a estar mal, **que es tonta, que es fea, que es inútil, que... todo eso es maltratar psicológicamente a una persona. O directamente no atenderla y pasar de ella. Y, eso, sentirse mejor, porque yo valgo más que tú por esto, porque esto y tú no...*** (G.D.5. CHICAS)

- En el contexto de la violencia psicológica adquieren un lugar destacado las agresiones verbales ejercidas del pretexto de **los celos**. Unos celos normalmente injustificados, pero omnipresentes, que tiranizan a la chica, y que se traducen en reproches permanentes, en un control obsesivo de su vida social externa y en exigencias constantes de cambio en sus patrones de relaciones sociales y de amistad, especialmente en lo que respecta a un posible contacto, aunque sea mínimo, con chicos. También está presente, de forma destacada, la exigencia de **cambio en su vestimenta**, en la dirección de incorporar prendas lo más neutras posibles desde el punto de vista de la seducción.

Pero a la mínima que te ve hablando con alguien, vamos, te empieza a gritar, ¿por qué hablas con él? (G.D. 3. CHICAS)

No sé, pero también le ha prohibido la forma de vestir. Ahora... Antes iba con faldas y tal, ahora nada, tiene que ponerse vaqueros y... nada de escote ni nada de eso. Solo para cuando está con él y... Así que no se... que unas cosas que... (G.D. 4. CHICAS)

***Supongo que mal, pero tampoco te lo dice, se calla y ya está.** Además es una chica que antes se arreglaba mucho, era una chica que antes se arreglaba mucho, ella iba siempre... y ahora es que no... (G.T. 5. CHICAS)*

- **La pérdida de voluntad propia** es el efecto percibido en la chica de esa agresión psicológica sistemática. Ésta termina por hacer sólo lo que el chico le diga que

haga, renunciando a sus propios deseos, necesidades o intereses. Ello implica la renuncia a la vida social fuera de la que le proporciona el chico y la total desconexión con sus antiguas amistades. La desconexión que se considera más trascendente es la que se establece con las **amigas íntimas de toda la vida**, y que se produce previsiblemente porque éstas insisten en cuestionar la relación.

- **El enganche afectivo en el contexto de esa voluntad debilitada** es la razón fundamental que se supone que impide que la chica rompa la relación y que soporte las agresiones sistemáticas. Aunque se suponga que existe **miedo** por parte de la chica en la relación, no tiende a suponerse normalmente que exista un riesgo para su vida o su integridad física si decide romper con ella, y que esta sea posiblemente la razón principal que impide, como en el maltrato adulto, que la chica se libere de su yugo.

Te haces mucho a él, y llega un momento en que dices: es que no me puedo separar de él ni un momento. (G.D. 3. CHICAS)

- Se presenta, en cualquier caso, una razón circunstancial para no romper la relación de mucho peso en el mundo adolescente: el miedo a enfrentarse a la situación posterior de **encontrarse sola**, sin amigas y sin relación social. La anticipación de semejante pérdida reporta caracteres muy traumáticos para la chica adolescente y genera una sensación de inseguridad vital muy potente. Esa ruptura del tejido de relaciones provocada por la dinámica de maltrato es lo que anula la posibilidad de liberarse de la relación si la chica llega a tomar conciencia de que no le conviene.

Claro, porque cuando ha estado con él ha perdido a todo el mundo que ha tenido, porque él, "me voy con unos amigos", "sí, hombre, te vas a ir tú con tus amigos; tú te vienes conmigo". Pues ha perdido a todo el mundo, y si lo deja con él va a estar sola. (G.T. 5. CHICAS)

- **La violencia sexual** aparece poco referida, y, cuando aparece remite frecuentemente a la exigencia por parte del chico de no utilizar preservativo en las relaciones sexuales. No se apunta normalmente como un ingrediente del maltrato, pero sí como una consecuencia posible de éste el que la chica acepte fácilmente a plegarse al capricho del chico como una consecuencia de su voluntad debilitada. La situación de maltrato adolescente implicaría, por tanto, un riesgo serio de embarazo precoz o de contraer enfermedades de transmisión sexual.

***El chaval... eh... por ejemplo, la quiere todos los días para tener relaciones sexuales.** Y como estamos en crisis pues no hay dinero para comprar condones, pues follan sin condón. Y ella no quiere y ella se niega, pues él la obliga (G.D. 4. CHICAS)*

No juntos, pero siempre estando... ¿sabes lo que te digo? No de novios, pero estando juntos.** Y no la quiere, se va con otras chicas, le hace daño, y cuando ella va a hacer con otro chico, él no la deja, o va a por el otro chico. **¿Sabes?, egoísta, él solo lo puede hacer, ya no más,

¿sabes? Ni come ni deja comer, ¿sabes lo que te digo? Encima la ha dejado embarazada... (G.T. 6. CHICAS)

TIPOLOGÍAS MALTRATO ADOLESCENTE.

De la descripción de situaciones de maltrato adolescente es posible establecer fundamentalmente **dos variantes**, la una posiblemente más precoz que la segunda, y que remitirían, por tanto, a pautas de emparejamiento distintas en función de la edad.

Cabe hablar de un maltrato de pareja ejercido en el seno y con la complicidad de la **pandilla masculina**. Las primeras relaciones de pareja suelen carecer de un tiempo y un espacio de intimidad. Ello suele conllevar que la chica se vincule directamente a la pandilla de su chico, que prácticamente se convierte en su nueva vida y en el espacio prácticamente exclusivo de relación con su pareja.

Y le comen la cabeza, le comen la cabeza, y yo creo que se ha vuelto así de lo que le han comido la cabeza los amigos, los hermanos y todos los que.. Y es que antes no era así conmigo para nada, pero para nada (G.D. 3. CHICAS)

- En estas situaciones la agresión psicológica o física del chico suelen producirse **en público** y ciertamente se apoyan y se refuerzan en la complicidad masculina. La vulnerabilidad de la chica es muy alta como es obvio en estos escenarios, en que el chico juega con ventaja para domeñar la voluntad de la chica. En privado, en cualquier caso, el chico suele observar con la chica un comportamiento solícito y cariñoso, que contrasta claramente con su comportamiento en público, donde aparentemente **cambia de naturaleza**.

Es que es mazo de bueno, tía, es que llega a mi casa, se sienta... así (risas) y es que... tela. Que sí, es que yo la voy a llevar a Marruecos, no sé qué, queda mazo bien. Y luego en la calle, como tú dices, es otra cosa, es otra cosa distinta. Y luego con sus amigos él no es así, eh (G.D. 3. CHICAS)

Tengo una amiga que su novio la deja en ridículo siempre delante de todos. (G.D. 5. CHICAS)

Porque cuando están con sus amigos pues son ahí en plan ¿sabes? Pues molestándote mucho y tal para hacerse el guay y todo eso pero luego a lo mejor está hablando contigo en una conversación normal y es muy majo. Pero si con... delante de sus amigos es así...

Pero delante de sus amigos nunca va a ser así contigo. (G.T. 2. CHICAS)

- En las descripciones se ha identificado la existencia de auténticas **pandillas maltratadoras** en donde todas las chicas vinculadas afectivamente a los miembros masculinos reciben un maltrato sistemático público por parte de éstos, que se refuerza e incrementa por la vía de la emulación entre chicos.
- Estas pandillas de riesgo es fácil identificarlas por sus tendencias, cabría decir, **subversivas** en relación a las normas adultas en otros terrenos, como el abandono escolar, el consumo de estupefacientes o la aproximación al terreno de

la delincuencia. Desde la investigación se apunta a la posibilidad de que la agresión sistemática hacia las chicas se esté incorporando insensiblemente actualmente al catálogo de comportamientos subversivos con que estas pandillas pretenden diferenciarse y destacar frente a otras pandillas adolescentes (riesgo de que la VPM pueda llegar a convertirse en moda o tendencia adolescente).

Y que se cree el más guay por pegar a no sé cuántos y por tener tantos juicios. Bueno, el que más tiene es el más guay. (G.D. 4. CHICAS)

Pero porque se tienen... no que se peguen, pero yo creo que tienen muy poco respeto hacia ellos mismos

No, los tíos hacia las tías. En nuestros grupos de amigos...

Sí, son muy machistas.

... los tíos hacia las tías muy poco respeto. (G.T. 5. CHICAS)

Es que ahora la moda es tratar mal a la gente, tratar más a las tías. Y liarse con ochenta tías mientras estás con una. Entonces, como todo el mundo sigue las modas, pues es lo que pasa. (G.T. 5. CHICAS)

A ver, eso me ha pasado a mí, lo de los malos amigos, yo cuando vine a España no conocía a nadie y me metí aquí en un insti en Madrid, todo bien, amigos normales, pero luego me mudé a Getafe y me han metido en un insti que vamos, que ahí había sólo extranjeros, rumanos, marroquí, ecuatorianos, de todo, colombianos y ahí empecé..., es que no había mucha gente..., ahí era todo malo, ahí había de todo, drogas... Y ahí empecé a conocer gente de esta, porque estás aquí y todo bien al principio, te hace gracia, te vas y robas una cosa y te gusta porque ellos van y roban y traen de todo, comida, tienen siempre dinero, y al principio te gusta, al principio no lo piensas y dices que no va a pasar nada.

La vida fácil.

Hasta que luego empieza..., igual, que estás sin dinero, empiezas a robar y luego es eso, la mala vida. (G.D. 6. CHICOS)

También por ejemplo se ve muchos maltratos en gente joven en las bandas, en las bandas callejeras y cosas de esas. (G.D. 6. CHICOS)

Ellos si quieren van ahí y ven una piba, unas chicas y dice ésta, la cogen y a lo mejor la violan entre todos. Y eso es así y ellas aceptan eso para meterse... (G.D. 6. CHICOS)

- El poder de seducción para las chicas que al parecer tienen los chicos que realizan semejantes actividades y que aparecen insertos en ese tipo de pandillas (“malotes”, “guays”, etc.) refuerza la vulnerabilidad al maltrato de aquellas.

Pero, ¿sabes una cosa? Por ejemplo, mis amigas del pueblo, una amiga del pueblo estaba con el típico malote, y a ella, ella sabía que de ella pasaba como de comer mierda, pero a ella le gustaba ir con él porque en el momento en que había tíos presumía de ella, y ella se sentía orgullosa. Y a la vez los tíos se fijaban en ella. Entonces por eso, van a mí, a mí nunca me

ha pasado, pero yo lo pienso, que te gustan porque hacen que a los demás les llame la atención. (G.T. 1. CHICAS)

*Luego hay chicas también, **que a lo mejor, por lo menos a las que yo conozco, a lo mejor ven a un chico muy así, demasiado bueno, y no les gusta, a lo mejor les llama más la atención uno que sea así chulito, que tenga mucha labia, que tal, entonces luego salen, pues por ahí.** (G.T. 4. CHICAS)*

Porque como más chulo, más chulo y crees que te va a defender más, y luego en realidad lo que hace es dejarte en ridículo (G.T. 5. CHICAS)

Yo tengo clarísimo que los que están más buenos son los peores. Y los feos... yo acabaré con un feo, la verdad (G.T. 5. CHICAS)

- Debe considerarse este tipo de maltrato como el más característico de la **primera etapa** de la adolescencia (aproximadamente, entre los 12 y los 15 años), aunque pueda extenderse a edades posteriores.

Conforme avanza la edad y empieza a producirse el tránsito de la adolescencia a la juventud, la pandilla va perdiendo relevancia y la pareja va adquiriendo mayor densidad y tiempo para realizarse. Es en ese espacio amplio de intimidad en donde puede aparecer el maltrato con unos perfiles más clásicos de agresión privada, oculta al resto de miradas, e intencionalmente ocultada por el chico, que modifica su comportamiento habitual con la chica en escenarios públicos, haciendo que el maltrato sea muy difícil de detectar desde fuera. No obstante, nunca desaparecerá del todo en la adolescencia cierto “maltrato exhibicionista”, que puede ser más efectivo que otros tipos de maltrato, pero que tiene, de todas formas, la ventaja de cara a la prevención de que es conocido por los dos ambientes, los del chico y los de la chica, los cuales, al menos potencialmente, pueden alertar o establecer mecanismos de ayuda.

Ni delante de sus padres ni delante de los míos tampoco (...) a él nunca se le ha ocurrido. Luego llegaba delante de mi madre y tal, y era muy guapa y muy tal, era un niño bueno. Pero luego de puertas afuera de mi casa era lo peor. (G.D. 3. CHICAS)

Que suele pasar, que a lo mejor delante de (mi madre) y tal, pues sí, era un buen chico (...) ¿te acuerdas lo que decía mi madre? (G.D. 3. CHICAS)

- Este maltrato más volcado a la intimidad tiene los visos de ser más “estable” y más difícil de romper que el anterior, porque el enganche afectivo de la chica se ha hecho más fuerte y la posible respuesta violenta del agresor si se intenta la ruptura mucho más verosímil (también hay que suponer un fuerte enganche o, al menos, interés, en el maltratador en su relación con la víctima).

*Vamos, que me quiero referir que, que yo me he acostumbrado a él. Que yo he dejado a mis amigas, todo, **y a lo mejor me quedo desde por la mañana hasta por la noche con él.** (G.D. 3. CHICAS)*

- Un indicador posible de este tipo de maltrato adolescente es la actitud extraña de la chica para su edad, que se comporta como si su pareja fuese **el hombre de su vida**; comportamiento que no es el habitual en las relaciones de pareja

adolescentes. No está claro si ese enganche atípico se produce como consecuencia del maltrato mismo, o por la existencia previa de carencias emocionales o de otro tipo que se intentan compensar con una relación “amorosa” que parece que se convierte en la única alternativa de vida.

Si es un poco tonta, la verdad, sólo mira por él, y es una chica que no ve otra cosa en su vida que no sea él. Ve que no puede hacer nada sin él en la vida y que, que se suicida si él le deja a ella, se suicida. O sea, directamente ella lo dice así. Yo me muero, si no está aquí me mato. O sea, yo no lo entiendo, si te está tratando así y luego estás diciendo que si te deja te matas... chica, yo no puedo hacer nada ya. A ver, si eso es algo también que.... Si ella lo quiere así... (G.D. 5. CHICAS)

- Desde fuera, desde la visión de las chicas, este tipo de maltrato adquiere toda la apariencia de ser una **conducta premeditada y planificada** por el chico (que puede ser ya un hombre, dadas las diferencias de edad con la pareja masculina con las que pueden atreverse estas chicas). Tras un periodo inicial en que el chico observa el comportamiento ideal -y cabría decir que excesivo desde el punto de vista de los patrones habituales de seducción en el mundo adolescente- que atrapa afectivamente a la chica, se produce un **repentino cambio**, que implica la aplicación sistemática de todo el arsenal maltratador conocido, celos incluidos. La chica los soporta porque piensa que ese cambio se debe a circunstancias ajenas a ella (p. ej., problemas en el trabajo, en la familia, etc.) y porque espera reencontrarse con su auténtica personalidad. Pero incluso esa aplicación del maltrato parece planificada, porque implica la alternancia de actitudes de solicitud con actitudes de desprecio. La chica nunca puede estar segura de quién de los dos es él y, por tanto, de si realmente la quiere o no. La lógica del atrapamiento es conocida y completamente evidente **desde fuera**; pero también se entiende que **desde dentro** sea muy difícil para una chica –conociendo, como conocen las chicas, la psicología femenina- no caer en las redes tendidas por el maltratador.

Es que lo que dice ella, es que no le creo. Es que ese chico era un encanto, un encanto. Es que no se separaba de mí, es que sus amigos le tenían que empujar, pero déjala ya, que eres un (pestoso). Es que ha cambiado radical... (G.D. 3. CHICAS)

A mí me pasaba a lo mejor que discutía con él, lloraba, pero luego, yo qué sé, a lo mejor estaba cuatro días bien, y esos cuatro me han compensado los malos ¿sabes? (...) a lo mejor me ha hecho llorar porque me ha dicho cosas durísimas, pero también te digo que a lo mejor, yo qué sé, cada cosa que hacía buena es que me llenaba a mí de una forma que... de estar mazo contenta, ¿sabes lo que te digo?, de... (G.D. 3. CHICAS)

O yo qué sé, a lo mejor, no se... eso es... depende de la relación que tenga, que es que es lo que digo que desde fuera se ve todo, está mal, es culpa de ella porque ella está con él, pero luego a lo mejor desde dentro es que... un chico desde fuera que pega a una chica, se ve mal, pero luego a lo mejor, desde dentro dices, es que en realidad no es tan malo. Y a lo mejor es un problema que tiene él o, no sé, si a lo mejor tú te has criado y has visto a todo el mundo, a tu padre pegando a tu madre y no te parece mal y tú eres

buena persona pero no lo ves mal que pegue, pues a lo mejor desde fuera se ve mal, pero desde dentro, a lo mejor por ayudarle o algo porque yo creo que nadie pegan a otra persona si no tiene problemas, o si no tiene... no se... no tiene algo en la cabeza o... yo qué sé... (G.T.4. CHICAS)

- Debe considerarse este tipo de maltrato como el más característico de la segunda etapa de la adolescencia (16-17 años), y posiblemente se extienda con perfiles parecidos a toda la etapa juvenil.

LA ACTITUD ANTE EL MALTRATO ADOLESCENTE Y LA IDENTIFICACIÓN DEL DAÑO.

Es importante hacer notar que las chicas identifican claramente las situaciones de VPM en la adolescencia, y que las califican como tales o, al menos, como una versión anticipada o precursora de situaciones de VPM adultas. No se producen apenas posibles confusiones o dudas al catalogarlas como tales; por ejemplo, frente a situaciones de parejas que se llevan mal, o que se agreden mutuamente, o frente a parejas de dominio femenino.

No, y eso, simplemente te está insult... no es violencia, pero te está insultando y tiene 17 años, ¿sabes? Y ese cuando tenga 20 ¿qué va a hacer? ¿la va a matar? (G.T. 5. CHICAS)

Como sucedía con la VPM adulta se percibe **con nitidez** quién es el agresor y quién es la víctima en todo el despliegue del maltrato. No existe, por tanto, la más mínima propensión a disculpar al agresor y a culpabilizar a la víctima.

Está fuera de toda duda que estas situaciones son **altamente dañinas** para la integridad física y, sobre todo, **psíquica** de la chica. Se sabe que estas situaciones son muy traumáticas para la chica, con independencia de que ésta prefiera permanecer en la relación. El que las grandes agresiones físicas e incluso la muerte tiendan a excluirse del maltrato adolescente no es óbice para que se considere seriamente el riesgo personal de sufrirlas y, por tanto, para que se esté prevenido frente a él.

- El daño está directamente vinculado al efecto de las agresiones psicológicas sistemáticas, que implican la vivencia personal de desvalorización y de pérdida de la autoestima personal.
- **La obsesión** por mantener la relación en ese contexto de agresiones sistemáticas es identificado también frecuentemente en clave de conducta patológica o dañina.

Esta chica que te digo es que... ya no es quererle, es que tiene una obsesión, es que no le quiere, eso es una obsesión, rutina, que tiene que estar con él. Si no está con él, pues ya, vamos, no quiere hacer nada. Pero luego a lo mejor, no sé, si estás con un chico que a lo mejor te pega y estás con otro que no te pega pero hace cosas malas, es que en realidad, luego ya te parece mejor y, no sé, es que vas de mal en peor, la verdad. (G.T. 4. CHICAS)

- Como resultado de todo ello aparece la **dependencia**, resultado de una voluntad debilitada. La pérdida de independencia implica prácticamente la **renuncia** a los

propios deseos y necesidades, renuncia tras la cual se identifica un daño de todavía mayor entidad y con efectos a largo plazo.

- La cristalización o cronificación de un modo de ser dependiente, que implicaría en un futuro la imposibilidad de vivir fuera de una relación de dominación masculina.
- El desinterés por el futuro y, por tanto, por la propia autorrealización personal, lo cual implica frecuentemente en la práctica el descuido o el abandono de los estudios.
- El descuido del propio cuerpo y, por tanto, del cuidado personal.

Es tipo de que cuando está con él yo creo que no es feliz, porque a ella le encantaba maquillarse y pintarse, en el bolso llevaba siempre el set de maquillaje (...) Y ahora tiene todo con heridas...

Yo qué sé (riéndose)

Siempre se iba tocando el pelo o lo que sea, y ahora se hace una coleta y ya está (G.T. 5. CHICAS)

- El abandono de las amistades pasadas, de las **amigas íntimas**, un recurso afectivo que debe considerarse esencial para el equilibrio afectivo en la adolescencia, al menos femenina.

Y que cortes con tus amigos, que tus amigos van a estar ahí, que un chico y que te trata mal encima, ¿qué te puedes esperar de él? Pues nada. Tus amigas siempre van a estar ahí, para lo bueno y para lo malo. Entonces eso también me parece feísimo. Yo con mis amigas... las quiero más que a cualquier chico. Mis amigas... has crecido con ellas, te conocen muy bien, nunca te van a pegar, nunca te van a tratar mal. (G.T. 6. CHICAS)

- La pérdida general de oportunidades de **disfrute vital**, algo que no debe considerarse baladí en el desarrollo equilibrado de una adolescente.

Y en chándal todos los días, y no sale a ningún lado. Antes... somos pequeñas todos, ¿sabes?, pero a lo mejor vamos por la tarde a algún lado, a una tetería (...), y apenas le apetece ya salir ni nada. A veces se tira en un banco con su novio...

Y ya, toda la tarde...

... todos los días, todos los días. Un sábado, un lunes o un martes, le da igual. Y también nosotras hemos salido de ahí por eso, porque es una rutina, estar todos los días haciendo lo mismo, para eso me quedo en mi casa (G.T. 5. CHICAS)

Una vez que se califica una relación como de VPM no existe la más mínima propensión a sugerir a la chica maltratada cambios en su comportamiento para mejorar la relación. La situación de pareja **no tiene arreglo**, y lo recomendable sin lugar a dudas para la chica es que ésta rompa con la relación.

Esta percepción “intelectual” del fenómeno cabe considerarla como un importante **factor de protección**, y debe interpretarse como un resultado positivo de toda la movilización social e institucional reciente en contra de esta lacra social, incluidas las intervenciones directas sobre la población adolescente y juvenil. No obstante, como suelen indicar las chicas, se trata de una protección relativa, porque al maltrato **no se le ve venir**; se entra en él desde los sentimientos, y cuando es posible darse cuenta, ya es demasiado tarde: la chica está atrapada en una relación de la que no sabe cómo salir y de la que ni siquiera quiere salir.

A mí lo que me han explicado esas chicas, es que... que eso, que como ya les quieren, les tienen cariño, pues que aunque le peguen pues les da igual.
(G.D. 2. CHICAS)

Hay unos que sí y otros que no. Hay gente que dices, pues que éste es un hijo de puta, y se le ve, ¿sabes? Pero hay otros que, que dices, ¿cómo es que ha podido llegar esta persona a hacer eso? (G.T. 6. CHICAS)

Como sucedía con el maltrato adulto, la prevención parece muy difícil, lo cual, obviamente, opera como **factor de inseguridad** en su vida cotidiana y en sus relaciones afectivas. Tampoco en este caso del maltrato juvenil las chicas advierten un perfil claro y preciso del chico potencial maltratador; cualquier chico puede ser un potencial maltratador, y esa impresión, obviamente, incrementa la sensación de inseguridad y la impresión de que la prevención es imposible. La demanda de conocimiento, en cualquier caso, se concentra claramente en esa dirección: **en saber cómo ver venir al maltratador y, eventualmente, en adquirir habilidades para pararle.**

No, pero por ejemplo, yo a estos chicos que te digo que pegan a sus novias yo les he conocido antes de tener novia y en ningún momento pensabas que... que iban a ser capaces, pero luego sí lo son. Pero yo ni... estos chicos en ningún momento yo pensaba que iban a ser así, pero... pero sí.
(G.T. 4. CHICAS)

Como recomendación para posibles intervenciones preventivas habría que hacer notar cuál es el concepto de prevención que están manejando o necesitando las chicas. No se trata, como se dijo, de una **prevención para el futuro** sino de una **prevención para el presente**. Cuanto más cerca de la experiencia adolescente se coloque el enfoque de la intervención mayor interés e implicación va a suscitar. Pero prevenir en este caso no es tanto **poner en evidencia el riesgo** (puesto que, como ya se ha dicho, ese riesgo está identificado; forma parte del discurso de las chicas y de su percepción de la realidad que viven) como en saber **cómo conjurarlo**. Posiblemente una intervención sobre los chicos sea necesario que se ubique en ese primer escalón de la **toma de conciencia**; las chicas están ya en otro escalón. No tienen que tomar conciencia, porque la conciencia de riesgo está ya instalada. Las chicas ya se sienten vulnerables a la VPM masculina adolescente; ahora habría que decirles qué pueden hacer para superar o paliar esa vulnerabilidad.

LA INTERVENCIÓN PALIATIVA.

La necesidad de intervenir está presente en el discurso de las chicas porque, como se ha visto, identifican claramente los casos y no minusvaloran en absoluto el riesgo personal para la chica,

un riesgo que incluso se proyecta hacia el futuro, puesto que el atrapamiento en situaciones de violencia en estas edades inevitablemente suele llevar parejo la pérdida de interés por el proyecto personal de futuro y **el abandono** consecuente **de los estudios**. La chica sujeta a maltrato no sólo hipoteca su presente, también hipoteca su futuro.

La intervención espontánea del grupo de amigas.

En muchos de los casos relatados se trataba de amigas, o antiguas amigas, más o menos cercanas de la chica que los relataba. Y en todos los casos de una cierta cercanía previa hubo **una intervención**: la amiga íntima, todas las amigas íntimas pertenecientes a su grupo de amigas se pusieron en la tarea de convencer a la chica de que esa relación no le interesaba y de que podría salir muy mal parada de ella.

Yo haría lo mismo también, aconsejarle. Porque si es mi amiga, lo mínimo que puedo hacer es eso. Luego ya que haga lo que quiera con su vida, no me voy a meter yo a decir... Pero lo mínimo es eso, aconsejarle (G.D. 2. CHICAS)

Yo creo que ellas lo saben, ¿no? Porque yo creo que eso es algo que se sabe. Yo si mi novio me hace eso, yo lo sabría, no me hace falta que nadie venga a decírmelo... Pero si ya viene alguien y te lo dice, pues todavía como que ayuda. Pero ellas si no quieren pues... tú no puedes hacer nada. Yo puedo hablar con ella, la puedo decir, mira, yo pienso esto, no opino esto, yo no haría esto, yo no sé cómo consientes esto, pero la que va a tener que tomar la decisión de estar con él o dejarlo va a ser ella. Y es su vida, y ahí yo no me puedo meter. Entonces... eso depende de cada uno. Si ahora están así, no sé cómo llegarán a estar dentro de unos años, pero allá ella. Yo ya por lo menos he hecho lo que he podido, he hablado con ella y... (G.D. 5. CHICAS)

Yo es que les digo, si realmente te merece la pena aguantar todo lo que estás aguantando, pues aguántalo, ¿sabes? Si te merece la pena tanto, si le quieres tanto, si ves que tienes futuro con él, si ves que puede cambiar, pues inténtalo. Pero si ves que te está humillando, que todo va a peor, que es una mierda de relación, pues déjalo, corta por lo sano y punto (G.T. 6. CHICAS)

Este es un efecto muy positivo de la intervención realizada previamente (toma de conciencia). Puesto que las chicas adolescentes identifican ya con bastante claridad lo que es una situación de VPM, cuando perciben que alguna amiga puede estar en riesgo al respecto, inmediatamente salen en su auxilio. Se puede imaginar una situación anterior, en que el grupo de amigas pudiera tomar la dirección tradicional contraria de intentar apuntalar la relación mediante recomendaciones de no contrariar al chico. Ahora, las chicas lo tienen claro, en el momento en que se percibe que el modelo de relación puede estar cerca del estereotipo de VPM, la recomendación inmediata a la víctima es la de que la deje. Y utilizarán todas sus armas persuasivas al respecto.

A mis amigas les duele ver cómo a lo mejor me ha podido insultar o decirme cosas, a mis amigas les duele y por eso a lo mejor ellas han reaccionado de esa forma para que yo me dé cuenta, de que estoy perdiendo muchas cosas. (G.D. 3. CHICAS)

Yo qué sé, si tú ves que la persona tampoco quiere hacer nada y que quiere estar así, pues tampoco puedes hacer nada. Porque yo en el caso de mis amigas... yo con ella lo he hablado muchas veces, ¿cómo consientes que te haga estas cosas? ¿cómo consientes que te trate así? ¿cómo consientes todo esto? "Porque le quiero" (G.D. 5. CHICAS)

Se ha de suponer que esa intervención espontánea puede ser efectiva en muchos casos, especialmente en las primeras fases de la relación. No obstante, si se tiene en cuenta lo dicho de que al maltratador no se le suele ver venir, el desconocimiento de cómo prevenir impide que se articule un sistema espontáneo eficaz de auxilio precoz. Cuando saltan las alarmas el mal suele estar ya hecho, y la víctima ha quedado presa en la relación, ya no puede salir de ella.

La insistencia por parte de las amigas en que considere romper con la relación suele obtener, entonces, una respuesta airada por parte de la chica maltratada. No quiere que le cuestionen su relación, y se enfada con sus amigas por esa insistencia. Como consecuencia del conflicto que se produce suele ser, al parecer, muy habitual que se rompa el nexo de unión, que la chica víctima decida no volver a ver a sus amigas, o que éstas, ante la terquedad de aquella y la agresividad con que se manifiesta, decidan también no volver a verla. Por detrás también hay que suponer la intervención del agresor, que hará todo lo posible para predisponer a su chica en contra de unas amigas que van directamente contra él.

*... porque me tengo que ir... Que sí, que me volví como él, que **como él me ha vuelto tan rencorosa**, ahora ya con mis amigas las chillo, de todo, ¿sabes? Y mis amigas me dicen que he cambiado muchísimo. Yo antes tenía dulzura de niña, y ahora por la mínima salto, por la mínima ya estoy chillando, porque me ha cambiado él en el sentido en que me ha hecho más... (...) porque él me ha comido mucho la cabeza (...) (G.D. 3. CHICAS)*

No, pero ya... si te vas con tus amigas es que vas a salir por ahí, es que a ver qué haces, y no sé qué, entonces pues ya empiezan... A lo mejor, por no oírles, por no discutir, ya dices, pues vale, pues mira. (G.T. 4. CHICAS)

***Era amiga nuestra; ahora ya pasa de nosotros, porque está con él. Y él yo creo que no le deja hacer nada, no le deja ni hablarnos.** (G.T. 5. CHICAS)*

Sí. Yo me he enfadado muchísimas veces con Arancha, porque me ha llorado y le he dicho: no más, por favor, no más, y decirla, por favor, no más, olvídate de él. Pero no... (G.T. 6. CHICAS)

La ruptura de este nexo de unión entre la chica maltratada y su grupo es un riesgo que hay que intentar a todas luces conjurar por medio de la intervención. La chica no se puede quedar sola. Desde la prevención hay que anticipar esa posibilidad y recomendar a la chica que nunca, por cualquier circunstancia de este tipo, rompa con su grupo de amigas; pero también hay que convencer al grupo de amigas de que nunca rompan ellas mismas la comunicación, que no rompan con la chica a pesar de su actitud. Quizá, incluso, habría que recomendarlas que no la presionen demasiado, que relajen su insistencia en que rompa con la relación para salvar una comunicación necesaria para que la víctima no termine definitivamente atrapada en su círculo de maltrato, y vea anulada definitivamente cualquier posibilidad de salida.

Hubo un tiempo que mis amigas no querían saber nada de mí. Lo que pasa es que yo me di cuenta de que la relación no iba bien, y que iba a llegar un momento en que me iba a quedar sola. Entonces, yo cogí, hablé con mis amigas, las pedí perdón, y ahora estoy con ellas más o menos bien. No iba a estar igual que siempre... (G.D. 3. CHICAS)

*Lo que tú puedes hacer es estar a su lado, que ella sepa que tiene tu apoyo, e intentar ayudarla lo máximo posible, y que ella lo sepa. **O sea, voy a ayudarte en esto, si quieres hacerlo, que sepas que yo voy a estar a tu lado y que te voy a ayudar y que vas a tener mi apoyo, y que pase lo que pase vas a contar conmigo** (G.D. 5. CHICAS)*

Y luego no hay que dejar a las amigas por los novios porque novios hay muchos, pero amigas pocas. (G.T. 4. CHICAS)

La impotencia se instala, en cualquier caso, en la chica que decide auxiliar a su amiga victimizada. Mientras esta no decida abandonar la relación no hay nada que hacer. Aunque la amiga desista, e incluso rompa la comunicación, es muy importante que deje la posibilidad abierta de retorno al grupo de amigas y que se asegure a la víctima adolescente que sus amigas estarán ahí para ampararla, sin reprocharle nada en absoluto su conducta pasada con ellas, si alguna vez decide romper. Es muy importante para la víctima adolescente saber que tiene una posibilidad de retorno; considerar la ruptura es mucho más difícil si no se tiene un lugar donde volver, si la alternativa es quedarse sola.

No sé, también hace falta, por ejemplo, las amigas son muy importantes ¿sabes? porque si tú ves, por ejemplo, que estás con un chico ¿sabes? y aunque te pegue y te vaya mal luego tú le quieres y no tienes a nadie. Pero si tú tienes una amiga que sabes que va a estar ahí, que aunque lo dejes te va a apoyar o a tu familia, eso también influye mucho. Que si tú te ves sola, dices bueno, pues él me quiere y ya está y solamente pienso eso pero luego tus amigas te pueden decir "Mira, que... que no seas tonta que tú te puedes buscar a alguien mejor, que nosotras te vamos a ayudar que..." Porque si te ves sola la verdad que es que te da lo mismo. (G.T. 4. CHICAS)

Si por lo menos tus amigas pues eso... que te distraen, te ayudan, lo importante es distraerse, porque si estás ya... cuando estás sola la verdad es que es cuando empiezas a pensar a lo mejor y ya pero yo qué sé... distraerse y tal. Pero si a lo mejor le dejas y dices no voy a salir a la calle, pues siempre acabas cayendo otra vez. Por eso te digo que las amigas son muy importantes. A mí por lo menos mis amigas... yo qué sé, son muy importantes. A estas edades, yo creo que... más que los padres, que los padres son muy... te van a ayudar más, pero tus amigas siempre. (G.T. 4. CHICAS)

Yo por ejemplo a Arancha, sí que le dije al chico, yo se lo digo sin problemas, le digo: a mi amiga no la trates así, o te las (verás), que no está sola, que no está sola.

Claro, tienes que hacerles ver que no está sola

Que no están solas y que tienen muchos más apoyos, por parte de familia, por parte de amigos, que no se va a morir sin él. ¿Sabes? Que sienta que no está sola (G.T. 6. CHICAS)

La protección adulta.

La posibilidad de una protección desde el mundo adulto no suele ser apenas considerada. Los teléfonos contra el maltrato se suelen conocer; pero es muy raro que se considere su utilización como recurso, bien de ayuda directa (llamar ellas mismas para demandar ayuda a su amiga), bien de ayuda indirecta (recomendar a la amiga que llame). Opera en esta inhibición posiblemente su carácter adulto y la propensión espontánea de las chicas adolescentes a intentar resolver sus problemas entre ellas, sin que el mundo adulto se entere.

Ya directamente a los adultos no se les suele contar esas cosas. (G. T. 4. CHICAS)

No obstante, hay más factores de inhibición:

- El eventual uso del teléfono para el eventual auxilio ajeno está muy asociado al maltrato adulto y a la posibilidad de identificación de situaciones de riesgo inmediato y patente para la vida de la mujer. Como estas situaciones extremas no suelen darse en la experiencia de VPM adolescente que ellas barajan o, por lo menos, no se reconoce con facilidad ese riesgo, es muy raro que encuentren una razón clara para utilizarlo.

Pero es que eso es para denunciar el maltrato, ¿no? Por lo que yo tengo entendido, el 016 es para denunciar: oye, que me están maltratando. No sé si es para hablar... (G.D. 5. CHICAS)

- El eventual uso del teléfono para la propia víctima exige, ciertamente, de su iniciativa, iniciativa que sólo puede darse en el momento en que decida romper con la relación. Antes parece inútil dárselo. Pero en ese momento de ruptura también, porque, nuevamente aparece ese carácter de teléfono para el maltrato adulto, que sugiere la puesta en marcha posterior de la denuncia, la protección policial, las casas de acogida, etc. Y no está demasiado claro para qué le va a servir a la adolescente que rompe con su pareja todo eso, porque ni imagina, ni posiblemente sea frecuente que precise, de semejante arsenal de protección. Las rupturas de relaciones de violencia pareja adolescentes no suelen tener las necesidades de protección que tienen las rupturas adultas. El teléfono o, con más razón, la denuncia directa siempre serán para los adolescentes recursos excesivos para la VPM adolescente que conocen.

La intervención adulta, de ser posible, implicaría de la utilización de otros recursos.

- El comunicar la situación de la chica **directamente a sus padres** es una alternativa seriamente considerada por las amigas en la primera etapa de la adolescencia. En esta primera etapa (menos de quince años, aproximadamente), aún cuando las adolescentes se refugien en su mundo, los padres siguen estando ahí presentes como **recurso de seguridad**. Parece natural recurrir a ellos, ciertamente, cuando se muestran inútiles los intentos del grupo íntimo femenino por conseguir que rompa con la relación. Habría posiblemente que recomendar en intervenciones específicas sobre estos grupos de edad que se utilice

preferentemente este recurso adulto por parte de las amigas íntimas, sea directamente, sea indirectamente por medio de la figura del maestro o del tutor.

Pero si ves que a ella le está haciendo daño y que no lo deja pues hablar con los padres o con alguien, no sé, pero no dejarlo así, bueno, ya que lo arreglen entre ellos. (G.D. 1. CHICAS)

Aunque no la haga entrar en razón, aunque ella siga así, pues puede hacer miles de cosas la madre. O prohibirle salir y tenerla encerrada aunque sea para que le deje de ver o algo. O denunciar al chico (G.D. 2. CHICAS)

Hombre, a lo mejor el psicólogo del colegio.

Hombre, por ejemplo, si tu amiga va al instituto y el chico también, y ves que la pega o pasa algo en el instituto, yo sí que hablaría, por lo menos con el tutor...

Sí, es el que más sabe de...

*... y con el psicólogo **

Ellos hablarían con los padres, y ya sabrían lo que hacer. (G.D. 2. CHICAS)

Convencer a... o convencer a la chica para que se lo diga a sus padres o ir tú directamente a hablar con sus padres. (G.T. 2. CHICAS)

No, porque tú no vas a confiar en una persona mayor.

No se lo vas a contar a tu madre: oye, que mi novio me pega

Número uno porque te da vergüenza, número dos porque... porque no se lo vas a contar a tu madre, porque es tu madre, y no se lo vas a contar. (G.T. 5. CHICAS)

- En la segunda etapa (quince o más) esa posibilidad aparece completamente descartada. Las amigas lo considerarían casi como una **traición** a la chica y es de esperar que la chica maltratada también, lo cual complicaría la actuación fundamental del grupo íntimo femenino. Por otra parte, no se adivina que los padres puedan hacer mucho al respecto y que su actuación no pueda ser, en el fondo contraproducente, porque la chica es probable se enquiste en su relación desde la actitud de la **rebelión** frente a la imposición familiar.

No. Mis padres al principio sí se daban cuenta, pero yo, sabes lo que te digo, yo ya pues me mantengo, o sea, me mantengo, y a lo mejor lloro en la calle lo que tenga que llorar, subo, me quito todo lo que tenga corrido y subo con una sonrisa en la cara, ¿sabes? Y a lo mejor luego en mi cama, pues me da por (...) Pero mis padres yo los quiero mantener (...) esa relación, he sufrido mucho, yo los quiero mantener (al margen) de todo (G.D. 3. CHICAS)

Yo contaría antes con los amigos que con mis padres o con la familia porque creo que pueden verse más en mi situación que otras personas como mis padres. (G.D. 3. CHICAS)

Y una chica de nuestra edad, si es eso, si hay maltrato psicológico, que es lo que estábamos hablando antes, de humillarla, de tal, lo hablaría con ella. Si ella no me quiere hacer caso ni nada, no iría sus padres a decirles, oye que a tu hija la están diciendo que no vale una mierda, a tu hija le están diciendo.... No. Si veo que la están pegando de hostias, entonces a lo mejor sí, a lo mejor no llamo a sus padres, pero a lo mejor llamo a la policía directamente, eso ya... (G.D. 5. CHICAS)

¿Sabes? Por mantenerles al margen... luego a lo mejor son los que más te pueden ayudar pero... no sé. Es muy difícil decirle a tu padre "Mi novio me está pegando". (G.T. 4. CHICAS)

- No hay ninguna instancia adulta adecuada en esta segunda etapa adolescente a la que la amiga piense espontáneamente que puede recurrir para poner en conocimiento la situación. No va a recurrir a los profesionales educativos (pueden contárselo a los padres; o intervenir ellos mismos, lo cual generaría el mismo efecto contraproducente que la intervención paterna), que es la otra alternativa que se puede imaginar. Prácticamente nadie conoce los centros de ayuda al maltrato, pero, de conocerlos, tampoco los considerarían fácilmente, porque tendrían el mismo problema que los teléfonos para el maltrato.

Ya, pero ¿quién lo sabe? Si ella no cuenta nada a ningún profesor, ni nada. Yo no se lo voy a ir a decir al director: "Oye, mira, esta chavala tiene problemas". Yo no se lo voy a decir (G.D. 4. CHICAS)

Pero es que no se a que sitio decirle: ves a este sitio para que te enteres... (G.D. 5. CHICAS)

Es que los profesores, al ser mayores, ya... como que no. No sé, la gente mayor te echa un poco para atrás porque te... siempre lo llevan todo a lo más, siempre, no sé. (G.T. 4. CHICAS)

- La única vía que se advierte para poder dar paso a la ayuda adulta es la **recomendación por parte de la amiga**. La amiga puede recomendar a la chica maltratada que se ponga en manos de una persona adulta que sabe más de estas cosas y que le puede orientar. Esto reforzaría el papel en la intervención del grupo íntimo femenino.

Algún psicólogo, o algo de eso que... (...) del tema y puedan ayudarle de una forma que a lo mejor yo no puedo. Porque yo puedo darle mi apoyo, puedo darle mi consejo, puedo decirle lo que yo haría, pero yo no soy psicóloga ni nada de eso, para haber estudiado esas cosas y saber lo que hay que decirle exactamente ni nada. Me parecen muy complicadas esas cosas (G.D. 5. CHICAS)

- Es cierto, que las amigas tampoco suponen una excesiva efectividad en una intervención semejante. Lo normal, como se ha dicho, es que la chica maltratada rechace directamente cualquier tipo de ayuda. No obstante, siempre puede presentarse un momento de duda o de crisis, y es clave que en esos momentos el grupo íntimo tenga a mano un posible recurso al que echar mano, un recurso que la chica maltratada no rechace y no considere desproporcionado.

A lo mejor en el día te dice que no, pero a lo mejor a los dos días dice: pues lo voy a intentar. (G.D. 5. CHICAS)

No sé, a lo mejor con un psicólogo si te abres más al no conocerle, pero... hay gente que se niega directamente y ya está. (G.T. 5. CHICAS)

A ver, sí, por ejemplo, si le pasa algo, que le digas, pues tienes que ir aquí, y ve esto, date cuenta de esto, para que ella sepa lo que está pasando. Pero es que no te va a escuchar, si está muy metida, hasta que no le dé una buena paliza o algo de eso, no va a decir... (G.T. 5. CHICAS)

- La intervención adulta se considera posible en estos casos siempre y cuando se garantice absolutamente la **confidencialidad**. Es inviable un recurso del que se sepa que pueda comunicar a los padres la situación y/o que pueda poner en marcha algún tipo de denuncia o intervención policial. Estamos ante menores; y es obvio que esta recomendación realizada desde la investigación exigiría de que se resolviera esta cuestión desde el punto de vista legal.

En horarios por la tarde, que pudiesen ir allí, más privacidad y más todo... yo qué sé, más confidencial todo. (G.D. 5. CHICAS)

- La necesidad de confidencialidad descartaría la posibilidad de intervención de agentes adultos del centro educativo. El riesgo que se percibe en estos casos es que la información termine fácilmente por extenderse, y que la chica termine siendo estigmatizada en su propio grupo por ser víctima de violencia.

Yo creo que una chica que está siendo maltratada no va a ir a su instituto a hablar con el psicólogo de su instituto a contárselo, no creo. No creo que el instituto sea el sitio más apropiado para eso. Sí que creo que en el instituto deberían de dar charlas sobre maltrato, o vídeos o lo que sea, sí que creo que deberían de estar más concienciados, sobre todo, lo que decíamos antes, los niños de 13, 14 años, yo creo que habría que concienciarles más de este tema, porque a ellos les da igual y es algo que a todos nos incumbe, y es algo que a todos nos afecta, que es lo que decíamos al principio de todo. Pero para hablar con un psicólogo o para hablar con alguna persona que te pueda ayudar, yo creo que el instituto es el peor sitio. Porque no vas a ir en el instituto, que todo el mundo sabe que has ido, que todo el mundo se chismorrea, y todo el mundo sabe que tú has ido al psicólogo y que a ti te pasa algo. Y no vas a ir simplemente porque no hablen de ti. Entonces yo creo que no, que ese no es el sitio más indicado. Yo creo que debería de haber otro sitio, fuera del instituto, en horarios... (G.D. 5. CHICAS)

- El tipo de intervención adulta que se espera y que se piensa que puede ser efectiva en determinados casos no es de naturaleza defensiva. No se trata tanto de defender a la chica de un riesgo exterior, como de ayudarla a reflexionar y a tomar una decisión. Se trataría, por tanto, una intervención **de tipo psicológico**, realizada por una persona con experiencia en situaciones de VPM en la adolescencia.

***Pero porque son tus amigos y piensas, qué vergüenza, no sé qué.**
*Pero sí, por ejemplo, conocieras a alguien que está pasando por lo mismo y**

que tú no la conoces de nada, yo creo que sí hablarías con ella (G.T. 5. CHICAS)

Porque muchas veces es verdad que te desahogas más con gente que conoces poco que con los que tienes ahí de toda la vida. Porque, no sé, te da más vergüenza (G.T. 5. CHICAS)

- A priori no se identifica ningún lugar óptimo al que recurrir; no hay desde su experiencia, recursos adecuados. La investigación ha tenido, al respecto, que testar o proponer algunas alternativas.
- La alternativa genéricamente considerada como más viable es la de los centros vinculados al asesoramiento y obtención de métodos anticonceptivos para jóvenes. Cuando se conoce la existencia de este tipo de centros relativamente cercanos al lugar de residencia se advierte su idoneidad, puesto que el acceso a ellos parece bastante normalizado en la población femenina adolescente, y se advierte y se reconoce que la confidencialidad es uno de sus requisitos de actuación. Haría falta, efectivamente, que se conociera una posible especialización añadida en este tema por medio de profesionales competentes al respecto.

Hay centros en los que te hablan de todo. Hay centros que son juveniles, gente joven, que yo qué sé, todo tipo de cosas te ayudan. Que tienes problemas con el instituto, que te van mal los estudios, pues... O dan clases de estas gratuitas, o si... si has tenido algún problema, yo qué sé, te has tenido que tomar la pastilla del día después, van y te la dan. Y tienen psicólogos y eso, yo creo que ese también es un buen sitio para este tema. Para gente joven y eso, que tuviese este problema. Que es planificación familiar, y ahí es donde te ayudan de todo un poco. Que es gente que está acostumbrada a hablar con jóvenes y a tratar con adolescentes, y yo creo que también podrían meter este tema ahí. Pero vamos, de eso nunca me han informado. Siempre me han dicho: existe este centro, si se te rompe el condón, si pasa esto, si pasa lo otro. Pero nunca me han dicho: ve a este centro si tu novio te pega, por ejemplo, nunca me han dicho eso. Por eso te digo, que este tema no está tan... (G.D. 5. CHICAS)

- El modelo sanitario de “consulta joven”, de proponerse y generalizarse podría, a todas luces, operar como un recurso privilegiado de detección y abordaje de situaciones de VPM adolescente.

Sí, igual que vas a... con la píldora esa, pues... (G.T. 5. CHICAS)

- No se cierra, en cualquier caso, la vía a la existencia de recursos específicos para la VPM adolescente. La resistencia, en cualquier caso, para acceder a los recursos de violencia actuales es la dificultad para identificarse con un modelo de actuación adulto basado en la denuncia y la adopción de medidas de protección policiales y judiciales.

4.3. Recapitulación. Las diferencias entre el discurso de las chicas y el de los chicos.

En general, los chicos son bastante reacios a considerar la posibilidad de que la VPM se pueda dar en la etapa vital en que viven. La consideran como un **fenómeno adulto** que se explicaría desde el tipo de conflictos que pueden presentarse en la vida adulta, conflictos más serios que los que se puedan experimentar en su edad.

- o Ciertamente, en sus relaciones de pareja también hay conflictos; pero, dado de que las relaciones afectivas de pareja tienen en esas edades una mayor provisionalidad, la fácil posibilidad de ruptura prácticamente impide que se puedan dar los estallidos de violencia masculinos típicos de la VPM. Ningún chico, por ejemplo, se ve a sí mismo en la situación de agredir a su chica por un comportamiento infiel por parte de ésta; simplemente la infidelidad dará lugar a la separación.

El desinterés por la prevención se acrecienta, por tanto, ante la imposibilidad de advertir un **riesgo actual** al respecto en las propias relaciones cotidianas.

No será infrecuente en las discusiones, en cualquier caso, que se traigan a colación situaciones de pareja adolescentes más o menos cercanas en que sí que se percibe claramente un **comportamiento sistemático abusivo** del chico hacia la chica. La tendencia espontánea es a no considerarlas parte del fenómeno de la VPM. No obstante, en la discusión, tienen a ir asimilándose a él como un posible **antecedente** para un futuro. El chico que se comporta ahora de esta forma con su chica es posible que se convierta en un maltratador cuando sea mayor.

Desde estas experiencias, tiende a producirse un **cambio en la percepción** de los chicos de la VPM. Empiezan a considerar la posibilidad de una violencia sistemática ejercida en el seno de la pareja y la relevancia del **maltrato psicológico**. La confusión entre quién es en realidad el agresor y quién es la víctima ya no es tan fácil en estos casos, porque es demasiado evidente que la chica está sufriendo por la conducta de su chico hacia ella.

Es muy importante tener en cuenta, de cara a la intervención, este cambio de perspectiva de los chicos cuando visualizan situaciones de VPM en su entorno. La VPM empieza a ser otra cosa distinta, y remite a comportamientos masculinos abusivos hacia las chicas, distintos de la agresión extrema, **en los cuales pueden reconocerse de algún modo**. Aunque se siga pensando que los chicos que hacen esas cosas tienen algún problema (familiar, psicológico, etc.), la relativa cercanía de esas conductas obliga a que se revise de algún modo el propio comportamiento de pareja. La posibilidad, por tanto, de reconocerse como posibles sujetos de prevención empieza a abrirse.

A la hora de revisar el comportamiento del chico en esas parejas conflictivas resaltan fundamentalmente dos comportamientos que requieren una explicación: la insistencia por ridiculizar, ofender, insultar, despreciar, vejar a su chica en público y la obsesión por controlar su comportamiento, resultante de unos celos obsesivos e infundados, que implican la acusación constante y reiterada de infidelidad. La explicación de esos comportamientos

masculinos extremos, que tienen su versión quizá menos extrema en la vida cotidiana de pareja de cualquier chico, es posiblemente la vía de entrada natural de los chicos en la prevención.

Las chicas ven la situación de un modo radicalmente distinto. Es inmediata la puesta en escena de casos cercanos de situaciones de pareja conflictivas, que aparecen con mucha mayor frecuencia que en el caso de los chicos y que automáticamente son reconocidos como versiones similares, aunque quizá no tan extremas en sus consecuencias, de la VPM adulta. También aparecen con relativa frecuencia casos de chicas que reconocen sufrir este tipo de violencia con su pareja actual o haberla sufrido en un pasado.

La semejanza de estas situaciones identificadas con la VPM adulta se establece porque se advierte un comportamiento sistemático de agresión del chico hacia la chica, que prácticamente anula su voluntad y una dificultad emocional en aquella para cuestionar o romper con la relación. La diferencia con la VPM adulta se establece fundamentalmente del lado de la violencia física; que puede no existir, y, de existir, no presenta rasgos tan extremos como los que se suponen en la VPM adulta. Tampoco se advierte normalmente con claridad un riesgo claro para la vida o para la integridad física de la chica si decide romper con la relación. La pervivencia de estas relaciones sólo se explica porque la chica está atrapada en ellas, porque no ve lo que todos ven, e insiste en permanecer en ella, a pesar del sufrimiento que experimenta.

La cercanía de estos casos incrementa notablemente la sensación de vulnerabilidad de la chica frente a la VPM. No se trata sólo de un riesgo posible para un futuro, sino de un riesgo real y actual. Cualquier relación de pareja que pueda establecer puede degenerar en una situación de este tipo, y tampoco se advierten, como en la violencia adulta, estrategias claras para conjurar ese riesgo terrible.

La prevención que las chicas demandan ya no se fía, por tanto, al futuro, sino al presente, a la posibilidad de reducir la incertidumbre que planea en su elección de relaciones afectivas. Y, ciertamente, se concreta en la posibilidad de prevenir anticipadamente, en identificar el peligro antes de que sea demasiado tarde.

Chicos y chicas confluyen, aunque por distintos caminos, en una única solución al problema: **la punitiva**.

- **Los chicos**, como se ha visto, sólo ven en la VPM una **conducta criminal**: la que supone utilizar la fuerza física para agredir e incluso matar a la mujer, un ser indefenso frente al hombre al respecto. Como tal conducta criminal requiere de la aplicación de todo el peso de la ley; y, dado que aparentemente el fenómeno va en aumento, sería necesario incrementar la pena asociada para **disuadir** en mayor medida a quien se pueda verse tentado a agredir a una mujer.

Ciertamente, también la actuación de la ciudadanía es necesaria. La denuncia es obligada; e incluso salir puntualmente en defensa de la agredida cuando se advierte que un hombre agrede físicamente a una mujer.

Como los chicos sólo se representan la VPM como una agresión física puntual, más o menos intensa, sólo advierten la posibilidad luchar contra ella evitando **la impunidad** del agresor por todos los medios que quepa imaginar.

En su vida cotidiana no advierten ninguna posibilidad de intervención más que actuando en defensa de la víctima cuando se percibe una agresión patente. No obstante, la percepción en el entorno de situaciones de violencia psicológica, sí que suelen conllevar un intento de convencer al chico violento de que cambie de actitud.

- **Las chicas** perciben la situación más desde la **vulnerabilidad de la víctima**, con lo cual ponen más el acento en las **medidas de protección** que quepa arbitrar para que el agresor no cumpla con su amenaza. La sensación de que estas mujeres están **altamente desprotegidas** es muy intensa, a pesar de que se reconozca que se ha avanzado mucho al respecto en los últimos tiempos.

A pesar de que las chicas, al contrario que los chicos, reconocen una situación anterior al momento en que la vida de la mujer está en riesgo de violencia sistemática, no se advierten demandas de actuación en esos escenarios, principalmente porque se supone que la mujer no va requerir por propia voluntad ningún tipo de ayuda externa.

Esto último atañe también a las situaciones de VPM adolescentes que puedan directamente conocer. No obstante, ante su identificación, es habitual que se arbitre un mecanismo de ayuda por parte de las amigas íntimas, que insisten a la chica inmersa en esa situación rompa con el chico. Normalmente estas intervenciones suelen cursar con una elevada frustración por parte de quien las realiza, ante la terquedad de la chica por insistir en permanecer en la relación violenta. Esto puede dar lugar a la ruptura del nexo de unión afectivo con las amigas íntimas, que tiende a ser considerado como un **factor de desprotección**.

5. EL CAMPO DE LA PREVENCIÓN: LA AGRESIÓN DE GÉNERO MASCULINA EN LA ADOLESCENCIA.

5.1. Precisión conceptual.

Se entenderá en todo el análisis a realizar a partir de ahora como “**agresión de género masculina**” a todo tipo de conducta o expresión de los chicos dirigida hacia las chicas **por el hecho de ser chicas** que tenga como objeto producir en ellas algún tipo de **daño**, sea de naturaleza física, sea de naturaleza emocional.

Se supone, por tanto, que ese daño fue producido **intencionalmente**; por eso se califica la conducta de agresión. Pudiera ser que el chico no fuera **consciente** de que su intención era la de agredir; pero la inconsciencia no supone por nuestra parte –es un supuesto de análisis– la presunción de ausencia de intencionalidad de dañar. El que la chica redima al chico –lo que es muy frecuente– diciendo que lo hizo sin darse cuenta, o sin intención tampoco excluye por nuestra parte la calificación del acto como de agresión de género intencional.

La precisión de la agresión de género como conducta intencional es para el análisis importante, porque ello obliga a especular sobre su sentido y, por tanto, a establecer una **tentativa explicación**. La VPM masculina, no sólo en la adolescencia, siempre presenta esa apariencia confusa de acto pulsional gratuito, no premeditado, que no tendría otra explicación, por tanto, que su mero estallido. Típicas expresiones femeninas como “*No era consciente de lo que estaba diciendo*”; “*Tenía problemas y lo pagó conmigo*”, etc., expresan de forma bastante clara esa peculiaridad de un comportamiento agresivo que produce directamente un daño, pero que consigue ocultar perfectamente su intención. **La adrenalina, la inconsciencia y el desplazamiento** son las tres grandes coartadas eternas de la agresión de género masculina. Y se habla de coartadas porque permiten que aquella se produzca sin que parezca realmente una agresión, sin que se reconozcan sus motivos y, sobre todo, sin que sea evidente para la persona agredida su objeto. Es una buena medida para la convivencia de pareja no disculpar esos actos gratuitos masculinos, pero también el hacer el esfuerzo de interpretarlos como actos

con intención en el aquí y ahora en que se producen. Este sería de algún modo el camino que se propone para el análisis.

5.2. La niñez.

La niñez no ha sido objeto directo de investigación. La investigación empieza en los primeros momentos de la adolescencia (12-13 años), donde se instala con urgencia, quizá de forma más precoz en las chicas que en los chicos, **la necesidad de abandonar la niñez**. Abordar la niñez es necesario porque es el punto del que se parte. También es posible, porque todavía se presenta nítidamente en el recuerdo de las chicas adolescentes.

La niñez era un mundo dividido en función del sexo: los chicos por un lado, las chicas por el otro. Una división **radical** que ciertamente sorprende, dado que se está hablando de hijos e incluso nietos de generaciones que pusieron muchos de sus esfuerzos en la consecución de la igualdad, y que modificaron, o pretendieron modificar al menos, sus patrones educativos en el sentido de **no hacer diferencias** en función del sexo de sus hijos. Sorprende, también porque la propia escuela, el otro lugar fundamental donde la infancia se socializa, tiene ya desde hace varias generaciones inscrito en su ideario y en su práctica el imperativo de la igualdad.

A pesar de todo ello, las chicas siguen jugando con muñecas y los chicos con balones, o con otras formas más modernas y menos atléticas de canalizar su agresividad. Pasan la mayoría de su tiempo juntos, pero en realidad están profundamente separados; una separación que refleja algo más que indiferencia. No está sólo el problema de que, al menos aparentemente, piensen, sientan y jueguen de distinta manera y que, por tanto, sus mundos corran paralelos, sin posibilidad de encuentro. El mayor problema no es que sean **distintos**, sino el que sean **opuestos**; lo que equivaldría a decir algo así como que los niños son una especie de no-niñas y las niñas son una especie de no-niños. El contenido del uno es la negación del otro, su opuesto.

Pero, ¿cuál es la fuerza que impide la mezcla y que hace que las diferencias se conviertan en oposiciones? No se encuentra identificada en el discurso de las chicas y de los chicos otra fuerza separadora que la del **desprecio**. Los niños y las niñas no se juntan, no comparten su experiencia por la sencilla razón de que **los chicos desprecian a las chicas**. Y, ojo, la simetría se rompe en este caso: son los chicos los que desprecian, **las chicas no desprecian a los chicos**.

El desprecio es, ciertamente, la primera agresión de género que se encuentra en el camino propuesto. Posiblemente no sea sólo la primera; posiblemente sea la matriz y la condición de posibilidad de todas ellas, porque sólo se puede agredir a lo que se desprecia previamente. En toda discusión del hombre con la mujer, incluso las que se producen en edades adultas, suele quedar un poso de **desprecio**, que la mujer suele percibir, pero que las más de las veces prefiere obviar porque no sabe muy bien qué hacer con él.

Detengámonos en profundizar un poco más en esa conducta de desprecio masculino en la infancia a partir de los recuerdos que las chicas y los chicos nos ofrecen de su recién

abandonada etapa infantil. No se está, como es obvio, ante una forma de desprecio adulta; presenta ciertas peculiaridades que conviene reseñar.

En primer lugar habría que reseñar que se trata de un desprecio **más genérico que personal**. El chico en concreto no desprecia a la chica en concreto; puede incluso establecer con ella —es habitual que eso suceda— relaciones afectivas que perfectamente podrían calificarse, con ciertas reservas, como de **amistad**. Lo que se desprecia no es tanto la chica como al grupo de chicas, a las chicas como generalidad. La posible amistad entre chico y chica y, por tanto, la posibilidad de establecer con ella un espacio de intimidad, tiene un límite: el que parezca que el chico se ha pasado al bando de las chicas. Semejante chico se convierte en **despreciable** para el grupo de chicos de referencia, porque se supone que de algún modo ha perdido su condición masculina, que es su vinculación al grupo, y se ha **contaminado** de la condición femenina, como se dijo, también despreciable. Los insultos que reciben semejante chicos, que son de todos conocidos; son demoledores y traslucen con una especial virulencia el desprecio genérico de lo femenino por parte del grupo masculino.

Se genera una suerte de **efecto de frontera** que impide que ambos grupos se mezclen demasiado. El chico no puede ir demasiado con las chicas y, desde luego, no puede compartir juegos de chicas. Un niño que juegue con muñecas es una especie casi imposible, no tanto porque la tentación no pueda presentarse, sino porque de presentarse el chico tendría que sufrir dolorosamente el **escarnio** del grupo masculino.

La frontera también se establece en la dirección contraria: la chica no puede compartir actividades y juegos de chicos, porque sería en este caso sospechosa de **pérdida de feminidad** (el clásico “marimacho”). Pero no se estaría hablando en este caso de simetría, porque no es el grupo femenino quien propone realmente el insulto, sino el grupo masculino. **Las chicas no establecen fronteras entre sexos**, con lo cual la probabilidad de que una chica se interese por el terreno masculino es siempre mayor que la de que un chico se interese en el terreno femenino. Además, la carga despreciativa del insulto “marimacho” es claramente inferior —al menos en las edades infantiles en que el juego todavía no se establece la necesidad en forzar un estereotipo femenino deseable— a la carga despreciativa del insulto “mariquita”. Siendo lo masculino lo positivo y lo femenino lo negativo, parece casi natural que la chica se interese por los juegos masculinos, mucho más interesantes y emocionantes.

Me parece bien, porque yo creo que hay muchas chicas que les da como vergüenza o reparo jugar con los demás o por el mero hecho de que otras chicas les critiquen, les llamen marimacho o cosas así. Una vez que se apunta una, siempre pasa que se apuntan dos más. Lo que más cuesta es el primer paso, quien se apunta primero (E.A. 5. CHICOS)

Entrar en el mundo masculino no es, en cualquier caso, fácil para la chica, porque no deja de ser chica por ello. El juego de exclusión se establece en este caso en la **demonstración** de que no es capaz de competir de igual a igual con los chicos. Y, como se sabe, los juegos masculinos infantiles son fuertemente competitivos, y están basados en la **demonstración de la**

fuerza física²¹. Como la chica suele tener constitucionalmente ciertas desventajas en ellos, es predecible que tenga que sufrir un tipo de escarnio, que ciertamente también sufren los chicos que no son capaces de lucirse en el juego agonístico, pero que en el caso de la chica incapaz obtiene un matiz especial: no puede porque es chica, porque es inferior. Esa niña se convierte en la demostración de que las mujeres son inferiores, son incapaces.

- No digamos el caso en que la chica realmente supere al chico en esos juegos masculinos. En ese caso, la chica **habrá puesto en ridículo** al chico al cual ha vencido, con lo cual es muy posible que sufra una agresión por parte de éste; agresión que, ciertamente, debemos entender como una agresión de género. Implícitamente, el chico le está diciendo a la chica **que tiene que perder** si quiere seguir jugando con él.

La niña en el grupo de niños se convierte en el blanco privilegiado de una agresión de género, que se reproducirá en formas parecidas en etapas posteriores, que denominaremos como **agresión demostrativa**, que consiste básicamente en intentar **pillar a la chica en falta** y en **jalear públicamente su incapacidad**. El carácter público es esencial: hace falta que todos los chicos se rían de la chica, y hace falta que la chica viva la circunstancia traumática de verse ridiculizada en público por su incapacidad.

Sí, eso me pasaba a mí también. Y por cualquier fallo que tengas ya te lo echan en cara... bueno, ahora ya no tanto, pero antes cualquier fallo que tuvieras te lo echaban en cara. Y claro, tú te ibas sintiendo mal, y es como que se reían. (G.T. 1. CHICAS)

Lo natural, después de una agresión de esta naturaleza, que no creemos que deba minusvalorarse por sus efectos traumáticos en la infancia, es que la chica desista de internarse en el campo de experiencia masculino, y que se refugie en el grupo femenino. El grupo femenino se crea, y se refuerza como un **espacio posible de no agresión** y, también, por tanto, de defensa frente a la agresión masculina. Las chicas crean ese espacio cerrado de experiencia no porque no quieran relacionarse con los chicos, sino porque el coste personal y emocional de osar relacionarse con ellos es inasumible. No se puede vivir en un espacio en que alguien esté permanentemente en riesgo de ser ridiculizado o vilipendiado.

- El **grupo íntimo femenino** va a ser muy importante en toda la adolescencia de las chicas, con lo cual es importante que nos detengamos un poco en describirlo. Ante todo, hay que hacer notar se trata de un espacio en que todos los elementos se reconocen entre sí como iguales. No hay competitividad ni, por tanto, liderazgo claro; o, por lo menos el tipo de liderazgo habitual en el grupo masculino. La agresión no existe en su interior, porque las relaciones se establecen de forma fraternal, en el terreno de la confianza y la ayuda mutua. Es un grupo que se consolida desde **la palabra**, desde la comunicación de experiencias, problemas e intimididades; ofrece consuelo y afecto y, por tanto, también, seguridad. El grupo femenino puede –y de hecho suele- también

²¹ Esto está, como se sabe, en decadencia, gracias al éxito de los juegos electrónicos, que, ciertamente, son simbólicamente juegos de competición y fuerza, pero que no exigen de demasiada fuerza física para ser realizados. Es una oportunidad para que las niñas entren con más facilidad en los juegos agonísticos masculinos, porque no tiene que superar en ellos una desventaja constitucional.

amparar a chicos desintegrados del mundo masculino, por no poder ajustarse a la fuerte dinámica de competencia presente en ellos

*Depende. De cómo te abras tú con la gente. Y también de cómo te traten. Por ejemplo, yo me llevo mejor con las chicas pero porque los chicos son **hay muchas veces que son muy brutos y... pueden ser amigos pero hay veces que te tratan mal, para la forma de hablar, no físicamente.** (G.D. 1. CHICAS)*

- En su configuración es prácticamente la antítesis del **grupo masculino**. Los grupos masculinos de niños son fuertemente jerárquicos, y se configuran en función de un líder, con tintes carismáticos, en la medida en que encarna por sí mismo un ideal competitivo: es el más fuerte, el más osado, etc. El resto de miembros (la manada) se vinculan al líder por esta razón, en la expectativa de asimilar sus cualidades. De lo que se trata es de emular al líder para conseguir llegar a ser como él. Sea como sea, la competencia se establece no en el interior del grupo, sino entre grupos distintos entre los que se establece una rivalidad. El grupo como tal es un espacio, también, de seguridad; pero la seguridad aparece en este caso garantizada por la protección del líder, e implica, por tanto, la sumisión del resto de miembros a éste.

Volvamos, en cualquier caso, al tema fundamental de la agresión demostrativa. De hecho, no hace falta que la chica se introduzca en lo masculino para que sufra agresiones demostrativas. En el colegio, que es el lugar preferente en donde se desarrolla este juego, son frecuentes y nos atreveríamos a decir que sistemáticas este tipo de agresiones, ejercidas al menos por los más osados, que suelen ser los que aspiran a una posición de liderazgo dentro de los grupos masculinos. Es un tipo de agresión que tiene un nombre muy característico: “chincar”. Molestar a las chicas, por el hecho de ser chicas (no hay dudas de que se trata de una agresión de género, muy generalizada, por lo demás, en los colegios), con el objeto de provocarles una reacción meliflua que provoque a su vez la hilaridad del grupo masculino.

O sea, en clase alguno que se mete con chicas y eso, pero tampoco es para tanto. (G.D. 1. CHICAS)

Utilizamos el término “melifluo”, quizá inadecuado, para indicar una reacción esperada ante una agresión **de tipo femenino**. De un chico, si es agredido, se espera una reacción inversa de superior intensidad; es decir, que sepa defenderse como un hombre. De la chica, sin embargo, se espera otra reacción que exprese su debilidad: que llore, que se queje, que le llame tonto, que le ruegue que le deja en paz, o que recurra incluso al maestro o la maestra para que reprenda o castigue al chico. Lo que la chica hace, -y que no tiene más remedio que hacer si no quiere entrar en una espiral de agresiones y contra-agresiones que al final terminarán inevitablemente con una contundente torta del chico a la chica para ponerla definitivamente **en su sitio**- es el objeto de la acción de chincar: que la chica muestre en público su debilidad. Una debilidad que parece que produce risa en los chicos y que, ciertamente, también produce vergüenza y daño psicológico en la chica.

Si se portan mal las chicas, a las chicas se las regaña y se van al baño a llorar (G.D. 1. CHICOS)

El objetivo final de chingar es demostrar la inferioridad de las chicas. Hay formas de chingar más explícitas al respecto, como mandar directamente a la chica a fregar. Este tipo de alusiones por parte de los chicos a las labores domésticas tradicionales de las mujeres son, al parecer, muy habituales en los colegios, en el contexto de las refriegas dialécticas entre chicos y chicas. Aparecen, lógicamente, para indicar cuál es el lugar que piensan que las chicas deben de tener: el de servir al hombre; quizá no en un futuro -porque ello supone pensar demasiado; y normalmente los chicos de estas edades piensan poco y actúan demasiado- pero sí ahora: el consabido “sólo vales para servir” está en las actitudes de los chicos hacia las chicas, es lo que permanentemente están diciendo en su acción de agresión.

Lo hacen para hacer la gracia pero la verdad es que luego siempre terminan pues en eso. Pues en cosas de ama de casa y eso, pues que molestan un poco la verdad. Por lo menos a mí me molestan. (G.D. 1. CHICAS)

Ese típico comentario, por ejemplo, para eso están, cómo que para eso están ¿sabes? O “Oye, que se me ha caído el lápiz, dámelo.”, “Pues no, tío, te levantas y lo coges tú.”, “Pero si estáis para eso.”. ¿Sabes? No sé, son ejemplos (G.D. 1. CHICAS)

Pero también se dice, obviamente, para molestar precisamente en un punto que se sabe que a la chica le duele. Estamos ya ante un intento de ofender directo, de un **insulto** de género. Se puede ofender indirectamente mentando las servidumbres tradicionales femeninas; es decir, indicando su condición de siervas; o se puede ofender directamente con el insulto de género por antonomasia: “puta”, “guarra”, o cualquiera de los innumerables sinónimos que nuestro lenguaje propone, es insulto de género demoledor. En la infancia ese insulto no tiene contenido, porque no hay una conducta sexual posible a la que remitirse; pero ello no es óbice para que utilice con asiduidad por parte de los chicos con el directo objetivo de ofender a las chicas.

No tienes que ser mariquita porque las que nos pegan a nosotros son ellas.

Son lesbianas.

Tortilleras.

Eso es lo que digo yo.(G.D. 1. CHICOS)

Insultar es algo más que chingar. Implica que el chico está ya enfadado con la chica y que quiere castigarla por asumir un comportamiento frente a él **que no le ha gustado**. No le ha gustado porque es una chica; porque a una chica no le puede permitir determinados comportamientos. ¿Cuáles? Simplemente: que parezca que quiere ponerse por encima de él, que establezca con él el comportamiento esperable de un chico. Naturalmente, molesta que un chico intente comer a otro chico su terreno; pero el que lo haga una chica es imperdonable. No se puede permitir, entre otras cosas porque parece que con ello peligraría gravemente algo así como el prestigio del chico en el grupo, **su honra**. No es imaginable para el chico una escena más vergonzosa que la de verse sometido a la hilaridad del grupo de chicos por la razón de que una chica le ha vencido a él en algún tipo de batalla dialéctica; y no digamos si la batalla

en cuestión fue directamente física. El chico es visualizado como un “calzonazos”, como alguien que no es capaz de vencer **ni siquiera a una chica**.

El insulto de género parece aparecer cuando la chica ha comido en algo el terreno al chico y éste empieza avergonzarse al ver en peligro su imagen pública. Suelta el improperio y parecería que con ello ha resultado por fin victorioso. Extraño efecto el del insulto, al que recurren, por lo demás, con tanta asiduidad, tanto niños como adolescentes. El insulto es un ataque directo a la subjetividad; y es tanto más efectivo cuanto más debilitada esté previamente la subjetividad del oponente. El insulto de género se coloca en contexto de una subjetividad femenina previamente debilitada, dañada por múltiples ridiculizaciones y desprecios. Y al parecer produce su efecto de mantener a la chica **en su sitio**, porque es de suponer que ésta prefiere perder anticipadamente a verse sometida a una agresión de semejante intensidad.

Y habría que añadir el insulto es, prácticamente por definición, también **un acto público**. Se utiliza no sólo para que el agredido lo oiga, sino también para que todos (todos los chicos en el caso del insulto de género) lo oigan. La palabra “escarnio” es la que mejor expresa la intención y la de “daño moral” la que mejor expresa el efecto en la subjetividad.

La chica puede, en efecto, no arredrarse con el insulto, e insultar ella a su vez. Es de suponer que cada vez más se producen estas batallas de género violentas, porque en algo se tendría que ver en el mundo infantil los progresos en la dirección de la igualdad. Desde luego, los insultos de género ya no son tan fáciles de esgrimir como antaño, porque todo el grupo femenino, si está presente, reaccionaría con ellos al unísono para auxiliar a la víctima y cercar al agresor. Pero, imaginando la situación sin la ayuda de un escenario favorable, podemos deducir que la chica tiene un límite en sus posibilidades de defensa, la eventualidad de ser reconvenida de forma definitiva con una **agresión física violenta**. Ya sobran las palabras, aunque las palabras parezcan ya bofetadas; la bofetada real aparece ya como el arma definitiva para poner a la chica en su sitio.

Hasta ahora no era necesaria la agresión física; se podía poner a la chica en su lugar con agresiones más sutiles. Pero si a pesar de todo ello la chica insiste en buscar al chico las cosquillas, en intentar ocupar un lugar que no le corresponde, se va a encontrar con lo que toda chica en sus cabales sabe que se va a encontrar en tales circunstancias, con la **bofetada “educativa”**.

Le llamamos educativa, no porque queramos restarle trascendencia, sino para precisar su intención. Es una bofetada parecida a la del padre con el hijo: cuando fallan todas las tácticas educativas, cuando el chico insiste tercamente en mantener su indisciplina, se recurre a la bofetada como recurso educativo de urgencia. Y se recurre a ella no sólo por solucionar la indisciplina concreta, sino fundamentalmente para que al chico se le grave en la memoria lo que le puede llegar a pasar si en el futuro insiste en conductas semejantes. No hace falta ya pegar; basta con que el chico recuerde y sea consciente de lo que le va a pasar si cruza una determinada línea.

La bofetada del chico a la chica es educativa en esa doble intención: para terminar bruscamente con una conducta de la chica que reprueba y que, ciertamente, le compromete

frente al grupo masculino, y para que la chica recuerde cuál es su lugar, cuál es la línea que no debe traspasar. “A las chicas hay que educarlas”; ese comentario, indudablemente machista, se desliza con facilidad en las discusiones de chicos sobre chicas. Pero educar a las chicas no es otra cosa que demostrarles quién manda, quién es el más fuerte, a quién se tienen que someter. Y qué mejor que la bofetada educativa o, más bien, la amenaza suspendida de la bofetada educativa, que siempre se puede recordar, por ejemplo, con un puñetazo en la mesa, para disuadir a las chicas de intentar comprometer ese lugar.

Es una medida inútil el pretender concienciar a los chicos que está mal pegar a las chicas. Ellos saben que está mal, y de hecho piensan desde su propio esquema moral infantil –no hace falta que se lo diga un adulto- que está mal, porque pegar a una chica **es de cobardes**; y lo que lo que más les importa en esta vida es demostrar que son valientes. No pegan a las chicas normalmente, pero cuestión bien distinta es cuando la chica se pone impertinente y a él se le escapa la mano. En su esquema moral realmente eso no es una agresión, sino un **acto ejemplarizante** que se justifica exclusivamente por la afrenta que lo provoca. Pero, como se dijo, los chicos piensan poco, sólo actúan. Y actúan desde el derecho que sienten que tienen a poner a la chica en su sitio, como si de un acto inconsciente se tratase. Simplemente **no lo pudo evitar**; o experimenta su acto desde la sensación de que no lo pudo evitar. La chica puede, incluso, disculpar al chico a posteriori, desde la conciencia culpable de que fue ella quien le llevó a semejante extremo; con lo cual el círculo se cierra, y todo queda como una mala experiencia a olvidar.

Esa es la táctica masculina por antonomasia para ocultar la agresión: demostrar su inconsciencia, su carácter automático. Y ya desde la infancia funciona con extraordinaria eficacia. La mejor prueba de que el chico no hizo el acto inconscientemente es **que no se arrepiente**, en que insiste en decir que la chica, a pesar de todo, **se lo merecía**. La única posibilidad de desmontar el juego masculino no es tanto censurar su conducta violenta por sí misma, como evidenciar su intencionalidad: ¿por qué la chica se merecía esa torta inconsciente?

¿Se pega a las niñas? ¿Hay violencia de género en los colegios? Esa identificación entre la violencia de género con la agresión física oculta a la vez que visualiza el fenómeno. La violencia de género tiene su condición de posibilidad en que el hombre puede someter a la mujer por medio de su fuerza física, una fuerza física que aquella no puede contrarrestar. Pero no hace falta que la agresión se dé ni siquiera frecuentemente para que produzca sus efectos; basta con que haya un potencial agresor dispuesto a ejercerla llegado el caso y con que la potencial agredida sepa que aquél es perfectamente capaz de hacerlo. Y esa circunstancia se da, tanto en la niñez como, según se verá, en la adolescencia. Hay violencia de género y mucha en los colegios, en la infancia; al menos en la segunda infancia, que es la que se puede vislumbrar desde la investigación.

Y hay que aceptarlo, sin escandalizarse, pero también, ciertamente, escandalizándose. No escandalizándose porque en realidad de lo que se habla ha existido desde hace muchas generaciones; es realmente la normalidad; y es imposible hacer medidas efectivas de prevención sobre la violencia de género si no se reconoce previamente su normalidad y se excluye la tentación menos inquietante de abordarlas desde la excepcionalidad. Pero hay que

escandalizarse porque esa normalidad encubre una vida cotidiana de sistemática agresión hacia las chicas, sempiternamente ocultada, obviada o naturalizada. Hay poca agresión física, porque no hace falta que se presente de forma frecuente, según se dijo, para que sea afectiva; pero hay bastante agresión psicológica, que es el indicador más claro de que la amenaza de la agresión física es realmente efectiva. Sólo se puede soportar el cúmulo de desprecios, ridiculizaciones, provocaciones, etc. que viven cotidianamente las chicas si el remedio a todo ello puede ser todavía peor.

La situación resultante presenta, en cualquier caso, cierta estabilidad. Mientras las chicas se mantengan en su mundo y los chicos en el suyo, mientras no haya contacto entre ellos, la probabilidad de que la violencia concreta se presente es relativamente reducida. Todas las fuerzas actúan en la dirección de que se produzca ese resultado, que les permite a las chicas encontrar un espacio de relativa seguridad: el grupo femenino. Pero es un resultado que provoca la propia violencia de género; es una paz aparente resultado de la disuasión.

5.3. El tránsito a la adolescencia (12-13 años).

Este es el momento en que empieza la investigación. Con independencia del modo en que se defina y conceptualice este tránsito, desde la investigación el cambio que nos interesa fundamentalmente es el siguiente: **a los chicos les empiezan a gustar las chicas, y a las chicas les empiezan a gustar los chicos**. De la etapa anterior, en que la indiferencia entre sexos era la norma; una indiferencia resultado del **desprecio** del chico hacia la chica, se pasa a una nueva situación paradójica porque a los despreciadores les empiezan a gustar las despreciadas y a las despreciadas les empiezan a gustar los despreciadores. No hay que olvidarse del sustrato del que se parte, porque obviándolo nos sería imposible entender la complejidad resultante y, sobre todo, los modos distintos en que chicos y chicas abordan la nueva realidad de la necesaria aproximación al sexo contrario a partir de la emergencia de la atracción.

Los chicos inician su aproximación con **vergüenza**; una vergüenza que ciertamente les retrae. No es timidez, o si lo es encubre otro sentimiento menos neutro. Ir con chicas era anteriormente **lo peor que podía hacer un chico**, y ahora hay que acercarse a ellas, con el riesgo que ello supone de **contaminación de lo despreciado**. La referencia imaginaria no es tanto la chica como el grupo de chicos: ¿qué pensarán ellos? La vergüenza se ubica ahí, en la masculinidad cuestionada por la aproximación a las chicas. ¿Cómo acercarse a las chicas sin contaminarse de lo femenino?

A mí me da igual que sea lista.

*Las rubias son tontas. Sobre todo las rubias, las rubias de bote... (risas)
(G.D. 1 CHICOS)*

Porque cuando están con sus amigos pues son ahí en plan ¿sabes? Pues molestandote mucho y tal para hacerse el guay y todo eso pero luego a lo mejor está hablando contigo en una conversación normal y es muy majo. Pero si con... delante de sus amigos es así... (G.T. 2 CHICAS)

El deseo implica **vulnerabilidad**. Las chicas adquieren un poder que en la niñez no tenían, el poder de aceptar o no aceptar la aproximación. Pero ese poder no se le puede reconocer sin perder ese lugar de poder sobre las chicas que imaginariamente se habían construido. Y la posibilidad más clara de aproximarse a las chicas sin contaminarse es lo que denominaremos **sexo robado**, una actividad a la que, según parece, se dedican con profusión los chicos de la primera etapa de la adolescencia estudiada (12-13 años).

Mauricio, cuando daba con todo el codo en el culo. Sí, vamos, porque yo tenía el culo morado (risas) Qué juego más bonito (G.T. 1. CHICAS)

Antes era como “qué guay soy, que le he tocado el culo”. Ahora es más, no sé, como que han crecido pero lo siguen haciendo. Sí, ahora lo hacen más disimuladamente, pero te lo tocan. (G.T. 1. CHICAS)

Y luego van las chicas y te hacen algo y no las puedes decir nada, un amigo mío le tocó a una tía el culo y fue y le puso un parte el profesor, por tocarle el culo...

Pues yo, alguna así, voy con ellas y las toco el culo y no pasa na,

Pues se chivan (...). “Profe, que me está tocando el culo”.

Si te llevas bien con ellas no, a mí por lo menos. Y encima son guapas, pues aprovecho.

Es que si pega a una chica ya te dicen que eres maricón... (risas) (G.D. 1. CHICOS)

El sexo robado ofrece una salida al deseo manteniendo prácticamente intactas las relaciones de género. De hecho, el sexo robado sustituye a la agresión anterior del “chincar”. Antes se trataba solamente de molestar por molestar; ahora los tocamientos furtivos ofrecen una canalización del deseo, pero produciendo en las chicas un efecto del mismo tipo, pero de superior intensidad. Experimentan la aproximación como una auténtica vejación –si no violación- **pública**. Porque, ciertamente, este tipo de actos tienden a realizarse públicamente, para que el resto de chicos certifiquen la osadía y, también, para que la chica sufra el mayor daño moral posible.

¿Todos los chicos observan ese comportamiento? Posiblemente no, posiblemente sólo lo observen unos pocos, los que se atreven a realizarlo. En el mundo masculino, tanto en la infancia como en la adolescencia, son los líderes quienes realmente se atreven a hacer estas cosas, quienes despuntan en la conducta agresiva hacia las chicas. Pero eso no exime de responsabilidad al resto porque su liderazgo está soportado en ese tipo de acciones, que el resto del grupo jalea. Acciones que se convierten en medallas, cuya acumulación determina el rango dentro del grupo jerárquico masculino. Habrá chicos que no las hagan, incluso que directamente digan que les parece mal; más difícil será encontrar alguno que, llegado el caso, no observe la conducta prevista de aplaudir la ocurrencia y mofarse de la chica.

Y son responsables también de algún modo porque **desearían hacerlo**. Sí no realizan el acto en la realidad, porque no se atreven, sí que lo realizarán en la fantasía. La fantasía de la mujer que o bien se deja, o bien es directamente forzada a hacer lo que el hombre quiera hacer con

ella posiblemente prime como escenario perverso en las primeras iniciaciones sexuales del chico adolescente. Una iniciación en la sexualidad “problemática” puesto que podría fijar, quizá de forma indeleble, la satisfacción sexual del lado masculino, desde un deseo que no precisa del deseo femenino, o que directamente lo excluye.

(REPRESENTACIÓN DE UNA SITUACIÓN DE MALTRATO) No yo soy el maltratador. Venga, vamos para la cama que es sábado, ¿cómo que no? me has tenido un mes sin follar... (risas).

No, eso no es cierto, es que no puedo.

Y una mierda. Pues te mato.

Vamos a la cama, so guarra.(G.D. 1 CHICOS)

¿Qué puede hacer la chica para defenderse de esta nueva forma de acoso del sexo robado? Posiblemente no mucho más que soportarlo estoicamente, porque ya se ha dicho que la defensa femenina directa frente a la agresión masculina recibe como contraprestación una agresión de superior intensidad. El insulto de género aparecerá indefectiblemente en el siguiente nivel, y el guantazo definitivo en el siguiente.

Y no sé, el otro día empezaron a decir que éramos unas guarras porque enseñábamos las bragas. A mí me dijo Sergio que éramos unas guarras y todas esas cosas. (G.T. 1)

Centrémonos por ahora en el insulto de género. Ya dijimos que el insulto “puta” y sus sinónimos eran los preferentemente elegidos. Aparecía en la niñez sorprendentemente, porque su connotación sexual parecía en algo inadecuada a la edad. No obstante, en la adolescencia parece que se convierte en un insulto omnipresente. Prácticamente cualquier reacción defensiva de la chica frente a una agresión de género, sea sexual o no, recibe automáticamente este impropio demoledor, que hemos de suponer que suele reducirla a la impotencia o a la parálisis.

Pero en esta etapa, la alusión a las prostitutas no nos parece tan impropia. Ya se aludió a ello implícitamente cuando se esbozó el tema de las fantasías sexuales masculinas. La puta es esa mujer que se perfilaba en el deseo, una mujer ausente de deseo, pero que acepta (por las razones que sean, eso no viene al caso; no hace falta que haya dinero de por medio) ser el vehículo de satisfacción del deseo masculino. Este insulto tiene, por tanto, como otros desprecios de género, indicar un lugar de **servidumbre** a la mujer, esta vez en las relaciones sexuales: la mujer está para fregar, pero también para satisfacer sexualmente al hombre.

Esta imagen, como se verá más tarde, cuando se constituya la pareja, sus problemas: el problema de las putas es que se van con cualquiera, porque al no tener deseo pueden ser potencialmente receptáculos y vehículos de cualquier deseo. Los celos masculinos aparecerán, entonces, directamente ligados a esa imagen inquietante que ellos mismos han creado. Por el momento nos basta para entender el insulto de género como alusión directa a la servidumbre de la mujer en las relaciones sexuales como vehículo de satisfacción para el hombre.

Aparecen en escena en esta etapa (aunque tengan sus antecedentes en la anterior) otra serie de alusiones, a medio camino entre el insulto y el comentario despreciativo. Nos referimos, en concreto, a las alusiones referidas a las virtudes y, sobre todo, los defectos asociados a la **belleza corporal**. Que la chica sea fea o guapa, ciertamente, no es indiferente al deseo masculino, que empieza a establecer **diferencias** entre las chicas, en función de su cualidad más o menos deseable. Un referente de belleza, en cualquier caso, sumamente grosero, por cuanto se concentra fundamentalmente en la voluminosidad de los caracteres sexuales secundarios (fundamentalmente, senos y nalgas), aquellos que son directamente objeto privilegiado del sexo furtivo o del sexo solitario masculinos.

Guapas.

Atractivas.

Guapas.

Con buen culo.

Con buenas tetas.

Y que no huelan.(G.D. 1. CHICOS)

A mí me gusta la chica femenina, que, eso, que sea como las chicas, no sé. Tampoco la típica chica que ahora salgo y ya está "Ay, no sé qué", eso no, pero que sea femenina, que se maquille, que lleve sus pantalones así bien, que se cuide la ropa, que si se la mancha se tiene que ir casa a cambiar. No que esté ahí toda sucia (Risas). Una chica, no sé. (G.D. 2 CHICOS)

No todas las chicas son iguales. Las hay más deseables y menos deseables, y parecería como si la eventualidad de ser poco deseable se convirtiera en un pecado que la chica en concreto debería de espiar. Sobre esa chica, o sobre el conjunto de chicas no excesivamente agraciadas en su físico, se reafirmará la estrategia de exclusión anterior, que implica establecer agresiones de aparentemente mayor intensidad que en la niñez. Recordar a la chica que es fea se convierte en casi una actividad recreativa en el grupo masculino, que no cesa en su empeño de conseguir que aquella sienta vergüenza de su físico, y viva un permanente escarnio público por esa fatalidad. Exclusión absoluta, desprecio absoluto; la chica fea no tiene otra alternativa para sobrevivir subjetivamente que continuar refugiada en el grupo íntimo femenino y reducir al máximo sus contactos con el masculino.

Lo de clase, que sí que se ve, que por norma general sí que hay a veces chicos que son machistas y tal, pero... lo suelen ser con las chicas que son distintas, no sé, distintas que no encajan muy bien, ¿sabes? Con las que son más abiertas y se llevan mejor y tal, pues, no, pero con, yo qué sé si hay alguien por ejemplo que es un poco más gordita o que tiene gafas o cualquier cosa de esas, pues ya, la toman con ella y se van con ellas. Y lo que ha dicho antes ella, es que no me acuerdo de tu nombre (G.D. 1. CHICAS)

Pues yo qué sé, por ejemplo, decirle ah... pues estás gorda o yo qué sé cualquier tontería o meterte con el corte de pelo o cualquier chorrada que a lo mejor lo dicen para hacer la gracia en el momento y que luego la chica

está joder pues es que a ver a lo mejor me tengo que volver a cortar el pelo o me lo tiño o... pero como que ya le crea un malestar y que a lo mejor todo empezó por una tontería, pero. (G.D. 1. CHICAS)

Pero que yo considero que violencia no es solo pegar una torta, sino... yo qué sé, mal... maltrato psicológico a la chica o metiéndose con su físico o es que tal o no vayas ahí, que no es simplemente coger y darle un tortazo, que a lo mejor es peor otro tipo de violencia. (G.D. 1. CHICAS)

La chica guapa tiene mejor suerte, si por suerte se entiende el ser blanco privilegiado de miradas lascivas, de comentarios obscenos y de tocamientos furtivos; conductas todas ellas de clara agresión de género. Sea como sea, descubre y experimenta que su cuerpo le confiere un **valor para los chicos**, al menos el valor de no ser absolutamente indiferente para los ellos. Ellos quieren lo que quieren; no la quieren a ella pero quieren su cuerpo; y esa eventualidad crea al menos la condición de posibilidad de entrar en el mundo de los chicos, en ese mundo inquietante y peligroso que le estaba vedado desde siempre.

La posibilidad que se le abre a la chica es la de utilizar su cuerpo como valor de intercambio en el mundo masculino, y de obtener **ventajas** en esa transacción. Ventaja suficiente para la chica en su contexto de vida es conseguir suspender o al menos relajar la agresión sistemática que ha venido soportando desde que tiene conciencia por parte del grupo masculino. La transacción más interesante se vislumbra con facilidad en ese contexto: la posibilidad de **cambiar sexo por seguridad**.

Las chicas guapas, las chicas deseadas por el grupo masculino pueden plantearle la transacción a un tipo de chico particular, aquél que ejerce de líder o, al menos, quien tiene una posición de poder suficiente dentro de ese grupo. La transacción es clara, se ofrece suspender la negativa a acceder al propio cuerpo a cambio de protección, de que el chico se cuide de mantener a ralla al resto de chicos en sus agresiones de género. **En lo que a ella se refiere:** la chica ya ha elegido una posible vía individual para superar su condición de marginación de género; empieza a dejar de ser solidaria con el resto de chicas.

Ese contrato de seguridad conlleva una paradoja. Los líderes del grupo masculino, como se dijo, son y han sido desde la infancia los más destacados en la agresión hacia las chicas. La palabra "malote", con la que precisamente se suele identificar esta figura masculina a estas edades, expresa claramente su condición. Pero los malotes son precisamente los más deseados por parte de las chicas, la pieza que todas desearían cobrar. Si el deseo incipiente de chico, como se vio, se fijaba en la imagen de la prostituta, el incipiente deseo de la chica se fija en la imagen del **chulo**, en una figura brutal que, por su misma brutalidad parece, en una experiencia brutal, garantizarle **a una chica en concreto** una relativa seguridad.

*Claro, **es el chulillo del grupo**, suele tener la novia que es así.*

Pero el problema que hay 8 o 10 grupillos de esos.

Y siempre tiene a su piba que hace lo que sea. (G.D. 6. CHICOS)

Pero yo no me refería a eso, yo digo por ejemplo en un grupo de..., por ejemplo tus amigos y amigas y siempre hay un chaval que es el más chulillo

de todos, el que las chicas hablan de él y eso, pues ese chaval cuando tenga novia...

Un grupo de amigos y hablan de él...

Pues cuando ese chaval tenga novia se va a flipar delante de los amigos con ella y va a decir yo con ésta... (G.D. 6. CHICOS)

A su novia la controla, la dice y para qué haces esto y la puede dar un puñetazo en el hombro y la otra chica la va a pedir perdón, haga lo que sea el chico la chica va a pedirle perdón y la chica está obsesionada con el chico que le quiere mucho y el chico dice, no, si es que mi novia... (G.D. 6. CHICOS)

La verdad es que sí, sí porque muchas veces dicen, mira, este chaval es un jefe porque tiene la piba que va detrás de él, le haga lo que le haga va detrás de él y muchas son así. (G.D. 6. CHICOS)

Sí. (...) porque Sergio, el que dice ella, o sea, Sergio va de malote, pero en el fondo es más bueno que el pan. Pero a las chicas les llama más la atención... bueno, ni guapo ni nada, pero a las chicas les llama más la atención por eso, porque es malo. Tú estás con él y de malo no tiene ni un pelo. Sí, pero llama la atención por eso. (G.T. 1. CHICAS)

Sí, sí, que te toque uno de A o de B el pelo, que ya está Sergio ahí defendiéndote. Aunque sea la peor amiga, a todo el mundo defiende, o sea... Luego, en cambio, hay otros que son buenos, buenos, entre comillas, y no los quiere nadie, porque... (G.T. 1. CHICAS)

Y mejor, además, si es **más mayor**. Como en el mundo de los chicos lo que regula las relaciones es, en última instancia, la fuerza física, y como la protección que busca la chica tiene que ver, en el límite, con su vulnerabilidad constitucional física frente a los hombres, parece claro que es más interesante que sea precisamente un chico mas mayor y, por tanto, más fuerte quien directamente le garantice protección frente a los chicos de la clase de su misma edad.

No es ésta una cuestión de madurez, como se suele interpretar muchas veces; es claramente una táctica femenina de defensa frente a una situación de VPM, valga la redundancia, generalizada en su grupo de edad, que ya se determinará posteriormente si coloca o no a la chica en un lugar todavía de mayor riesgo. La distancia en edad entre el chico y la chica en parejas debería considerarse, por tanto, como un indicador privilegiado de la existencia de VPM en el grupo de edad de la chica.

Pero también se podrían considerar otros indicadores, como las anticipaciones en la formación de parejas o en el inicio de relaciones sexuales, al menos para el caso de la chica. La línea causal es clara; las agresiones de género fuerzan a la chica a buscar protección en la pareja; si la pauta de emparejamiento se anticipa es posible que se deba a que la violencia de género se ha incrementado en el grupo de edad en que se produce esa anticipación. La pareja implica relación sexual, con lo cual la anticipación en la formación de parejas implica también la anticipación en las relaciones sexuales. Además, si la pauta femenina de formación de parejas

implica establecer relaciones con chicos de mayor edad, esa anticipación en las relaciones sexuales será necesariamente más acusada en el caso de la chica que en el del chico.

Todos sabemos que estas anticipaciones se están produciendo en la adolescencia española y madrileña. Nos podemos quedar con la explicación más habitual y tranquilizadora de considerarlas un efecto automático y, en el fondo, predecible de la liberación de la sexualidad en la sociedad, o considerar la más inquietante de concebirla como un efecto mediato del incremento de la VPM grupal en los adolescentes. Ciertamente, sin liberación de la sexualidad el efecto no podría producirse: hace falta que la chica no vea su inmersión en el sexo como una cuestión tabú. La liberación de la sexualidad permite que la chica pueda considerar con más facilidad que en otros tiempos la estrategia defensiva de la pareja; aquella es condición necesaria, pero no suficiente de estas anticipaciones.

Y en estas edades de la iniciación adolescente es donde con mayor facilidad se advierte el carácter instrumental de la pareja para la chica. Desde luego, la chica no establece con el chico elegido un vínculo afectivo excesivamente potente; hablar de **amor** en la chica de estas edades es una absoluta exageración; tendríamos que esperar a edades posteriores para que un vínculo de esta naturaleza se pueda llegar a producir y se vaya consolidando. El vínculo real es más parecido al del **interés**: le interesa el chico por lo que representa y por el valor que socialmente le trasfiere. Ser **la chica del líder** la coloca en una posición **envidiable** en relación al grupo de chicas, que desde esta óptica se convierte ya en un grupo de **competidoras**; y desde luego también frente al grupo de chicos, que no sólo la respetan, sino que también, ocultamente, la desean, de la misma forma que desean emular al líder. La experiencia tiene que ser emocionante para una chica, que el año anterior era prácticamente nadie, un patito feo, difuminada el grupo defensivo femenino, y que ahora, gracias a su giro estratégico, se convierte por ensalmo en el centro de todas las miradas.

De la misma forma que no se puede hablar de amor romántico, tampoco se puede hablar de **fidelidad** en el comportamiento de la chica²²; si tiene posibilidades de emparejarse con otro chico que esté a superior nivel en la jerarquía imaginaria del grupo masculino (p. ej.: más mayor, más guay, más osado, más insensato, etc.), plantará con toda naturalidad a su anterior pareja, decidida a experimentar nuevas emociones con la nueva. Y a la chica agraciada no le faltarán proposiciones, porque, al menos en apariencia, su valor en el mercado aumenta conforme aumenta el valor social de su pareja actual. El resultado es una dinámica vertiginosa de creación y de disolución de parejas, que apenas duran días o semanas; y que más que de parejas merecen el apelativo de “rollos”, palabra con la cual suelen designarlas las propias chicas para diferenciarlas de otra cosa, supuestamente más seria, más auténtica y más de futuro.

Estamos en una **etapa narcisista femenina**; aunque, ciertamente, sólo de unas pocas chicas del grupo femenino, las más agraciadas desde el grosero modelo de belleza que manejan los chicos. El resto de chicas no pueden entrar en ese mercado, deben seguir soportando las descalificaciones de su cuerpo con las que se divierten los chicos, y que, ciertamente, deben generar en ellas una profunda insatisfacción frente a sí, frente a un cuerpo que empiezan a

²² Tampoco se puede hablar de fidelidad en el comportamiento del chico en esta etapa.

sentir cada vez menos propio y cada vez más profundamente ajeno. Deben sentir el escarnio de los chicos y, a la vez, la envidia que provocan esas chicas exuberantes, mimadas y disputadas por los chicos, que parece que encarnan un ideal femenino inalcanzable. Sea como sea, en este contexto, el **imperativo cosmético** se impone: hay que modelar el cuerpo; hay que forzar que adquiriera una apariencia deseable disimulando, exaltando, corrigiendo, enseñando, sugiriendo... un cuerpo modelado a la medida del deseo masculino y a los imperativos de la seducción. La chica que se quede fuera de ese movimiento táctico está perdida; se convertirá en una “margi” que es la denominación actual de las chicas invisibles y despreciadas de la clase.

A ver, margi es marginada social, es que te dejan a un lado por tu forma de ser o por tu forma de vestir normalmente. (G.T. 2. CHICAS)

Pero esta etapa feliz de algunas chicas se produce no sólo por sus cualidades físicas, sino fundamentalmente por lo que podríamos denominar como “utilización instrumental del sexo” por su parte. El sexo, el dar a los chicos lo que quieren, es una decisión que aparentemente se realiza con completa naturalidad ya en estas edades tan tempranas. No quiere decir, ciertamente, que se les dé todo el sexo que puedan desear; la chica impone aquí sus límites, unos límites que no quiere ni desea traspasar. No se observa en la investigación, al menos con bastante claridad en estas edades tempranas, que el sexo o, al menos el tipo de sexo que les demandan los chicos, sea una necesidad de las chicas. El encuentro sexual no parece un encuentro entre dos cuerpos que se desean, sino entre uno que desea y otro que acepta, porque le interesa de algún modo, ser receptáculo o vehículo de satisfacción de ese deseo. Las chicas parecen iniciarse en el sexo con la frialdad de quien siente estar pagando un peaje necesario para llegar a un destino más interesante.

No es difícil asociar este resultado con el análisis que se hizo anteriormente del deseo masculino a partir del insulto de género. Nos asalta la visión desagradable de un posible éxito de la estrategia masculina de convertir a la mujer en sierva de su deseo. Como si la chica, creyendo obtener un poder, lo único que hubiera conseguido en realidad es colocarse en posición de sierva sexual frente al hombre, perdiendo, tal vez definitivamente, la posibilidad de reconocer y reconocerse **en su propio deseo**.

5.4. La adolescencia y el maltrato de pandilla (14-15 años)

Esta etapa “feliz” del narcisismo femenino no podía durar demasiado. Bien pronto se producirá una reacción táctica masculina destinada a volver a poner a la chica “en su sitio”.

Hay que hacer notar el **cambio de contexto**. El referente nuevo en que la chica se ubica ya no es tanto la clase, ese lugar plagado de chicos “infantiles”, perdidos en sus juegos agonísticos heredados de la infancia y obsesionados por acceder torpemente al cuerpo femenino. Esos chicos ya ni siquiera hacen daño, ya ni siquiera ofenden. Lo que producen es un sentimiento a medio camino entre la pena y el desprecio, a unas chicas que se experimentan a sí mismas en otro nivel, mucho más maduras, mucho más adultas, puesto que ya han pasado el escalón de

la iniciación sexual, de las relaciones sexuales reales y no puramente imaginarias. Ellas han salido de la infancia, pero los chicos de la clase insisten en permanecer en ella.

Ya se dijo que esta iniciación sexual de las chicas se produce normalmente con chicos más mayores y, también, con chicos más interesantes, más **guays**. El término “guay” en el mundo adolescente designa un comportamiento masculino peculiar, que se podría catalogar como “subversivo” en relación a las normas adultas y a los límites sociales. Los guays son los chicos que se atreven a hacer lo que no se atreven a hacer los chicos “normales”. En el otro extremo aparecen los **frikis**, cuyo comportamiento infantil se asimilaría al aludido de los chicos de la propia clase.

Y tiran más los guays.

Claro, y no vas a por el friqui. Vas por el guay... (G.T. 2. CHICAS)

Lo guay expresa también, como espejo de las chicas, una etapa de exaltación del narcisismo masculino. Una suerte de omnipotencia se advierte en esos chicos, que ponen en riesgo su futuro, desatendiendo por completo los estudios, que ponen en riesgo su cuerpo, internándose en el consumo compulsivo de estupefacientes, y que ponen en riesgo su lugar social, desde un comportamiento incivil que puede llevar asociado el coqueteo con el mundo de la delincuencia. Lo guay en realidad es no hacer nada en todo el día, ponerse hasta las cejas de alcohol y de porros y buscar problemas. Aún cuando la adolescencia masculina siempre ha tenido algo de este tipo de comportamiento, la precocidad con que se instala actualmente en el sector masculino tiene que ser, obviamente, un signo de preocupación.

Pues que son un desastre en casa, un desastre en el colegio, un desastre de compañero: la chusma. (G.D. 1. CHICAS)

Y que se cree el más guay por pegar a no sé cuántos y por tener tantos juicios. Bueno, el que más tiene es el más guay (G.D. 4. CHICAS)

Soy guay porque tengo novia, soy guay porque me fumo un porro, soy guay porque hago el botellón, ¿sabes? Y no, yo qué sé, no tiene que ser así. Tienen que saber que no, que ni eres guay por fumarte un porro, ni eres guay por hacer botellón, ni nada de eso. A ver, que sí, que yo también hago botellón y no pasa nada, pero que los niños de 13 años... (G.D. 4. CHICAS)

Los guays son chicos; pero las chicas, al menos las más agraciadas, como se dijo, sienten directamente la tentación de compartir ese mundo guay masculino, por los mecanismos analizados en el epígrafe anterior. Pues bien, ¿qué encuentran en ese mundo? De las experiencias relatadas por las chicas, es fácil deducir que se sienten fácilmente **maltratadas** en él; un maltrato que tienen tintes peculiares en relación al que producía en etapas anteriores.

La característica diferencial de este tipo de maltrato –y que lo diferenciará también de otros maltratos posteriores- es el de que se ejerce no tanto por el grupo como por la propia pareja afectiva masculina en un escenario grupal. Es maltrato de pareja, pero **maltrato de pareja en grupo**. Estamos en el escenario de **la pandilla** y no en el de la clase; el contexto, como se dijo, ha cambiado.

Son el típico de un grupillo que son los que manejan aquí, que dicen con sus colegas, mira, a ésta la hago no sé qué y viene detrás mía.

O quiere fliparse delante de los amigos (G.D. 6. CHICOS)

En los jóvenes sí, dice, mira, yo ésta la hago cualquier cosa y mira como viene detrás mía. (G.D. 6. CHICOS)

Es como que te dejan un poco en ridículo o te marginan un poco te dejan de lado para hacerse el guay con sus amigos. (G.T. 2. CHICAS)

A lo mejor le dice (...) ¿sabes lo que te quiero decir? Delante de todo el mundo, de todo el mundo. Y la otra se ríe. A mí me hacen eso y es que le parto la boca. (G.T.5. CHICAS)

*Yo también conozco otro caso que... de Johnny y Begoña, ¿no sé si has estado con ellos? **Pues este chico cuando se cabrea o cualquier cosa, se mete con ella de una manera que yo me quedo flipando.** Que a lo mejor no lo dice en serio lo que dice, pero ya que te lo diga... Que te calles gorda, que te voy a matar. Cosas así, ¿sabes? Que aunque no lo haga, pero dices, ya, joder, **que encima lo haces delante de gente, es que la gente se piensa mal, y normal, ¿sabes? Insultándola y todo.** (G.T. 6. CHICAS)*

La pandilla en la adolescencia tiene, o suele tener un origen filogenético masculino. Es la evolución posterior del grupo de chicos de la infancia, en el que se integran o salen elementos masculinos por identificación o contra-identificación con la orientación que va tomando la pandilla en relación a la **identidad social**. En el juego de identificación y diferenciación surgen los llamados “grupos sociales”, que pueden ser innumerables pero que siempre pivotan sobre el eje “fuerte” de diferenciación establecido entre los polos extremos de lo guay (marcado como positivo) y lo friki (marcado como negativo), quedando “lo normal” en un punto medio donde la mayoría tiende a identificarse. En cualquier caso, el resto de diferencias tienden a establecerse como distancia en relación a los polos: los que quieren ser guays pero no lo son; los que tienen algo de friki, pero son más bien normales, etc.

A ver... más atrae el guay pero si ves que es un borde y que va a estar todo el día así... pues no te juntas a él aunque sea muy guapo. Te buscas a uno que sea medio guay, que ni sea friqui.

No, básicamente que no sea friqui. Que no sea friqui vale. (G.T. 2. CHICAS)

Las chicas suelen entrar en esas pandillas de forma distinta que los chicos; entran como resultado de las relaciones afectivas establecidas con algún miembro o con varios miembros – en tentativas sucesivas- masculinos de aquellas. Forman parte, por tanto, de la pandilla en calidad de “pareja de...”, lo cual establece un vínculo no sólo precario –dada la facilidad con que se destruyen las parejas- sino también subordinado. La chica es una suerte de **miembro de segunda clase** en un colectivo en el cual quienes proponen y deciden son los hombres, los miembros de pleno derecho de la pandilla; y, dentro de los hombres, el líder; cuya relevancia no desaparece en relación al grupo masculino de la niñez, sino que aparentemente se incrementa. Todos hacen lo que el líder manda, y todas hacen lo que los hombres les mandan. No hay otro lugar posible para la chica en un marco en que la relación afectiva concreta con su

chico apenas puede operar como factor de compensación. El chico está antes que nada subordinado las exigencias o los intereses de la pandilla, que estarán siempre para él antes que los de su chica. La seguridad que la chica pretendía obtener con su vinculación al chico guay se empieza a resquebrajar en una experiencia en la que ella no encuentra posibilidad de dejar de ser algo más que un simple cero a la izquierda.

Porque, por ejemplo, en el grupo ahora la mayoría son parejas. Entonces, como los tíos dominan sobre las tías, pues él hace algo y los demás también lo van a hacer. Porque como lo hace él lo hacen los demás. Entonces todo es así, consecutivo. (G.T. 5. CHICAS)

Pero esa marginación no se produce solo por la eventualidad de ser un miembro advenedizo de la pandilla. La pandilla, o, más en concreto, su chico con la ayuda inestimable de la pandilla, es quien se va a encargar de fijar un lugar no sólo indiferente, sino fundamentalmente **subordinado**. A las chicas de la pandilla se las va a “educar” para que ocupen el lugar en la pandilla que se espera de una chica. Y el arma a utilizar, como siempre en estos casos, será la agresión de género **en público** por parte de la pareja afectiva.

Y si no muchas veces la tratan con desprecio a la mujer, si no la pegan la tratan con desprecio en un mal ambiente, por ejemplo un chaval que está...

Empezar a insultarla.

Delante de los amigos la empieza a insultar y la dice: ¿tú qué vas a hacer?, que no me vas a dejar, si quiero te dejo yo a ti. O cosas así, o vas a hacer lo que yo te digo y la dice lo que tiene que llevar puesto o cosas así. Y ahí ya empiezan las cosas. (G.D. 6. CHICOS)

Las primeras agresiones están destinadas a quitar valor, reducir la importancia, restar relevancia, mostrar indiferencia, o directamente desautorizar las iniciativas, opiniones, juicios, etc. de la chica en la experiencia grupal. Las chicas suelen identificar esa necesidad masculina como de “querer tener siempre la razón”. Ante todo la razón no puede estar del lado de las chicas, y la pareja afectiva será la encargada de quitarle a su chica la razón, sea con las malas artes del desprecio, la ridiculización o la indiferencia; sea con la más igualitaria de la dialéctica, pero que, en un contexto público, produce el mismo efecto, porque no es lo mismo discutir de igual a igual con una persona, que hacerlo frente a un auditorio favorable a una de las partes. La chica tiene siempre las de perder, porque sus fuerzas no pueden compensar de ningún modo las de su oponente, que **juega con ventaja** en el escenario público en el que establece la contienda.

Y, ciertamente, lo que más le molesta a la chica es precisamente que lo haga en público. Si lo hiciera en privado ella podría responderle; haciéndolo en público no tiene más remedio que callarse. Y además, sufre con ello un doble daño moral, el antiguo de verse sujeta al escarnio público del grupo de chicos (una experiencia desagradable conocida, de la que creía que se podía empezar a librar, pero a la que está, en cualquier caso, acostumbrada) y la nueva de sentirse dañada, aparentemente de forma intencional, **por el chico que supuestamente le quiere**.

*Yo, es que es eso, creo que no tienen respeto. Y si no se tienen respeto entre ellos no se lo va a tener nadie. **Y además delante de la gente, o sea, insultarse delante de la gente no tiene ningún sentido.** Si le tienes que decir algo, vas y se lo dices. No chillas en mitad de la calle: “tú eres una zorra”, pues no se qué, así... (G.T. 5. CHICAS)*

Se supone que si le quiere debería de ponerse de su lado, apoyarla, defenderla, hacer piña con ella; pero el comportamiento típico es justo el contrario: es él el directamente encargado de agredirla. La inseguridad se instala allí y con la persona con la que esperaba encontrar seguridad.

No es fácil para la chica resolver semejante conflicto emocional. Ésta se ligo al chico porque mostraba un interés especial por ella. Se lo dijo con palabras (“Estoy por ti”), pero también se lo demostró con las armas eternas de la seducción: el agasajo, el regalo y la solicitud. A cambio, ella le abrió las puertas de su intimidad. Estableció con él un contrato, el de la pareja, en que lo más importante para la chica en estas edades quizá no sea el amor, sino como se dijo, la protección: que el chico salga a defenderla, que compense su **extrema vulnerabilidad**... frente a los chicos.

La conducta de su pareja en grupo le indica que el contrato no se cumple, **al menos en parte**. Es cierto que los otros chicos la respetan; la respetan porque es pareja de ese chico; y también es cierto que hay pocas dudas de que él saldrá en su defensa si otro chico que no es de la pandilla la agrede. Pero para lo que no estaba preparada era para que fuera precisamente **ese chico** con el que estableció el contrato quien la agrediese.

¿Qué hacer en esta circunstancia? La chica se puede enfadar con el chico y romper el pacto. El enfado está justificado para ella: él de algún modo la engañó; utilizó la seducción con el único propósito de que se le entregase, sin intención por su parte de cumplir su parte del trato. “Desengaño” es la palabra más adecuada para nombrar el sentimiento que se produce, que es un nuevo **daño** que la chica va a experimentar con bastante facilidad en su relación con los hombres en este nuevo escenario que implica la constitución de parejas adolescentes. Y seguimos con nuestro postulado inicial de que siempre que hay daño femenino hay agresión de género masculina **intencional**. El chico no está comportándose de esta forma sin intención, aunque parezca que no se da cuenta de lo que hace. Está poniendo a **su** chica en **su** sitio.

A la chica le es fácil interpretar esa conducta pública del chico frente a la cual se siente agredida en términos de **machismo**. A los chicos les gusta demostrar en público que dominan a las chicas; son todos unos machistas. Esta aparente defensa tiene más los visos de una **justificación** del comportamiento del chico que de una real identificación de sus intenciones. Está intentando salvar al chico –y salvarse también, indirectamente, a sí misma-, disculparle porque tiene una debilidad masculina, la debilidad de necesitar demostrar que puede con las chicas.

Puesta la agresión en el terreno de la debilidad masculina de género, la chica puede interpretarla de una forma más benevolente e, incluso, más maternal. En el fondo él no pretendía agredirla, lo que pasa es que necesitaba “fardar” con sus amigos, hacerse el macho para que los otros chicos le respeten. Por esta vía la chica disculpa al chico y acepta finalmente convivir con una pandilla en la cual objetivamente está sufriendo agresiones de forma

sistemática, pero que no quiere interpretar como auténticas agresiones, y soportar finalmente ese lugar subordinado que se le asigna como mujer en ella. En el fondo no le piden mucho, callar cuando hablan los hombres y soportar estoicamente sus burlas y sus descalificaciones.

Salva a la pandilla y salva a su chico, que es realmente quien más le interesa. En su fondo -ese extraño fondo que las chicas siempre imaginan de los chicos, como si no les bastase la superficie, lo que en realidad hace, para catalogarles- es bueno y la quiere; y basta para mantener esa certeza que el chico **en privado** se muestre afectuoso y solícito, y, desde luego, que no deje de hacerle regalos.

Yo qué sé cuando tengas veintidós años, imagínate, pues tienes un novio y te va todo muy bien, pero a lo mejor pasa un año y de repente, pues te pega y claro tú no te explicas por qué, cómo ha pasado eso y tú le dejas, vamos, yo en mi caso, le dejaría las cosas claras le diría: "Mira, a mí no me vuelvas a tocar ¿sabes? O yo aviso a quien tenga que avisar". Y a lo mejor seguiría con él porque digo ¿sabes? Yo sé que no es así, ya si vuelve a pasar yo ya... yo ya no quiero saber nada más de él. Pero a lo mejor también es importante que se le dé a la otra persona otra oportunidad si nunca ha sido así contigo. A lo mejor es algo que le ha pasado en un momento. (G.D. 1. CHICAS)

Desde fuera, vista la situación objetivamente es fácil decir que la chica es tonta, que el chico la está engañando y que en el fondo no la quiere y que la utiliza. Desde dentro, poniéndose en su lugar, no es tan fácil descalificar a la chica. De hecho, nos atreveríamos a decir que la mayoría de las chicas emparejadas en estas edades sufren y aceptan implícitamente una situación de este tipo en esa conjunción entre la pareja y la pandilla masculina. Las alertas sólo saltan cuando **la intensidad** de las agresiones de género llega a un determinado punto, cuando se traspasa la línea de la descalificación y la ridiculización "normales", y aparecen los insultos e, incluso, la violencia física. Aquí sí que les sirve en algo a las chicas lo que hay aprendido en las intervenciones –quienes las hayan tenido, obviamente- sobre VPM: **ante todo no hay que permitir que tu chico te pegue**. Un límite extremo que parece que parece que exculpa esas otras agresiones habituales y, en el fondo, normales asociadas a la debilidad del ego masculino y ante las que parecería que no habría por qué preocuparse demasiado.

Pero también la mujer es muy tonta, porque una vez que un hombre te pierde el respeto, le dices: hasta aquí. Si no luego se te sube aquí. (G.T. 6. CHICAS)

Pero también es cierto que las alertas suenan con más facilidad fuera que dentro. A las chicas que ven la situación desde fuera (normalmente sus amigas íntimas) hacen un fácil diagnóstico, sobre todo si hay insultos y agresiones físicas. Pero las que están dentro **no lo ven**; o ven más bien lo que quieren ver, que su chico está influenciado por el grupo, y que eso no afecta en realidad a la relación afectiva que mantiene con ella. ¿Por qué esta chica insiste en no ver lo que para todo el mundo es evidente?

La razón habría que buscarla más allá del mecanismo concreto de exculpación, que parece que no tiene límite. Si la chica rompiera con el chico perdería algo que resulta de extremada importancia para ella, que, en base al análisis podemos deducir que puede tener mucho que ver con **la seguridad**. Desde luego, perdería la parte del contrato que sí se cumple: la

protección del chico y de la pandilla frente al resto de chicos, la protección frente a un exterior que para ella sigue representando una seria amenaza. No es un riesgo baladí para una chica retornar al estado de **indefensión** que ha conformado su subjetividad desde niña. Pero también se puede hablar de seguridad desde el registro menos material de la identidad. El chico y la pandilla ofrecen a la chica una identidad dentro de su mundo adolescente. Dentro de la pandilla es **alguien** (léase: “guay”, o cualquiera de la variada gama de grupos sociales dentro del mundo adolescente), fuera de la pandilla no es nadie. Y ya sabemos todos que **identidad social**, que inevitablemente se trasmite por vía masculina (los grupos sociales femeninos son versiones femeninas de grupos sociales masculinos: p.ej.; guays-chonis) es esencial en el mundo adolescente.

Pero tendríamos que hablar también de la seguridad asociada a la **identidad de género**, que en el caso de las chicas parece ya indeleblemente vinculada a la eventualidad de **ser querida**. Si eres querida eres alguien; si no eres querida no eres nadie, y lo que eres depende del valor de quien te quiera. No sólo se trata de la **imagen interna** (cómo se ve la chica a sí misma), sino también de la **imagen externa** (cómo la ven y la valoran las otras chicas); y está claro que el valor de la pareja conseguida es lo que fundamentalmente confiere o resta prestigio, y la peor posición posible es la de **no emparejada**. Nuevamente es el hombre quien confiere a la chica su identidad, con lo cual defender la propia relación afectiva, incluso en contra de la evidencia, se convierte para la chica en un obsesivo intento de **asegurar** su propia identidad.

Es cierto lo que dicen las otras chicas, las que sí ven lo que está pasando que hay otra vida además de esa vida, que la chica no está sola, que tiene dónde acudir. Puede acudir – diríamos, retornar- al **grupo íntimo femenino**, a las amigas de siempre, que la acogerán incondicionalmente, y se encargará de restañar sus heridas. Hace falta que ese grupo íntimo todavía perviva, que la propia chica no lo haya destruido en su huída hacia adelante o que, incluso su propio chico no haya forzado la enemistad con él. El grupo íntimo femenino es un auténtico mecanismo de seguridad femenino, que asegura una alternativa y un retorno, cuando la situación llega a un extremo en que es obligado romper.

Pero también el grupo íntimo femenino es un factor de equilibrio en este escenario **actual** de inmersión de la chica en la pandilla masculina. Mientras siga activo, permitirá a la chica comentar sus avatares, descargar sus frustraciones y recibir consejos y tomar decisiones, e, incluso forzar la ruptura si el diagnóstico final de las amigas es el de *“ese chico no te quiere”*. El papel protector que idealmente, desde una perspectiva adulta, debería de cumplir la familia, lo cumple en realidad el grupo íntimo femenino, que demuestra tener un sentido común inaudito para estas edades tan tiernas. Y ello porque lo que la chica no quiere ver, sí que lo ven ellas; sí que interpretan la agresión como auténtica agresión y sí que perciben el daño como daño; en cierto modo también como propio, puesto que es a una amiga íntima a quien se le infringe.

Mientras siga activo el grupo íntimo, la chica posiblemente mantendrá en su inmersión en la pandilla masculina y frente a su pareja una **distancia subjetiva de seguridad**. Posiblemente se rebele ante el trato que recibe en la pandilla por su propio chico, y discuta frecuentemente con él por esa causa. Si la chica se rebela, en cualquier caso, ya se sabe lo que puede pasar, que la agresión se elevará de tono, e incorporará primero el insulto de género y, si no es suficiente, la bofetada educativa. La experiencia frecuente de parejas a estas edades que

perviven en una aparente agresión mutua permanente deben, a nuestro juicio, ser interpretadas como rebelión sostenida de la chica, que, en cualquier caso, no es lo suficientemente intensa como para forzar una ruptura.

Pero las tácticas masculinas se han hecho en este proceso también más sofisticadas. De la misma forma que debemos suponer que la chica tiene por detrás su grupo íntimo que supervisa y asesora su estrategia de pareja, también podemos suponer que el chico tiene su grupo íntimo, que coincide con la pandilla, que le supervisa y asesora en su estrategia de dominio sobre la chica. Desde cierta perspectiva, habría que hablar de dos ejércitos en contienda, que despliegan todo un complejo arsenal para conseguir el uno que el chico domine a la chica y el otro para conseguir que ésta no se deje dominar. Lucha de sexos, ciertamente, pero que no se puede concebir, como reiteradamente se presenta, como una batalla igualitaria. No dejarse dominar no es exactamente lo mismo que pretender dominar; no es el mismo el objetivo el del que agrede que el de quien pretende defenderse.

Llegado a este punto es preciso profundizar más en lo que se juega en las agresiones masculinas. Hasta ahora hemos hablado sólo de lo más simple y evidente; conseguir que la chica acepte un lugar subordinado en la pandilla masculina. Pero este es un objetivo superficial y puramente aparente. Ya no estamos ante niños, a los que les basta, según se vio, con demostrar que están por encima de las chicas; y tampoco estamos ante proto-adolescentes, obsesionados, como también se vio, por violentar el cuerpo de las chicas. Ahora tenemos ante la vista a adolescentes plenos cuyo objetivo principal consiste en adquirir un **papel dominante en la pareja**. El escenario de la pandilla nos distrae de donde se está realmente produciendo la batalla: en la pareja misma. Y la distracción se produce porque no es fácil darse cuenta de que la pandilla masculina no está ahí como mero espectador pasivo, sino como **agente activo** al servicio el chico en su estrategia de dominio de **su** chica.

Hay un tipo de agresión de género del que todavía no hemos hablado, que se produce también en el escenario de la pandilla, que puede ponernos en la pista de lo que realmente está en juego. Nos referimos a la discusión en público, forzada por el chico, de conflictos de pareja, es decir, de cuestiones supuestamente “privadas”. Al parecer esto es muy habitual en esta etapa de la adolescencia, y se trata, sin lugar a dudas, de una agresión de género, porque el daño en la chica es evidente, un daño aparentemente **de mayor intensidad** que el que producen esas otras agresiones de género ya comentadas. Desde luego, las chicas se quejan mucho más de esta conducta del chico en pandilla que de las otras conductas analizadas.

Pero por ejemplo, eso que... pero vamos a ver, si discutimos, hoy estamos los dos, pues bueno, estamos discutiendo y estamos hablando los dos. Pero delante de todo el mundo es que a nadie le importa lo que tú puedas tener o lo que puedas dejar de tener de problemas con él. (...) es que a lo mejor hay diez personas y están discutiendo por una cosa que les ha pasado en privado los dos, y que a nadie le importa, ¿sabes?... (G.T. 5. CHICAS)

¿De qué se discute en público? Ciertamente, de cuestiones de las que también se discute en privado. En privado no le molesta tanto a la chica, pero en público sí. Se discute fundamentalmente de cuestiones relacionadas con la **fidelidad**.

Las relaciones de pareja en la adolescencia, como se supone y se constata en las parejas adultas –basta con echar una mirada a la pareja de los propios padres-, se discute mucho; **la pareja es una realidad conflictiva**. Hay, en cualquier caso, un discutir en la pareja que se puede calificar como “normal”, que implicaría una débil intensidad y frecuencia de las discusiones; y un discutir anormal, que llevaría inmediatamente al juicio de que esa pareja tiene un mal diagnóstico y un problemático pronóstico.

No vamos a entrar por ahora en esa distinción entre lo normal y lo anormal de las discusiones, que será de extraordinaria importancia cuando se aborde la cuestión del maltrato en la siguiente etapa. Nos quedaremos, por ahora, en el análisis de lo que se discute. Y prácticamente, no hay otra temática, otra materia de conflicto en la pareja adolescente que el comportamiento del otro o que el comportamiento de la otra vistos desde el punto de vista de la infidelidad. La materia, por tanto, son **los celos** de ambos; unos celos intensos por ambas partes. La emergencia de los celos, como un sentimiento intenso e irrefrenable, posiblemente sea lo más característico de esta etapa (14-15 años) en lo que al comportamiento de pareja se refiere.

Sí, sí, sobre todo eso, los celos influyen mucho, sobre todo ahora en los jóvenes sí, muchísimo, yo creo que es lo que más (G.D. 6. CHICOS)

Ambos, chica y chico convienen en que los celos **son normales**. Una pareja sin celos tiene algo de sospechoso; parecería como si el interés de uno por el otro no fuese lo suficientemente intenso. Los celos son para ambos una **demostración del interés del otro**; una demostración, por tanto, de que existe el sentimiento que da sentido a la pareja misma. Los celos son, como consecuencia, el vínculo por excelencia de la pareja, su materia y su realización.

Desde la mirada adulta, quizá se convenga con facilidad en que los chicos están en lo correcto; al fin y al cabo, todas las representaciones románticas de la pareja en la cultura occidental coinciden en incorporar este ingrediente en la cocina del amor. Los celos son, también para todos “normales”; pero en esa normalidad ha estado sempiternamente insertada la VPM. Y, desde luego, ahora, a dios gracias, no queremos asociar pareja a violencia; quizá en ese movimiento también empecemos considerar la posibilidad deseable de una pareja sin celos.

Los celos de la chica, al parecer, están basados en una certidumbre extraña: **los chicos son infieles por naturaleza**. Cualquier otra chica puede llevarse a su chico con bastante facilidad: basta con que se le insinúe para que caiga inmediatamente en sus redes. De hecho, la chica vive una relación profundamente desconfiada con el resto de chicas: todas son potenciales competidoras. Sólo frente a un reducido grupo de chicas, sus amigas íntimas (lo que se llamó “grupo íntimo”) se puede sentir relativamente a salvo, porque ha establecido con ellas implícitamente un pacto de no agresión, cuya ruptura implicaría para la chica un especial traumatismo (el típico “*mi chico se ha ido con mi mejor amiga*”).

Las chicas designan ese espacio de competencia femenino con términos similares, según veremos, a los que utiliza el chico para referirse a él. Hay muchas “guarris” (versión masculina del insulto de género por antonomasia masculino), que pueden incluso aparecer como un grupo social: las chonis (las chicas que se vinculan a los guays). La guarris y las chonis son chicas malas, que lo único que quieren son rollos con los chicos, que prácticamente se

proponen a los chicos como si fueran prostitutas, rompiendo de ésta forma las parejas constituidas.

A la vista del análisis realizado nos es posible vislumbrar lo que está pasando. Lo que se está produciendo es un nuevo **cambio táctico** de las chicas. En la etapa anterior las chicas vimos que habían descubierto un poder sobre los hombres, su propio cuerpo. Y se habían dedicado a ejercer ese poder jugando al juego de conquistar. Las chonis o las guarras eran ellas mismas en otra etapa, o asumiendo el comportamiento característico de esa otra etapa. En la actual etapa parece que las chicas ya no se sienten a gusto pensando y comportándose de esa manera, con ese jugar a tener a los hombres a sus pies. Prefieren jugar ahora a la pareja; a una pareja algo más estable, a una pareja con cierta seriedad. Y para que esa pareja estable sea posible hay que conseguir que las otras chicas se pongan a sí mismas el imperativo moral de género de respetar las parejas constituidas. Por eso las chicas fabrican estos apelativos despectivos para censurar un posible comportamiento femenino incompatible con la nueva estrategia femenina.

Una sentencia, reiterada en los grupos de chicas, nos pone en la pista de la solución del enigma: “lo que ocurre es que a los chicos no les gustan las chicas que se van con todos, y terminan por despreciarlas”.

La disimetría en relación a la fidelidad es advertida claramente por las chicas, al menos en los momentos de la discusión de mayor lucidez. No se entiende desde la igualdad supuesta entre sexos que los chicos puedan irse con muchas chicas y que incluso ello pueda ser visto con admiración, y que las chicas que hacen lo mismo sean calificadas, nuevamente, con el insulto de género por antonomasia: guarras, putas, etc. Ellas, como vimos, colaboran en la exclusión, pero de forma algo más leve, porque, por ejemplo, el “guarri” femenino no tiene la misma carga despreciativa que el contundente “guarra” masculino.

Si la ves con un chico te puedes pensar cualquier cosa. Y luego resulta que va a su clase o cualquier cosa. Yo qué sé... Que te da verlo con otro o cualquier cosa. Pero no pasar a pegarnos, yo qué sé. No nos vamos a pegar (G.D. 2. CHICOS)

Claro, tímida para que no se pueda ir con otros (G.D. 2. CHICOS)

Si a lo mejor un día no sales y sale con amigas pues te da igual. Hombre, si luego se va a la discoteca con las amigas pues van a ligar, pero no (G.D. 2. CHICOS)

Pero hemos dicho que tiene muchos amigos, tú te vas de vacaciones y ya sabes lo que hace.

Pero si tú confías en ella y ella en ti no tiene por qué pasar nada. (G.D. 3. CHICOS)

*Bueno, depende porque ahora... cada vez son más malas las mujeres de hoy en día, **van de buenas pero son malas**, las matan callando (G.D. 3. CHICOS)*

No, que es normal que estés roneando con una, con otra.

Y con muchas. (G.D. 3. CHICOS)

Nosotros somos más... proclives (G.D. 4. CHICOS)

Es más fácil entender desde aquí la naturaleza de los celos masculinos. La chica que utiliza su cuerpo como arma es una amenaza para él porque, ciertamente, **no la puede controlar**. Puede utilizar a los hombres y eso es algo que un hombre, según parece, no puede soportar. Aunque pueda obtener de ellas el beneficio del contacto sexual casual (el rollo), son ellas las que eligen y, por tanto, traspasado el tema a la cuestión de la identidad, **quienes dan valor y quitan valor a los chicos**. La situación imaginaria, entonces, se invierte: ahora son las chicas las que pueden despreciar a los chicos; inversión inasumible, que exige que los chicos den también un giro táctico en su estrategia para recuperar el dominio; un giro táctico que debe de ser **anterior** al de las chicas porque, como vimos, éstas lo adoptan porque advierten que a los chicos les empiezan a no gustar las “guarris”.

Porque se está roneando con otro, se está... que se está roneando con otro y a ti no te gusta y lo dejas, ella dice que no estaba haciendo nada pero a lo mejor un chico muy celoso y lo dejas con ella porque no te gusta saber esas cosas, hay mucha gente también que la pega por hacer esas cosas (G.D. 3. CHICOS)

*Claro es que las chicas que visten así, están mal vistas porque **parece que quieren algo con alguien que no seas tú...** si salen así... pienso yo (G.D. 4. CHICOS)*

los que van más así de flor en flor que se quedan un poco... no marginados, pero, o sea, como solos porque la gente ¿sabes? ya nadie quiere estar con ellos o una chica que ya ha hecho de todo, pues... no sé es como que al final se quedan solas. Vamos, yo lo veo en el curso... (G.D. 1. CHICAS)

Ese empezar a despreciar a determinadas chicas implica una labor colectiva. Todos los chicos tienen que ponerse en la labor, porque es muy difícil que en un plano individual el chico pueda compensar el poder de la chica. Es por eso por lo que **la pandilla masculina** aparece en escena; es ella la que se va a encargar de poner en su lugar a las chicas vinculadas afectivamente con sus miembros. Como a todos les interesa, puesto que todos están emparejados o pueden estarlo, la acción solidaria está garantizada en clásico “hoy por ti, mañana por mí”.

Entre todos, porque cuando a un amigo tuyo le quitan la novia todos tus amigos se juntan y la arman, no todos pero bastantes sí que apoyan al amigo y le ayudan.(E.A. 9. CHICOS)

Mi novia besó al que era uno de mis mejores amigos, me enteré por su mejor amigo, la llamé y le dije; oye, qué pasa que me he enterado de tal cosa. Y me dice, me volvió a mentir diciendo que mi amigo se había lanzado a ella y tal y total que se fue todo por ahí (E.A. 8. CHICOS).

La pandilla se pone en la tarea de inspeccionar, supervisar y censurar el comportamiento de la chica. Para que pueda hacerlo, tiene que conocer ese comportamiento, y por eso es por lo que

el chico airea en la pandilla los problemas con su chica, para que ésta los conozca, los juzgue y actúe en consecuencia. Y la forma de actuar implica, nuevamente, la agresión de género.

No controlar, pero decirle no te pongas esto que te van a mirar todos y a mí me van a joder. Yo qué sé. A mí jode también que la miren y que la digan cosas (G.D. 2. CHICOS)

Es más bien psicológico... “no te pongas guapa, no salgas de fiesta”... pero depende de la gente con la que salgas con la gente que te muevas, vamos si esta todo el mundo haciendo esto y esto, y haz esto que si no, no te... al final lo haces... sea lo que sea... no sé si pasara mucho tiempo o no pero si están todo el rato comiéndote la cabeza “haz esto, haz esto”... ahí sí que influye... (G.D. 4. CHICOS)

También los chavales dicen ¡Ay! es que esta chica no te hace caso. Pues mándale a... pues dale una hostia. También te mete la palabra esa... (E.A. 10. CHICOS)

Ya vimos que el mero airear los problemas de pareja en público es vivido por la chica como agresión. Queda, en cualquier caso, desvelada en el análisis la intención de esa agresión, que la chica normalmente en los grupos no acertaba a comprender, a darle una explicación plausible. El daño que experimentaba se quedaba, entonces sin posibilidad de ser restañado; porque ya no le basta para exonerar al chico (y a sí misma) con el recurso a la debilidad masculina por aparentar que domina a la mujer. Ahora se encuentra directamente con la imagen inquietante de una figura masculina que se le presenta con dos caras o como dos modos de ser contradictorios, dependiendo del contexto: “*en privado parece que me quiere, en público parece que me odia*”, imagen que, como vemos, se reproducirá en la fase posterior, ya sólo en el escenario de la pareja, en forma de conducta contradictoria ambivalente caprichosa e impredecible.

Pero la pandilla también inspecciona por su cuenta el comportamiento de la chica. Se convierte en un auténtico **chivato** de su comportamiento cuando el chico no está con ella. Gran parte de esas discusiones públicas de lo que debería de resolverse, para la chica, en privado se producen ante la denuncia provocada por haberse sido sorprendida en una situación, al menos, de riesgo de infidelidad. Y, ciertamente, toda la presión colectiva va en la dirección de imponer a la chica un determinado comportamiento. El mismo aparentemente que la chica al chico, pero con una diferencia de matiz, que es de extraordinaria importancia: para la chica el chico no debe flirtear con otras chicas; para el chico sin embargo, la chica debe de observar un comportamiento parecido al del a mujer del Cesar: no debe de flirtear con otros chicos, pero tampoco **parecer que lo hace**. Este “matiz público” de los celos masculinos no es fácilmente identificado por las chicas, e introduce un factor de asimetría en la pareja, que impone que ésta tenga que efectuar **mayores sacrificios** en su vida que los que tiene que realizar él.

O porque va uno y le dice: “Oye, mira, que ese ha tocado el culo a tu novia.”. Y se va a por el chico. Vamos, eso suele pasar mucho. (G.D. 4. CHICAS)

¿Qué sacrificios se imponen? Fundamentalmente no salir con otros chicos, ni siquiera en pandillas mixtas distintas a la propia pandilla; cuidar sobre todo no colocarse en situaciones de

especial riesgo (fundamentalmente discotecas, pero también cualquier otro tipo de fiesta o diversión adolescente) y **cambiar su vestimenta**. Las dos primeras cuestiones pueden estar también en los celos femeninos; esta última, desde luego, no: y visualiza claramente la intención: que la chica renuncie a su poder sobre los chicos alcanzada desde el recurso a la **cosmética**.

No sé cómo decirlo. Con un escote así de grande no va a ir ni con una minifalda gigantesca. No sé, ¿sabes? Hay minifaldas y minifaldas y escotes y escotes. No va a ir ahí con un escote que le llegue... ni con una minifalda que se agache y también se vea... (G.D. 2. CHICOS)

Si va a salir con sus amigas o con sus amigos, pues sí... a veces te mosqueas, a veces se lo dices a veces no,... pero te mosquea porque sabes que los tíos la van a ver, la van a mirar, y la van a entrar... Porque va como va y la van a entrar (G.D. 4. CHICOS)

Yo conozco gente de que su novia por ejemplo se va a ir de fin de curso con su clase que van chicos y chicas y dice el novio que no, que la chica no va al fin de curso, que no, que no.(G.D. 6. CHICOS)

No es fácil para la chica adolescente efectuar este cambio. Encontrar espacios en que no haya chicos no es ya demasiado fácil; tiene sus amigas íntimas, es cierto, pero lo habitual es que éstas estén ya en un juego parecido al suyo de insertarse en pandillas masculinas.

- La alternativa puede ser perfectamente **no salir**, excepto en las circunstancias en que su chico esté presente; como el chico suele preferir salir con su propia pandilla, la chica terminaría encerrada precisamente en el círculo en que se producen las agresiones.
- No ir a fiestas no hace falta decir que es para la chica adolescente la peor circunstancia que se le pueda proponer. Casi supone la renuncia a la propia condición de adolescente, que implica e impone casi como un deber la diversión.
- Renunciar a la cosmética es todavía más difícil, porque ya en estas edades la chica ha interiorizado su cuidado cosmético como un elemento esencial de su seguridad emocional. Tiene que verse a sí misma guapa para poder salir simplemente a la calle. Con independencia de que ello pueda suponer un poder sobre los hombres, la cosmética ya está instalada en la chica definitivamente como **un poder sobre sí misma**, que le confiere cierta, pero esencial, estabilidad emocional.

Naturalmente que la chica se rebela frente a semejantes demandas. Se rebela, incluso, desde la certeza de que conllevan una cierta injusticia, porque ella tiene que renunciar a más cosas que el chico; y porque, también, suele observar por parte del chico una propensión acusada a no cumplir con su parte del pacto. No obstante, ella piensa que **en la relación íntima de pareja**, cuando están ellos dos solos, tiene cierto poder para negociar y, por tanto, para establecer soluciones de compromiso entre sus celos y los celos del chico.

Pero en el escenario de la discusión en público, frente a la pandilla masculina, no hay posibilidad de negociación, porque las fuerzas están claramente desequilibradas. Las exigencias del chico se imponen con facilidad por las armas ya conocidas de la agresión de

género, que son especialmente eficaces cuando se realizan, como se ha dicho, ante un auditorio masculino. Se recurre, su propio chico recurre, con el aplauso del auditorio, a despreciar y ridiculizar en el primer nivel, al insulto de género en el segundo y a la bofetada educativa en el tercero.

Al parecer, el insulto “puta” se convierte en moneda de cambio habitual en estas pandillas, de modo que provocaría el escándalo de cualquier adulto, pero que las chicas **atrapadas** en ese mundo parecen soportar con extraordinario estoicismo y con una relativa naturalidad. E incluso cabría esperar que la propia bofetada se convirtiera también en natural.

A la chica sólo le quedan dos opciones en ese escenario: o cambiar radicalmente y unilateralmente su comportamiento para preservar a su chico o romper directamente con él. No hay más opciones porque no hay posibilidad de negociación cuando las fuerzas de una y otra parte son tan desiguales. Y la decisión es difícil **porque la chica quiere al chico**. Para romper tendría que renunciar a sus sentimientos, y esta es una renuncia que ya a la chica de estas edades ya le empieza a costar un mundo realizar.

Como en el maltrato adulto, podemos identificar factores circunstanciales que dificultan la ruptura. Ya apuntamos anteriormente esos posibles factores circunstanciales: la seguridad, la identidad social y la identidad de género. Pero siempre queda la sensación de que hay **algo más** que impide la ruptura en unas condiciones de agresión de género sistemática. Los factores circunstanciales explican que no se produzca la ruptura mientras las agresiones de género se mantengan en unos niveles relativos; lo que es más difícil de explicar por qué no se produce cuando esas agresiones de género han llegado a límites en las cuales cualquiera, incluso los propios chicos, no podría ver sino violencia. Y las chicas lo interpretan así, simplemente le quiere y no está dispuesta a renunciar a él. Lo interpretan así y, lo que es todavía más sorprendente, lo comprenden, comprenden **que a cualquier chica le pueda llegar a pasar eso**.

Sería interesante de cara a la prevención que se dejara de llamar amor a ese sentimiento femenino; se podrían proponer otros términos, menos ideales para referirse a él, como por ejemplo, el que suelen proponer las chicas: “obsesión”.

La obsesión femenina por el chico agresivo para con ella, que es el indicador más claro de violencia contra la mujer en la pareja, es posible ya que se dé en estas edades; no faltan en el discurso ejemplos de chicas efectivamente atrapadas en situaciones de este tipo. Lo peculiar de este maltrato de pareja es que se produce en el escenario de la pandilla masculina y que, además, requiere de su presencia como agente coadyuvante del maltrato.

Todos los indicadores apuntan a que, aunque la agresión de género sea generalizable a todas las pandillas masculinas y, por tanto, a todas las relaciones de pareja inscritas en ellas, hay ciertas pandillas más proclives a que se instalen en su seno agresiones de género de mayor intensidad o de superior nivel; es más posible, por tanto, que se den en ellas relaciones de pareja claramente (o, más bien, inusualmente) violentas. No referimos a aquellas pandillas cuyo comportamiento es más fuertemente subversivo en relación a las normas adultas; es decir, pandillas cuyo modo de plantear el ocio deriva más claramente hacia conductas sociales y personales de riesgo. No obtenemos una explicación más plausible a este hecho que el de

suponer que la agresión de género se está insensiblemente incorporando como un elemento añadido a esa conducta subversiva típica. Como dirían las chicas, la agresión de género se está empezando a poner **de moda** en determinados ambientes. Ser guay cada vez está más vinculado a ser agresivo con las chicas.

El hecho de que semejantes pandillas y los miembros de ellas constituyan polos de atracción genéricos para las chicas en estas edades, obliga a que se los considere agentes de riesgo potencial para la generalidad de las chicas, tanto para la agresión de género como para la VPM.

5.5. La entrada en la juventud. La constitución de la pareja.

Todos estos movimientos se producen en un escenario en que las rupturas de las relaciones de pareja se producen con relativa facilidad. Las parejas duran poco, por múltiples razones:

- En las parejas adolescentes **se discute mucho**. Y la materia de la discusión, como se ha dicho, son los celos; unos celos que imponen por ambas partes una **pérdida de libertad**.
- La pareja es necesaria para ambos, pero también son necesarias otras cosas. La pareja es una realidad constrictiva, agobiante, en la medida en que los celos del otro o de la otra restringen seriamente la posibilidad de disfrute propia.
- El juego **de ambos** consiste en no dejar jugar al otro, manteniendo intactas las propias posibilidades de seguir jugando. La infidelidad **real**, necesariamente debe ser –y se constata que es– la causa más frecuente de ruptura, tanto en chicos como en chicas.

Ya hemos visto como juegan los chicos a ese juego. Juegan con ventaja, porque su arma es la agresión de género. Y hemos visto varias de sus modalidades; nos gustaría identificar una más: la agresión al chico que se acerca a la novia. Este tipo de agresión, ciertamente, parecería que no va con la chica; pero no es difícil darse cuenta de que es la chica la auténtica destinataria. La chica se siente con facilidad **culpable** de la agresión que ha sufrido ese chico por parte de su novio. Disculpa **a su chico**, porque lo ha hecho porque siente celos, porque la quiere, pero se sentirá dañada por el resultado y procurará ajustar su comportamiento para que no sea posible que se vuelva a dar esa circunstancia tan traumática para ella.

Este tipo de agresión se suele producir también **en público**, lo cual acrecienta extraordinariamente la **vergüenza** de la chica. No es sólo la culpa lo que le produce daño: es el significado público del acto en lo que a ella se refiere lo que genera esta intensa sensación de vergüenza. La chica ha sido puesta en evidencia frente a todos por parte de su chico, puesto que le atribuye implícitamente la propensión a dejarse seducir por cualquier hombre. Desde luego, no demuestra confiar en ella en modo alguno, porque si no no hubiera tenido una reacción tan desproporcionada.

- La chica hubiera preferido que la agresividad del chico se hubiera dirigido directamente hacia ella, y **en privado**. No hubiera sentido vergüenza, pero también hubiera tenido la oportunidad de intentar convencer a su pareja de que no le interesaba en absoluto ese

chico. En privado tiene oportunidad de demostrar su inocencia, en público no; en público es declarada culpable **por anticipado**. Da igual cuales hayan sido sus intenciones: es culpable por ser mujer, por el mero hecho de tener la posibilidad de atraer a los hombres y, por tanto, de poder cuestionar de hecho la virilidad de su pareja.

No debemos suponer que la chica sea incapaz de ser infiel. De hecho, nos resultaría muy difícil entender el juego sin esa premisa de suponer que la chica **se reserva** normalmente esa posibilidad, la posibilidad de seguir jugando y, por tanto, de poder encontrar otra pareja mejor. Lo que tiene claro –y que no tienen tan claro, desde luego, los chicos- es que **la pareja es incompatible con la infidelidad**. Si constata que su chico le es infiel, va a romper indefectiblemente con él; si ella es infiel, posiblemente también va a romper indefectiblemente con él. **El rollo ya no le interesa**; lo cual no quiere decir que no se sienta puntualmente tentada por él.

- Podríamos intuir, en esa renuncia al rollo, una **claudicación** por parte de la chica. Y de hecho lo es, porque la chica que acepta rollos se marca públicamente, y termina siendo vilipendiada tanto por los chicos como por las chicas. La agresión de género, una agresión de género brutal en su intensidad, no le deja otro espacio donde jugar y donde expresar su sexualidad que la pareja.
- La pareja es, en cualquier caso, un espacio en que ella puede o, al menos, piensa que puede dominar. Es ella quien elige emparejarse o no emparejarse, y con quién. Es ella, por tanto, quien impone las condiciones en que debe desarrollarse la relación de pareja. Tiene en su mano la aceptación de la aproximación sexual; también es ella en ese escenario la que puede decir “sí” o puede decir “no”. Finalmente, se reserva la potestad de romper, si la relación no le interesa o si encuentra la posibilidad de una relación mejor.

La opción por la pareja es posible porque los chicos quieren fidelidad. Y la pareja adolescente se establece como un pacto de fidelidad **provisional**. Provisional porque ningún adolescente proyecta sobre la pareja la posibilidad de que sea “para toda la vida”; y, desde luego, tampoco para demasiado tiempo. Es más bien un **ensayo de pareja** que, en cualquier caso, exige de la fidelidad momentánea para efectuarse.

El contrato de pareja es una **condición femenina**. Y los chicos lo tienen bastante claro: si se quieren tener relaciones con esa chica y si se quiere que ésta se mantenga fiel, habrá que suscribir ese pacto, que implica para el chico la renuncia de las relaciones sexuales esporádicas mientras esté vigente.

Como sucedía con la chica, el chico se reserva la posibilidad de seguir jugando. Raro será el chico de estas edades que efectivamente renuncie a continuar en el juego de la seducción por la razón de estar emparejado. Si la oportunidad de un rollo aparece, ésta se va a aprovechar indefectiblemente. Y se va a aprovechar, cabría decir, incluso en contra de la propia voluntad: el deseo masculino se resiste a perder el carácter urgente, inmediato, indiferenciado, impersonal, unilateral, etc. que lo ha venido caracterizando secularmente.

Sea como sea, su eventual infidelidad se coloca **al margen de su afectividad**. Al contrario que lo que le sucedía a la chica, **su propia** infidelidad no va a implicar necesariamente por su parte

el cuestionamiento de su relación. Si la chica se entera, está claro, la relación se va a acabar; pero será ésta la que tomará la decisión. Las chicas son las que rompen con más frecuencia las parejas en el mundo adolescente²³; sea porque descubren la infidelidad del chico, sea porque ellas mismas han decidido ser infieles.

Las chicas de estas edades suelen denominar a sus parejas como “rollos”. Sorprende, ciertamente, que la chica que, como hemos visto, no quiere rollos termine por utilizar ese término para referirse a sus relaciones afectivas. Realmente no es el mismo rollo el que supuestamente quieren los chicos y el que ellas desean. Ellas desean otro tipo de rollo que implica la pareja y un contrato **provisional**, como dijimos, de fidelidad mutua. Denominaremos a partir de ahora como “pareja-rollo” a este tipo de pareja frecuente en el tránsito de la adolescencia a la juventud, que desean las chicas como escenario para sus relaciones afectivas.

En la pareja-rollo la fidelidad está planteada formalmente como límite a la pareja: si se demuestra la infidelidad, la pareja se rompe. No obstante, la infidelidad se presupone: la chica presupone que el chico, tarde o temprano, le va a ser infiel y ella misma se reserva la posibilidad de serlo, aunque decida ser momentáneamente fiel. Lo que soporta la pareja no es, como consecuencia, tanto el pacto de fidelidad en sí, como la voluntad momentánea de mantenerlo. La pareja dura lo que dura, lo que dura **el encanto** transitorio del enamoramiento, que es lo único que puede garantizar realmente la fidelidad.

La pareja-rollo implica **la libertad** de ambos miembros. Ambos pueden y deben tener una vida independiente **al margen de la pareja**. La chica puede preservar sus amigas y sus amigos; y el chico también puede preservar sus amigas y sus amigos. Lo que realmente importa es lo que sucede en el interior de la pareja, que necesita de tiempo e intimidad para realizarse. La pareja surge como un sujeto colectivo independiente de otros sujetos colectivos como la pandilla adolescente.

La felicidad del uno y del otro. O sea, si tú quieres a esa persona eehh... la felicidad es lo más importante. Y la libertad. O sea, la libertad de esa persona y de la otra persona. Si tú eres feliz y quieres a esa persona, o sea, tú, es que estás contento ¿sabes? No... no... no sé. Tú también eres feliz. Y sobre todo la confianza que hace un montón. O sea, si no tienes confianza es que no llegas a ningún lado. (G.D. 4. CHICAS)

Además yo pienso que... no puedes estar atado a una persona. Ya no sé trata de que la quieras o no, o de que la trates mal o no, sino que es que, con 17 años, qué vas a querer estar todo el rato con una persona, ¿sabes? Todo el rato, están todos los días a todas horas juntos, ¿sabes? A esta edad lo que queremos es pasárnoslo bien entre nosotras, ir a sitios juntos las chicas, ¿sabes? (...) pero pasar un rato las chicas, no estar todo el rato con tu novio, que encima te trata mal, ¿sabes? (...), estar, eso, como dices tú, condicionado a alguien.(G.D. 5. CHICAS)

²³ Se trata de una hipótesis del analista surgida del material de las discusiones grupales. Está claro que la metodología cualitativa es inadecuada para confirmar este tipo de hipótesis.

Debemos suponer que la chica ha renunciado ya a integrarse en la pandilla masculina mediante el vínculo de pareja. Este movimiento táctico femenino está bastante claro en varios de los grupos. Ya no interesa emparejarse con los malotes o con los guays; son muchas las chicas que han salido escaldadas de su inmersión en esos espacios masculinos. Escaldadas porque han tenido que sufrir múltiples y reiteradas agresiones de género, de las que se ha dado cuenta en el epígrafe anterior.

El giro táctico implica la posibilidad de emparejarse **con chicos “normales”**; aquellos que en otros tiempos resultaban profundamente indiferentes, porque carecían de valor social a transmitir. Estos chicos normales adquieren ahora un valor inédito: el de pensar por sí mismos, el de tener **personalidad**. Está claro lo que se quiere decir con esto: piensan al margen de la pandilla masculina. Y en ese pensar al margen se intuye la posibilidad de establecer una relación de pareja **al menos igualitaria**. Mientras la pandilla esté por detrás del chico, dirigiendo sus movimientos, no hay posibilidad de compensar el poder masculino y de poder vivir una experiencia libre de agresiones de género. En semejante movimiento es de suponer que la chica también ha decidido no compartir demasiado tiempo con la pandilla del chico.

Hombre, si a lo mejor no puede salir una tarde y te tienes que quedar con ella por lo que sea pues dice, joder, ahora me tengo que quedar yo aquí (G.D. 2. CHICOS)

Es más difícil que se lleve bien con mis amigos (G.D. 2. CHICOS)

O sea, ni friqui ni guay.

Que te buscas una persona normal, básicamente.

Claro.

Sí. Y ya está.

Que no sé deje llevar por los demás, que tenga su propia forma de ser. (G.T. 2. CHICAS)

Una de las exigencias dominantes de la chica al chico en este nuevo escenario es la de disponer de un **tiempo significativo de intimidad**. Se trata de una demanda más femenina que masculina, puesto que los chicos tienen claro que si quieren conservar a su chica deben de plegarse a ese deseo, a pesar de que todavía confiesan que se divierten más con sus amigos. El tributo masculino a la pareja se juega precisamente en esa concesión de tiempo a su chica, en esa concesión **a su deseo**.

No, yo si quedo con mi novia pues quedo con mi novia. Y si otro día quedo con mis amigos me voy con mis amigos, pero nunca voy con mi novia y mis amigos a la vez (G.D. 2. CHICOS)

Yo creo que hay tiempo para todo, para ir con la novia y salir con los colegas. (G.D. 3. CHICOS)

Porque a veces quiere estar todo el día contigo y no puedes ir con tus amigos por ahí. (G.D. 3. CHICOS)

--Que a lo mejor estás un parque, y estáis sentados en un banco abrazándote y te encuentras a tus amigos jugando al fútbol y se cabrea porque te marchas. Pues no. (G.D. 2. CHICOS)

--Estar todo el día con ella pues también. Si estás con ella a todas horas pues...

--Te acabas cansando. (G.D. 2. CHICOS)

--O que se queja porque estás más con los amigos, o yo qué sé.

--Porque te suelen decir: Que pasas más tiempo con tus colegas que conmigo, que si no sé qué.

--Cosas tontas. Si es que se enfadan por cosas tontas (G.D. 5. CHICOS)

. Yo creo que la pareja tiene que estar casi siempre sola, no con la gente. Que vivan sus necesidades de pareja y estén juntos casi todos los días (E.A. 10.CHICOS)

Lo ideal es que ese tiempo de intimidad sea, en la adolescencia, limitado, que haya un tiempo también para otras cosas, que la pareja no suponga la ruptura absoluta de las relaciones previas. En este escenario aparece, en cualquier caso, una posibilidad inédita en etapas anteriores: **que la chica pase a dominar al chico**. Cabe también, como es obvio, lo contrario, que el chico domine a la chica; es, en cualquier caso, clave para nuestro objeto el determinar por qué se produce la posibilidad de un dominio femenino en la pareja.

Ese chico es que...

[Es un poco raro.]

Es como un poco calzonazos.

[Sí, le domina mucho.]

Ella le dice: "Vamos aquí, vamos acá, haz esto" (G.T. 4. CHICAS)

- En las descripciones, la chica que domina al chico suele ser **extraordinariamente celosa**. De hecho, sus celos se asemejan en mucho al patrón masculino analizado, e implican la necesidad prevenir anticipadamente el riesgo de infidelidad. Unos celos obsesivos que martirizan a su pareja y le obligan a reducir al máximo su espacio de libertad y, por tanto, sus relaciones.

Yo conozco un amigo que su novia era así... que dejaba a la novia en casa y ella le seguía para ver donde iba... le esperaba en el portal de casa de sus padres a esperarle, hasta el punto que su madre de mi amigo le dijo que la pagaba un psicólogo por que ya era obsesión, porque la chica tenía que hacer lo que el hiciese, ir donde el fueses estar siempre con el... era un punto que... hay que pensárselo (G.D. 4. CHICOS)

- Este tipo de chica puede verse con facilidad tentada a realizar un tipo de conducta muy similar a la masculina identificada al inicio del epígrafe: la de pelearse en público con la

chica que se aproxima a su chico. Al parecer, este tipo de agresiones entre chicas por culpa del novio son cada vez más frecuentes en la adolescencia, e implican la emergencia de un tipo inédito de **agresividad femenina**, que merece especial atención.

- No es inusual, al parecer, que la mujer agrede, incluso físicamente, al chico en ese tipo de relación. El coscorrón puede aparecer con facilidad cuando al chico se le desvía la mirada hacia una chica despampanante. Las agresiones verbales y los insultos pueden ser, en cualquier caso, habituales; y pueden ser también públicas, con el objeto de poner al chico en evidencia.

No sé, por cualquier tontería. Si yo, es que me llevo bien con ellos y tal.

Bueno, ahora, no ellos no, sino la gente ahora de lo que discute es: "Es que has mirado a otra chica que no soy yo". Y tonterías así.

Sí, celos.

O sea, celos y tal.

Básicamente son los celos.

Sí.

O él "Es que no me haces mucho caso. Es que estás todo el día con tus amigos y a mí no me haces caso..." (G.T. 2 CHICAS)

- La puesta en evidencia del chico, lo que genera en él vergüenza, es el **cuestionamiento público de su masculinidad**. El miedo a aparecer públicamente como un calzonazos, como alguien que se deja dominar por una mujer puede ser precisamente la razón de pliegue a sus deseos.
- **La simulación pública de infidelidad** es un comportamiento femenino a considerar. Conviene, en cualquier caso, que identifiquemos claramente el mecanismo de acción de comportamiento. No es tanto el miedo a perder a la chica lo que constriñe al chico, como la expectativa del cuestionamiento **público** de su virilidad.
- El objeto principal de la estrategia femenina, aparte de reducir el riesgo de infidelidad, es **ampliar al máximo el espacio de intimidad de pareja**. Esto no es algo que estaba presente en los celos masculinos, que eran perfectamente compatibles con la experiencia propia en la pandilla masculina. Realmente, lo que puede desear la chica es que el chico **reduzca su vinculación a la pandilla masculina**, en cuyo seno ella no puede ser más que un cero a la izquierda, puesto que es objetivamente incapaz de compensar las agresiones de género que se producen en ellas. Quiere que el chico sea sólo para ella, que no tenga otro tiempo libre que el que comparte con ella. En ese tiempo de intimidad ella se siente soberana.

El resultado de esta posibilidad de dominio femenino es un tipo de pareja peculiar. Frente a la pareja-rollo dominante, este tipo de pareja se percibe desde fuera como una **auténtica pareja**; atípica y en cierto sentido "problemática".

- Auténtica pareja porque realmente **no alternan con nadie**. Ellos van por libre y agotan su tiempo libre entre ellos. Incluso, se dice, pueden hacer proyectos para el futuro de vida en común.
- Atípica porque la norma es que las parejas duren poco. Estas parejas tienen una duración inusitada y operan casi como una pareja definitiva.

A ver, sí se llevan bien y tal, pero es que se... discuten por cualquier tontería. Ya llevan tanto tiempo que ya se aburren. Pero claro es que...

Ah, bueno la de Ali y la de Adri, esa sí.

Sí.

Y esos sí que son como pareja pareja.

[Sí.]

Esos sí que miran un futuro y todo. (G.T. 2. CHICAS)

- Problemática porque realmente estamos ante una **pareja anticipada**, incompatible con los anhelos comunes de la adolescencia. Son como adultos en pequeño, completamente aislados del mundo adolescente e incapaces de insertarse en su dinámica. Es como si **ambos** hubiesen renunciado a la etapa vital en que se encuentran.
- También es problemática porque hay dominio y agresiones. Y es el chico, precisamente, **la víctima** en este caso. Un chico **que parece tonto**²⁴ porque aparenta haber perdido por completo su voluntad en la relación: hace todo lo que la chica quiere que haga. Y ese juicio lo efectúan tanto los chicos como las chicas. Aunque las chicas vean en ello la realización de una aspiración secular femenina (superar el dominio masculino), no les gusta en nada el resultado. No les gustan los chicos dóciles, pero tampoco les gusta identificarse con ese estereotipo de **mujer castradora**. El problema, en cualquier caso, se advierte en la dirección de proponer como antítesis de la mujer castradora la mujer femenina, dócil y comprensiva. No puede ser que la alternativa a dominar sea la de ser dominada. Hay que romper con el escenario de la lucha de sexos; hay que proponer las relaciones en otro escenario consensuado entre chicos y chicas, libre de agresiones y coerciones mutuas.
- Los chicos, ciertamente, también advierten el riesgo de dejarse dominar por la mujer; riesgo que no es ya un riesgo hipotético, sino un riesgo real, puesto que tienen en su experiencia múltiples ejemplos de ello. Podemos suponer que ello reactiva la necesidad de **volver a poner a la chica en su sitio**. Pero el escenario ha cambiado, ahora es la pareja íntima el escenario en que se va a dirimir la batalla. Pero también hay que advertir un elemento añadido de extraordinaria importancia: la lucha va a ser necesariamente **más cruenta** que las anteriores, porque el oponente (la chica) tiene ya

²⁴ Como vimos, también parecía tonta la chica implicada en una relación de VPM.

armas poderosas que esgrimir. Ya no es tan fácil, en el espacio ganado por la chica de la intimidad, vencer con las armas groseras del insulto o la ridiculización. Las armas tienen que ser más sutiles, y también más agresivas o más dañinas.

- Sea como sea, en este escenario el chico también puede encontrar una fórmula para salir de ese juego perverso de dominar o ser dominado. La pareja-rollo es posiblemente la fórmula que intuitivamente han encontrado los adolescentes, chicos y chicas, para salir de ese círculo vicioso de agresiones mutuas. Una fórmula que implica **concesiones** por ambos bandos, pero que también les asegura a los dos espacios de libertad.

Antes de entrar directamente en la pareja de dominio masculino, quisiéramos pasar puntualmente por un tipo distinto de pareja que, al parecer, empieza a ser bastante habitual en el panorama adolescente, que sería **la pareja de agresión mutua**. En tales parejas se puede visualizar toda la artillería de agresiones mutuas, tanto masculinas como femeninas. La contienda, al parecer, está en un punto de equilibrio por ambas partes, de modo que, desde fuera, nadie puede decir a ciencia cierta quién es la víctima y quién es el agresor; ambos, chico y chica, son alternativamente víctimas y agresores.

Este tipo de pareja pudiera considerarse excepcional, pero en realidad cualquier pareja “normal” adolescente tiene algo de lucha intestina entre sexos de esta naturaleza, en que los dos juegan al juego de dominar al otro sexo y no dejarse dominar por él. Lo previsible es que estas parejas rompan prematuramente por imposibilidad de soportar la tensión que se produce; y eso es, como se dijo, lo habitual en la pauta de emparejamiento adolescente. La representación consciente de la razón de esas rupturas suele colocarse en la idea de una **incompatibilidad de caracteres**. Pero, realmente, es algo más que las diferencias de carácter lo que produce la ruptura; es las más de las veces la imposibilidad mutua de vencer en la lucha de poder lo que produce la incompatibilidad. La “ideal” compatibilidad de caracteres implicaría, por tanto, que uno domine sobre el otro, que haya un vencedor y un vencido en la contienda.

Sería muy interesante que los adolescentes aprendieran a discriminar que el carácter, o el modo de ser, y la agresión en razón del sexo, que es una conducta aprendida e intencional y, por tanto, modificable. Interpretar las agresiones como agresiones y no como comportamientos automáticos relacionados con las formas de ser es un buen comienzo para intentar salir del círculo vicioso de la lucha de sexos. Si el comportamiento agresivo es intencional, ello significa que **el uno quiere algo del otro** y que eso que quiere pretende imponerlo **coactivamente**. Todo deseo es legítimo, siempre y cuando no se imponga mediante la coacción. Si los deseos del uno y los de la otra entran en conflicto, lo natural, si se quiere mantener la pareja, es **negociar**. La compatibilidad de la pareja debe ser resultado de una negociación, y no de imponer unilateralmente unas condiciones.

La posibilidad de negociación es más fácil cuando las fuerzas del uno y las de la otra están de algún modo equilibradas. Este tipo de parejas de agresión mutua nos sugieren que la chica actual no es, o no es en todos los casos, una **víctima propiciatoria** de la agresión masculina. Estamos ante chicas que no sólo se defienden, sino que también **contraatacan**. Y lo hacen con estrategias tradicionalmente femeninas, pero también con nuevas formas de agresividad

típicamente masculinas. Quizá esta coyuntura de aparente equilibrio de fuerzas favorezca que se tome con más facilidad el camino de la negociación que el de la imposición.

Aunque estas parejas de agresión mutua nos parezcan en algún punto equilibradas, hay que aceptar que se trata de parejas **de riesgo**. No es posible que una relación afectiva sustentada en la agresión mutua no tenga un coste psicológico importante para ambos. El objeto de la agresión de género es el daño, y ese daño debe de estar presente aunque se compense con una **venganza** que provocará un daño similar en el otro. Es de suponer, en cualquier caso, que la intensidad de las agresiones irá subiendo de tono, incrementándose, por tanto, el daño mutuo. Y mucho nos tememos que al final, el chico tendrá las de ganar, porque tiene siempre la posibilidad de utilizar **la fuerza física** para vencer finalmente en la contienda y poner definitiva o transitoriamente a la chica en su sitio. No creemos que el riesgo de que estas parejas, aparentemente igualitarias, degeneren finalmente en VPM sea precisamente pequeño.

Yo tengo, te puedo asegurar que yo tengo muy mala hostia, y yo podía haberle llevado por el camino que hubiera querido. Pero a esa gente no se la puede llevar... (G.D. 3. CHICAS)

Es que con un metro y medio que mido y 42 kilos, ¿qué hago? (...) y si me quiere dar una hostia me la va a dar. Y siempre me va a hacer más daño porque tiene siempre más fuerza que yo (G.D. 3. CHICAS)

La posibilidad de utilización de la fuerza física para poner a la chica en su sitio sigue desequilibrando la balanza hacia el lado del chico. Hace falta que este último **renuncie** a esa posibilidad para que se dé realmente un equilibrio de fuerzas en la pareja. ¿Se da esa renuncia realmente en los chicos adolescentes?

Si atendemos al discurso de los chicos parecería que sí: prácticamente ninguno de los chicos consultados reconoce o justifica la posibilidad de la agresión física a una mujer. Parecería como si tuviéramos unos adolescentes vacunados contra esa posibilidad. Se sabe que hay chicos que pegan a sus chicas, pero parecen ser una minoría marginal.

El discurso de las chicas nos ofrece, sin embargo, otra perspectiva. Aparecen, ciertamente, más casos relatados en que la violencia física aparece en el interior de la pareja. Siguen siendo, de todas formas, casos excepcionales, aunque ciertamente menos excepcionales que en el discurso de los chicos. Ya hemos dado cuenta en el capítulo 3 de toda esta experiencia. Lo que no es en modo alguno excepcional es que la chica **sienta miedo** de lo que pueda hacer su chico en determinadas circunstancias. Y ello nos lleva a suponer que, si bien la agresión física masculina no es habitual en la pareja, sí que lo es **la intimidación** asociada a una posible agresión física.

No, porque las chicas se cansan de uno. Y entonces un día le dices vamos a la discoteca. Y ella: no, yo no quiero ir. Y entonces le dices te voy a dar una hostia, no sé qué. Y preguntas ¿dónde estabas? Y así todo el rato, todo el rato, pues las chicas se cansan de eso y así tienen problemas con los chicos.(E.A. 10. CHICOS)

Pero también hay violencia..., pero es que la gente piensa en violencia y piensa en pegarse. Pero también hay violencia verbal que a la gente puede

*dejarte muy mal, que puede hacerte mucho más daño una palabra que una hostia en la cara. **Y eso la gente no lo piensa, y también es violencia. Que te está haciendo sentirte mal, y te está intimidando.** (G.T. 5. CHICAS)*

A mí me ha pasado, pero no me ha pegado. Se pone histérico y te hace así y tal, pero nunca me ha llegado a pegar. Pero no me deja ni tener amigos... chicos nada, pero nada de nada de nada. Tú lo sabes. (G.D. 3. CHICAS)

De hecho, como se ha dicho varias veces, toda agresión de género, sea física o psicológica, es una intimidación. Tiene como objeto no sólo castigar un comportamiento, sino también y fundamentalmente prevenir su posible repetición en un futuro. En el caso de la agresión física, sin embargo, basta con escenificar **descontrol** para producir en la chica la sensación de que puede llegar a pegarla; si no en ese momento, sí en otros en que se pueda dar un desencadenante parecido. Dar un puñetazo en la mesa, una patada a una silla, ponerse como un loco, cerrar la puerta violentamente, etc., son indicadores claros de una agresión voluntariamente desplazada de su auténtico destinatario.

A mí lo de que te voy a dar dos hostias y no sé qué, hasta delante de sus padres, “a que te doy dos hostias y no sé qué” Y sus padres no han dicho nada. (G.D. 3. CHICAS)

Y eso de que cuando se enfaden den puñetazos a las cosas para no darte a ti...

Pero eso es en todos los hombres, tía (G.T. 5. CHICAS)

... porque tú estás pensando, estás discutiendo con él y tú estás pensando: él si está dando el puñetazo es por no darte a ti. Entonces, dices: un día se le va a escapar y me va a dar (G.T. 6. CHICAS)

Y naturalmente que la chica advierte que pudo haber sido ella la destinataria directa de esa agresión desplazada. Pero lo advierte de una forma, digamos, confusa o poco clara. Desde luego, no la ha pegado; no ha traspasado un límite que ella posiblemente no aceptaría que traspasase: ante todo no se puede permitir que tu pareja te pegue. Esto lo tienen claro todas las chicas: si te pegan hay que romper con la relación, porque ya estaríamos en una situación de VPM.

La agresión aparece oculta como tal agresión, e incluso como tentativa de agresión, lo cual no quiere decir que no funcione como tal en un nivel no demasiado consciente para la chica. Desde luego, va a hacer todo lo que esté en su mano para que esa situación desagradable no se vuelva a producir: y ello supone objetivamente un comportamiento condicionado coercitivamente por la violencia física.

*Hombre, obligar, no te puede obligar, pero... a lo mejor, sí que no quiere que lo hagas y te dice: “No lo hagas”. Otra cosa es que tú lo hagas o lo dejes de hacer. **A lo mejor, para estar bien con él o... y tal pues no lo haces ¿sabes?** porque tampoco tienes necesidad de ir a lo mejor a ese sitio pero. (G.D. 1. CHICAS)*

Lo habitual es que este tipo de comportamientos intimidatorios masculinos en la pareja sean **disculpados** por la chica: cualquiera puede tener un mal día, cualquiera puede salirse de sus casillas; los hombres son así; y mi chico en especial tiene un carácter un poco fuerte; tuvo un mal día y lo pagó conmigo; en el fondo fui yo quien le provoqué; etc. Los disculpa y, cabría decir, que también **los comprende** y los interpreta en clave de afectividad hacia ella: se comporta de esa manera porque me quiere.

Pero también puede ser un calentón o algo que le dé a esa persona y no sea consciente en ese momento y lo haga. Y luego ya recapacite y diga: pues he hecho esto mal. Porque uno cuando está enfadado no es consciente de... (G.D. 2. CHICAS)

A lo mejor también la mujer le machaca, a lo mejor es la mujer (...) que a lo mejor un día le llega a agobiar tanto que no puede más y salta. La mujer le provoca, aunque eso no le excusa, pero... entonces llega un punto en que no sabe lo que hacer y le mete una hostia. Pero luego, cuando ya piensa bien las cosas se arrepiente de lo que ha hecho (G.D.2. CHICAS)

Pues una discusión, a lo mejor todo empieza por una tontería pero empezas a sacar cosas de una cosa de otra. A lo mejor cosas que te sientan muy mal y te callas y la otra persona hace exactamente lo mismo y en un arrebato lo sueltas todo porque ya no puedes más y él se pone muy violento y... y pues te suelta una torta, no sé. (G.D. 1. CHICAS)

Yo también soy muy orgullosa, pero joé, también tengo conciencia y digo, joder, le hecho esto, me he pasado, es normal que esté cabreado conmigo. (G.D. 3. CHICAS)

Pues a lo mejor, sabiendo que, salía quemado del trabajo, a lo mejor llamaba yo, por decirle cualquier cosa, le calentaba más y ya todo era para mí. O a lo mejor se mosqueaba con su padre y todavía me caía a mí. Y como encima le contestaras un poquito mal, o le dijeras: no, a ver, es que en esto lleva razón tu padre, o en esto lleva razón (...) bueno, ya... ya te puedes meter bajo tierra... (G.D. 3. CHICAS)

Yo no pienso así, es que es de los nervios lo saca. Porque hay gente así, que es muy nerviosa.(G.D. 3. CHICAS)

Y más que todos los hombres, que no se controlan el nervio. (G.T. 6. CHICAS)

Nuevamente son **los celos** el desencadenante habitual de las situaciones en que el chico pierde los papeles. Cuando la chica dice "mi chico es muy celoso" se están diciendo dos cosas. Se está aludiendo al fastidio que provoca una actitud que indudablemente la agobia, porque constriñe permanentemente su comportamiento, pero también se está aludiendo a la intensidad del sentimiento que el chico tiene hacia ella. Esta combinación entre agresividad y amor es absolutamente **letal** para la chica, está completamente desarmada frente a ella. Como ella también es celosa, como también se enfada cuando otra chica se acerca a su chico, comprende su reacción y la disculpa.

Sí, que alguien es celoso y la discusión se empieza a salir un poco de... pues de lo que sería una discusión normal. Empiezas a gritar más de lo

normal, te calientas, pues a lo mejor pues terminas soltando una hostia a quien no se la quieres soltar ¿sabes?, pero vamos que yo creo que es por eso. (G.D. 1. CHICAS)

*No sé, a lo mejor un poco de **coacción**, normalmente por parte del chico a la chica, porque normalmente quieren llegar más allá en la relación. Y la chica normalmente no quiere. Entonces, un poco de coacción. O no seas niña, o algo así. Esa clase de insultos, pero hasta pegar no creo. (G.D. 2 CHICAS)*

No es tan fácil advertir para la chica la diferencia entre sus celos y los del chico. Ya hemos visto que estamos ante chicas valientes y decididas, que no se comen sus celos y que reaccionan incluso agresivamente cuando el chico parece olvidar su parte del trato. Pero este conato de agresión física del que hablamos la chica **no lo puede realizar**; y no porque no desee realizarlo, sino porque resulta ridículo pensar que la chica puede condicionar el comportamiento del chico por miedo a la agresión física. Aquí la chica se ha quedado sin armas para compensar el comportamiento del chico; el aparente equilibrio de poder en la pareja se ha roto. Ahora está perfectamente claro **quién es el que manda** en la relación.

***Es que son tonterías. Que no has llegado a tu hora, cuando hemos quedado a tu hora y no has venido, ¿sabes? Que no te puedo decir aquí que sean cosas aquí de... Porque son tonterías, que es que luego dices, es que mira, encima discutimos y armamos las que armamos por tonterías. Porque luego me dices que es una cosa seria** (G.T. 6. CHICAS)*

Claro, y no necesitamos un padre. Necesitamos una pareja. Y yo se las cosas que están bien y las que están mal. No necesito a alguien que me diga, oye, no hagas no sé qué, no te vayas no sé donde, no te vistas así. No, yo hago lo que (...) (G.T. 6. CHICAS)

A partir de aquí la chica va a condicionar su comportamiento **por miedo a la reacción que el chico pueda tener**. Hay muchas chicas en la investigación que están en esa situación y que, sin embargo, no tienen conciencia de que están siendo violentadas, de que su voluntad ha sido enajenada. Como el chico nunca le ha pegado, no se sienten en riesgo de sufrir VPM. Objetivamente están, sin embargo, inmersas en una relación violenta. Siempre que se tenga miedo al chico habrá una relación violenta donde la chica ocupará el lugar de víctima.

El indicador del riesgo de la VPM es el miedo, no la bofetada. Cuando la bofetada aparece, posiblemente el miedo haya hecho ya su trabajo previamente, anulando la voluntad de la chica, de modo que ya sea incapaz de reaccionar frente a ella. El trabajo por excelencia de la prevención en esta etapa consiste en evidenciar el miedo, el tipo de agresiones de género masculinas que lo producen, y el efecto en la chica de pérdida de voluntad propia. Las chicas tienen que aprender a identificar cuándo sienten miedo, y los chicos deben también aprender a ser conscientes de cuándo lo producen. Y hay que aceptar que estamos ante un tipo de conducta frente al cual los adolescentes actuales **no tienen apenas defensas**. Todas las defensas están puestas a partir de la eventualidad de la agresión física explícita; antes parecería como si no hubiera ninguna razón para preocuparse.

Cuando el miedo aparece en la relación se inicia un camino irreversible en que la chica irá progresivamente claudicando y el chico imponiendo su voluntad **en todas las esferas de la**

relación. Se empieza por los celos, pero se acaba indefectiblemente en la **servidumbre femenina**, precisamente en ese espacio, el de la intimidad, en el cual la chica pretendía dominar o, en cualquier caso, equilibrar su relación con los hombres. Y esto puede suceder perfectamente sin que haya agresión física. La agresión física aparecerá en un siguiente escalón, como último recurso, si no se ha conseguido esa **docilidad femenina**, que es realmente el objeto de la agresión de género masculina.

Nos queda, para finalizar el análisis, ensayar una tentativa de explicación de por qué la chica deviene **atrapada afectivamente** en este tipo de relaciones violentas. Ya hemos visto que las chicas no encuentran otra explicación de que **la chica quiere al chico**. Hay que profundizar en lo que se quiere decir con eso.

- La chica quiere al chico cuando el chico **le demuestra que la quiere**. Es de suponer, por tanto, que en esas parejas violentas hay demostración de afecto por parte del chico, por lo menos al principio. Conforme avanza la relación esa demostración de afecto va en disminución; y es verdad que en situaciones de VPM avanzadas ya no hay demostración de afecto sino sólo agresión: el miedo sustituye a la sensación de ser querida. Es el miedo lo único que impide que la relación se rompa.
- La demostración de afecto por parte del chico es, por tanto, lo que inicialmente atrapa a la chica en una relación, violenta o no violenta. Pero también lo que hace que la chica no perciba violencia cuando ésta se produce. La chica disculpa la violencia del chico porque le quiere; la percibe, pero la disculpa. O bien, cabría decir que la incorpora también como un signo de afecto: *quien bien te quiere te hará llorar*. Ya hemos visto como los celos se convierten en la mejor expresión de afecto para la chica, en la mejor constatación de que el chico la quiere. Si esos celos se ejercen con violencia, es muy difícil para la chica separar lo que es violencia de lo que es afecto. La violencia es afectiva para la chica, es una demostración de que el chico la quiere mucho, de que la quiere hasta el punto de ser violento, de perder los papeles, de volverse loco por ella.

Es que me perseguía, en el sentido de que no quería que yo le dejase. Que él venía a mi portal a buscarme, me llamaba mil veces al móvil. ¿Sabes?, que hay que reconocer que él se ha gastado mucho en mí, pero mucho, más que yo a él. Eso sí que hay que reconocerlo. (G.D. 3. CHICAS)

Pues a mí sí, un poquito. Vamos, no se... yo poco, que me gusta que el chico sea celoso, porque así demuestra que me quiere. Bueno, sí, porque así demuestra que me quiere y que hace todo por mí (G.T. 3. CHICAS)

Para resolver la ecuación es obligado preguntarse por el afecto femenino. Es un afecto que exige, para cobrar conciencia de sí, **que un chico esté loco por ella**. Cabría decir que su deseo –incluso su deseo sexual– se activa desde la locura del chico o, más bien, desde la demostración por parte del chico de su locura. ¿Pero qué clase de deseo es aquél que exige de la demostración del deseo del otro para identificarse? Es un deseo **alienado** en el otro.

Entendemos ya mejor los celos de los chicos. En efecto, ¿cómo saber con certeza que mi chica me quiere sólo a mí, si ella misma no es capaz de reconocer su deseo fuera de la demostración masculina de afecto? Cualquier chico que demuestre su afecto mejor que yo se

la llevará indefectiblemente. La única posibilidad de garantizar su afecto hacia mí deriva de conseguir **aislarla** del resto de chicos.

Los celos femeninos también expresan la imposibilidad de garantizar el afecto masculino. Como el deseo masculino está reificado en el cuerpo femenino, cualquier cuerpo femenino mejor que el propio que se le ofrezca se llevará indefectiblemente su afecto. La única posibilidad de garantizar el afecto del chico deriva de la posibilidad de **aislarlo** del resto de chicas.

Pues bien, ambos han conseguido ya en la pareja íntima lo que querían: garantizar precariamente el deseo del otro. Ambos adolescentes han roto con su mundo de relaciones, han empobrecido sus vidas en una intimidad que tiene que resultarles agobiante, porque no tienen nada desde la cual construirla; y lo han hecho por buscar una quimera: **la de tener la certeza del deseo del otro para experimentar el propio deseo**. Un deseo, por tanto, que exige violentar al otro; y cuando se trata de violentar hay que admitir que, *a priori*, los chicos tienen las de ganar.

El deseo de la chica está alienado, pero también lo está el deseo del chico. La pareja adolescente es un encuentro –o, más bien un desencuentro- de dos deseos alienados. Nos sigue gustando la propuesta terminológica de las chicas para nombrar ese deseo alienado: **obsesión**. Un querer obsesivo es un querer que impone al otro una conducta demostrativa de afecto exclusivo; sin esa conducta nunca se encontrarán seguros de su propio afecto. Las chicas, como se ha visto, quieren, aparte del aislamiento del resto de chicas, muestras reiteradas de afecto, regalos, disponibilidad, solicitud; y son obsesivas al respecto porque en su demanda está implícita la seguridad de que el otro es proclive a ser infiel.

¿Y qué quieren obsesivamente los chicos? A estas alturas debería de estar perfectamente claro: lo que quieren es **servidumbre femenina**. A parte de aislarse del resto de chicos, lo que el chico precisa de la chica para que le demuestre que le quiere es que ésta se preste a ser vehículo de satisfacción de sus deseos. Del deseo sexual, en primer lugar, y, posiblemente sea ésta prácticamente la única faceta de la servidumbre femenina relevante a estas edades; está claro, en cualquier caso, que los chicos, en el momento en que inicien una vida en común con sus chicas, empezarán a necesitar también de otro tipo de servidumbres para garantizar que les quieren. Lo que excluye la ideología (la igualdad) se impone por la vía de la expectativa de afecto y por el tipo de violencia que se impone para garantizar el deseo de la chica.

La chica necesita de un loco por ella y el chico necesita de una sierva permanentemente dispuesta. Alguien tiene que perder la cabeza y, por tanto, la voluntad en ese juego obsesivo que implica certificar el propio deseo forzando el comportamiento del otro. Sea quien sea al final la víctima (y es evidente que hay más probabilidades de que la víctima sea finalmente la chica), lo que está claro es que un juego de esta naturaleza **sólo pueden pararlo los dos**: basta con que uno quiera jugar para que el otro esté inevitablemente implicado en el juego. Es más, si alguien de los dos no quiere jugar, la probabilidad de que se convierta en víctima será entonces muy elevada.

O bien se deja para más tarde el juego de la pareja (y hay ya muchos adolescentes, chicos y chicas que se imponen esa vía de la independencia), o bien se decide jugar **con otras reglas**.

Y esas otras reglas, indudablemente, deberían de implicar la preservación de la libertad del otro y de la otra. El amor debería ser alguna vez otra cosa distinta que un **juego de poder** entre sexos.

6. CONCLUSIONES: LA INTERVENCIÓN PREVENTIVA EN LA ADOLESCENCIA.

6.1. Recapitulación: la prevención secundaria y terciaria.

Fundamentalmente en el capítulo cuarto se ha abordado la cuestión de la **prevención secundaria y terciaria** de la VPM en la adolescencia.

a) Al respecto de la **prevención secundaria** se propuso fundamentalmente aproximar la percepción de riesgo de la experiencia adulta a la experiencia adolescente y juvenil. Hacer notar a chicos y chicas que existe un **riesgo actual** de sufrir VPM y no sólo un riesgo futuro cuando sean mayores.

De semejante aproximación se derivarían los siguientes beneficios:

- Que las chicas aprendan a detectar precozmente cuándo pueden estar en riesgo de sufrir VPM.
- Que los chicos identifiquen y reconozcan situaciones de VPM en adolescentes, de modo que puedan identificarse como eventuales sujetos de riesgo de ejercer violencia y, sobre todo, para que puedan censurar y aislar públicamente a los agresores.

Este planteamiento obliga a un cambio de enfoque o a una adaptación del concepto de VPM a la experiencia adolescente y juvenil. Semejante adaptación del concepto implicaría:

- Dar más peso a la **violencia psicológica y sexual** que a la violencia física, al menos aquella que cursa con agresiones fuertes y que implica un riesgo para la vida.
- Identificar y analizar las distintas variantes de VPM adolescente. Fundamentalmente la investigación puso de manifiesto dos variantes: la VPM en pandilla y la VPM en la intimidad, la una más precoz que la otra.
- Reconocer y dramatizar los riesgos para la **salud integral** de la chica adolescente supone el verse inmersa en una relación de pareja de este tipo. El riesgo físico debe de

quedar en segundo término, frente a los riesgos emocionales, psíquicos, sociales y de interferencia en el desarrollo equilibrado personal.

Semejante intervención obliga a extraer ejemplos de su propia etapa vital. También implica considerar y analizar la propia experiencia personal de chicos y chicas al respecto.

No creemos que una intervención semejante tenga demasiado sentido antes de los 14 años. Se podría adelantar, de todas formas, en el caso de las chicas, dada su mayor madurez y su proclividad a emparejarse con chicos de superior edad.

b) **La prevención terciaria** -que no excluye, obviamente, la secundaria- se impone en el momento en que se identifican situaciones de VPM concretas en el mundo adolescente.

Debe quedar claro que los actuales recursos para la prevención terciaria en casos de VPM adolescente son inadecuados, porque están concebidos para la VPM adulta. Es obligado, por tanto, que se arbitren **recursos o fórmulas de actuación específicos** para estas etapas.

Y debe considerarse como clave al respecto el fortalecimiento de la intervención actual y posible del **grupo de amigas íntimas** de la chica objeto de violencia. Como resultado de la intervención, el grupo de amigas debería de aprender cómo actuar, qué estrategias seguir y a qué recursos derivar.

En relación a los recursos es relevante su adecuación a la edad:

- Antes de los 15 años (aprox.) el recurso privilegiado debería ser **los propios padres**. Habría que sugerirle al grupo de amigas íntimas que se pusiera en contacto, bien directamente con los padres, bien indirectamente, por medio de los profesores, si la chica no acepta decírselo directamente a los primeros.
- Después de los 15 años (aprox.) ese tipo de actuación directa tiene visos de ser contraproducente. Más adecuada sería la disposición de un recurso al cual la chica maltratada pudiera acercarse no tanto para denunciar como para contar directamente su problema y recibir el consejo de un profesional experto. Se trataría, por tanto, de un recurso que necesariamente debería garantizar la confidencialidad; requisito fundamental para que se produzca la aproximación. El modelo sanitario de **consulta joven** se demuestra como particularmente adecuado para una comunicación de esta naturaleza.
- En este grupo de edad (más de 15 años) son las amigas quienes deberían comunicar a la chica maltratada esa posibilidad si, ciertamente, ella se niega a comunicárselo a sus padres. La recomendación de que se lo cuente a sus padres debe de estar siempre presente; pero no creemos que las amigas deban de suplir esa comunicación cuando la chica no la quiere efectuar.
- No creemos, por tanto, que **la denuncia** sea la estrategia de elección en casos de violencia adolescente, a no ser que se perciba claramente un riesgo para la integridad física o para la vida de la chica.

6.2. Bases para la configuración de una estrategia de prevención primaria.

A nuestro juicio, la prevención primaria no debe de tener como objeto directo la VPM; su objeto tiene que ser distinto. Si cabe hacer prevención primaria es porque **algo hay** en la “normalidad” que posibilita que se produzcan casos de VPM. La “normalidad” debe de ser, por tanto, el objeto de actuación. Una intervención de prevención primaria sobre la VPM se debe de integrar necesariamente en el marco de una **educación sentimental** referida a las relaciones entre sexos. Fomentar relaciones sentimentales “**saludables**²⁵” para prevenir situaciones de VPM futuras, sea en la etapa adulta, sea en la etapa adolescente.

Y hablamos de salubridad porque constatamos que las intervenciones referidas a la igualdad no siempre han conseguido penetrar eficazmente en el campo en que se producen realmente los problemas: en el campo de los afectos y desafectos entre sujetos de distinto sexo. Todos los jóvenes (chicos y chicas) consultados creen en la igualdad de sexos; pero la forma en que se desenvuelven sus afectos no demuestra que la igualdad presida habitualmente sus relaciones mutuas. La VPM se cuele por la afectividad y no por la ideología.

Digámoslo claramente: en el campo de la afectividad adolescente lo que funciona preferentemente es una suerte de **competencia entre sexos**, que opera relativamente al margen de los imperativos de la igualdad, porque sucede en el ámbito de los afectos. Una intervención eficaz para prevenir la VPM, es aquella que consiga hacer innecesaria esa lucha imaginaria presente en las relaciones cotidianas entre chicos y chicas al menos de estas edades.

Una relación saludable entre sexos sería, por tanto, aquella en que no se diera ninguna tentativa de agresión al sexo opuesto por razón de su sexo; porque, ciertamente, si hay competencia entre sexos pueden aparecer **agresiones de género**.

El concepto de “agresión de género” ha sido propuesto por nuestra parte por dos razones principales:

- La palabra “agresión” sustituye a la de “violencia” para marcar un **cambio de territorio**. La agresión la ubicamos en el territorio de las relaciones “normales”, en el doble sentido de normalizadas y habituales. La palabra violencia proponemos utilizarla sólo en el territorio de las relaciones “patológicas” y excepcionales. Nos da igual las palabras que se escojan, lo único que nos interesa es diferenciar los dos tipos de violencia que se ejercen en los dos ámbitos; no por desdramatizar ninguno, no por descartar una relación entre ellos, solamente para hacer notar que aluden a realidades distintas, que exigen de una conceptualización distinta y también de un tipo de intervención distinta. La apuesta por la prevención primaria de la VPM obliga a otro enfoque diferente del utilizado en los campos de la prevención secundaria y terciaria; si no hacemos ese

²⁵ No pretendemos con la utilización de este término “sanitarizar”, por así decirlo, la intervención en este campo. Hablamos de relaciones saludables en un sentido más común que técnico, entendiendo por tales aquellas en las cuales nadie tiene por qué sentirse dañado.

cambio nos será muy difícil reconocer nuestro objeto y, por tanto, diseñar una estrategia adecuada de intervención preventiva.

- La adjetivación “de género” es esencial, no sólo para descartar de nuestro interés aquellas agresiones que son distintas en su etiología y en su significación, sino fundamentalmente para definir e identificar **el objeto** fundamental de la intervención preventiva. ¿Qué es una agresión de género?

Nuestra propuesta, la que ha guiado el análisis, es la de diferenciar la agresión de género **por su objeto** y no por el escenario. La agresión de género se diferencia de otro tipo de agresiones porque se ejerce **en función de sexo**.

Se utiliza en este estudio una definición bastante corta: agresión de género es cualquier tipo de acción que pretende forzar a un individuo del otro sexo a comportarse “como debería” en sus relaciones con la o las personas del sexo contrario. El objetivo general de las agresiones de género sería el de **forzar** un comportamiento por parte de las personas del otro sexo adecuado a su condición sexual, y el objetivo particular de la agresión sería el de forzar a la persona concreta del otro sexo a que se comporte (sea en pareja, sea en otro ámbito) con él o ella conforme a un **patrón de género** previamente concebido.

Hay varios conceptos en la definición anterior que conviene precisar. El concepto de “patrón de género” es quizá el más fácil de entender. Todos sabemos que la conducta de hombres y mujeres (o chicos y chicas) en sus relaciones mutuas propenden a ser diferentes, a ajustarse a un patrón distinto (los hombres son más “activos”, las mujeres son más “pasivas”; los hombres son más “duros”, las mujeres son más “sensibles”, etc.). Muchas veces se habla de “complementariedad” en ambos patrones, y también hay una tendencia general a considerarlos “producto de la naturaleza”, casi como si se tratara de patrones condicionados de forma instintiva.

Naturalmente, disentimos de ese **prejuicio** cuasi universal. Entendemos que los patrones de género son producto de la cultura y que, por tanto, están condicionados culturalmente; y, ciertamente, tampoco creemos en esa presunta complementariedad entre los patrones de género que nos aseguraría una idílica armonía entre hombres y mujeres en sus relaciones mutuas, y que cristalizaría necesariamente en una **idealización de la pareja heterosexual**. Para eso ya están las canciones; un análisis sociológico que pretenda dar luz de la génesis de la VPM nunca puede partir del axioma indiscutible e indemostrable de la necesaria armonía de la pareja.

Al decir simplemente que los patrones de género están condicionados culturalmente corremos el riesgo de caer en una trampa similar a la anterior de la naturalización. El condicionamiento cultural puede sustituir al instinto como otra forma inmotivada y espontánea de actuar. Se es chica o se es chico irremediablemente, como producto de la **asimilación espontánea** de la cultura; pero el resultado es el mismo, un modo de ser que no puede ser de otra manera.

El error, a nuestro juicio consiste en no pararse a reflexionar detenidamente en el significado de la asimilación espontánea, o de la “socialización”: Decir que los patrones de género son producto de la socialización es insuficiente para abordar la intervención preventiva.

La propuesta a la que nos ha llevado inexorablemente el análisis es la siguiente: los patrones de género se fijan, se incorporan y se consolidan fundamentalmente por medio de la **agresión de género**. La agresión de género tiene una potencia explicativa superior para dar cuenta de la configuración y el desenvolvimiento de los patrones de género que los cuentos de hadas, las películas, e incluso, que la explicación psicológica de la identificación parental (salvo que se éstos se utilicen como instrumentos para visibilizar las agresiones de género que esconde la “normalidad”). La agresión de género tiene una ventaja práctica, la de ser algo concreto con lo que se puede trabajar, para prevenir la VPM.

Hemos supuesto que, tras la lectura del informe, había quedado claro lo que es una agresión de género. En cualquier caso, quizá sea necesario, para ayudar al lector, poner aquí algún ejemplo. Agresiones de género son todas aquellas acciones que realizan los chicos (en la primera adolescencia) para conseguir colectivamente que las chicas se pongan guapas. Se dirá que eso de ponerse guapas está en la naturaleza de las chicas, que les gusta ponerse guapas; no obstante, si centramos la mirada en la etapa en que se generaliza ese comportamiento femenino, veremos los chicos literalmente machacan a las chicas que no les parecen agraciadas en su aspecto. Eso son agresiones de género, y no son precisamente excepcionales, sino sistemáticas en ese rango de edad. Las chicas **no tienen otro remedio** que internarse en el difícil arte de **la cosmética** para evitar o, al menos, disminuir la posibilidad de ser objeto de agresión por parte de los chicos. El resultado no es precisamente desagradable, puesto que los chicos cambian entonces la agresión por el **agasajo** (también “de género”), tras el cual aquella descubre un **valor personal** inesperado que le permite moverse con relativa **seguridad** en su mundo. A la postre, su propia identidad sexual se construirá inevitablemente en ese territorio forzado: ser femenina supone cuidarse, estar atractiva en cualquier momento (implícitamente: para los chicos). No extrañará que tras este movimiento, al que habría que añadir el efecto de múltiples agresiones de género en otros territorios, la chica termine por proyectar su realización personal (hipotecando otros posibles proyectos personales) en la posibilidad de encontrar un príncipe azul **que realmente** la quiera.

La finalidad de la agresión de género, de todas las agresiones de género es precisamente el reproducir los patrones de género. El hecho de que se precise de la agresión para reproducirlos demuestra su **carácter forzado** (y no, en modo alguno, “natural”). Las chicas son forzadas por las agresiones masculinas a adoptar patrones de comportamiento femeninos. Algún interés deben de tener los chicos en ello, ya que se toman tantas molestias; y no encontramos otra posible razón de semejante comportamiento masculino que el de conformar un tipo **de mujer adecuado a su deseo**. Y ese deseo se materializa normalmente –sentimos tener que ser tan explícitos- en la **servidumbre sexual, afectiva y material de la mujer**. La pareja, esa pareja tan idealizada, se constituye finalmente, es cierto, en forma complementaria, en Yin y Yang; entre un Yin que debería ser un príncipe azul, permanentemente solícito, permanentemente enamorado de **su** chica; y un Yang que se propone como única vía posible de realización de todos los deseos de aquél. Ciertamente, una **idealización**, porque la realidad nunca se adecua a ese patrón, nada más que en la circunstancia transitoria y engañosa del enamoramiento. Pero también es un **simulacro**, porque hace pasar por encuentro pleno entre

dos personas lo que en realidad se conforma objetivamente como una relación de servidumbre de la mujer hacia el hombre²⁶.

Aunque filogenética y estructuralmente la agresión de género es del hombre hacia la mujer, del chico hacia la chica, ésta prácticamente se extiende a todas las posibles relaciones:

a) **De chico a chico.** Cuando un chico acusa a otro chico de “nenaza” está realizando una agresión de género, porque, por una parte, es una acción que está reforzando y convalidando el patrón masculino de comportamiento; pero, por otra parte, está manifestando un **desprecio** absoluto por el modo de ser femenino, que es también una agresión de género hacia (en este caso, todas) las mujeres.

Esta aparición del desprecio de género a género es toda una excepción a nuestro principio ideal de complementariedad entre géneros. Propiamente hablando, sólo hay un género, el masculino; el otro género, el femenino, es pura negatividad, **lo que no se puede ser** (“nenaza”). Lo femenino queda concebido, por tanto, como un vacío, como una ausencia de ser, o como una imposibilidad de ser. Lo femenino no tendría posibilidad de existencia nada más que en su vinculación a lo masculino, que es lo que le confiere su identidad²⁷, de ahí esa acusada propensión femenina a “realizarse” en el marco de la pareja²⁸. Sea como sea, ¿cómo podemos hablar de complementariedad entre dos conjuntos, cuando uno de ellos lo ocupa todo y el otro es un conjunto vacío? Quien nada le falta no tiene ninguna necesidad de complementarse con nadie; quien nada tiene, tiene que vincularse a quien todo lo tiene, pero, ciertamente, no para complementarse, sino simple y llanamente para tener algo, para ser.

b) **De chica a chica.** Cuando una chica desprecia a otra chica por ser “poco femenina” está objetivamente realizando una agresión de género, puesto que, ciertamente, el objeto de la acción es reforzar un patrón femenino de conducta. No se puede explicar ese curioso comportamiento agresivo femenino sin que previamente las agresiones de género masculinas hubieran configurado ese espacio de juego. Pero lo cierto es que en un determinado momento de la contienda no hace falta que aparezcan chicos, **las chicas “se bastan solas”** para reforzar los patrones de conducta femeninos.

c) **De chica a chico.** Cuando una chica desprecia a un chico por ser un “calzonazos” está objetivamente realizando una agresión de género, puesto que su objeto es, indudablemente, reforzar patrones de conducta masculinos. Si cambiamos el insulto “calzonazos” por el también posible de “nenaza”, advertiremos la paradoja de este comportamiento femenino. Resulta que alguien (una chica) desprecia a otra persona (un chico) por el hecho de adoptar una pauta de conducta igual a la suya; si la pauta de uno es despreciable también lo será la pauta de la otra. Implícitamente, por tanto, la chica además se está insultando a sí misma y, por extensión, al resto de chicas.

²⁶ Se nos pasa por la cabeza esclarecedor título de la famosa película “Te doy mis ojos”.

²⁷ Véase el clásico, terrorífico y supuestamente amoroso “yo te hice mujer”, o incluso el mito cristiano del Génesis de la costilla de Adán.

²⁸ Y a la postre, como realización plena, en la maternidad.

La generalización en una determinada etapa de este tipo de agresiones de género de chica a chico tiende a producir en los chicos una clara desorientación. Por una parte, el discurso de la igualdad de género les insta a tratar a las chicas como iguales; por otra parte su éxito sexual o, simplemente, la prevención a no verse ridiculizados en público por las chicas (agresión de género) les insta a adoptar con ellas patrones de conducta masculinos, claramente incompatibles con la igualdad. La impresión expresada por los chicos de que las chicas juegan en cada momento al juego que más les conviene (al de la igualdad o al de la "feminidad") genera en ellos una cierta sensación de pérdida de control unida a la desorientación de cómo afrontar las relaciones intersexuales. Doble vínculo, cuya resolución puede llevar en determinados casos a que la auténtica violencia se instale como alternativa posible para recuperar el control.

La otra alternativa, evidentemente, es la que nos propone el discurso de la igualdad. Pero, para que eso sea posible, deben de dejar de jugar todos (chicos y chicas) a los juegos perversos de la masculinidad y la feminidad y, desde luego, desmontar la poderosa arma de condicionamiento de la agresión de género en todas las relaciones (chico/chica, chico/chico, chica/chica, chica/chico).

Una forma posible de penetrar en ese campo beligerante de la afectividad adolescente, impermeable al discurso ideológico de la igualdad, es **desvelar** la agresión de género para que el discurso consciente de la igualdad consiga inhibirla. La ventaja que tenemos es que, como se dijo, estamos ante adolescentes **concienciados** en la necesidad de la igualdad. Alguien que cree en la igualdad no puede mirar la agresión de género de forma indiferente o cómplice. Hace falta, en cualquier caso, **que la vea**, que la reconozca cuando la ejercen otros (u otras) o cuando la ejerce él mismo (o ella misma).

Se presume, por tanto, que la agresión de género se realiza, por parte de quien la realiza, **no del todo conscientemente**, porque si fuera plenamente consciente de que supone una agresión no la realizaría. Este símil psicoanalítico de hacer consciente lo inconsciente puede servir de guía o de metodología general para la intervención preventiva que nos ocupa.

El símil psicoanalítico nos sirve también para reconocer la posibilidad de existencia de **actos inconscientes intencionales**. Toda la metodología psicoanalítica se resume en descubrir en el lenguaje el sentido, la intención del acto inconsciente, para hacerlo evidente a la conciencia para que el sujeto pueda reconocerlo y, de esta forma, conseguir recuperar el control de sus propios actos.

***Sí, pero hay muchas veces que lo hacen inconscientemente** porque les sale a lo mejor decirlo y no piensan que eso vaya a hacer daño. (G.D. 1. CHICAS)*

La intencionalidad de la agresión de género tiene que hacerse consciente a los sujetos que la ejercen. No encontramos otra metodología posible para actuar preventivamente contra la VPM.

La investigación se ha centrado en la adolescencia. Y hay que reconocer, aunque escandalice, que en ese ámbito las agresiones de género no son precisamente excepcionales. Poco se puede entender de la adolescencia si no se advierte que la conflictividad asociada a la afirmación de la identidad sexual domina prácticamente todo el panorama vital de chicos y

chicas. La tarea de prevención que se nos impone es, como consecuencia, ingente, desproporcionada, porque no se trata sólo de corregir comportamientos improprios, se trata de modificar las reglas del juego “normales” con que chicos y chicas construyen su afectividad mutua y definen sus identidades de género e, incluso sus identidades sociales.

6.3. La programación de la intervención preventiva.

Es obvio que la tarea de programar una intervención preventiva sobre la VPM excede de nuestra competencia y también, de nuestra capacidad. Debe conllevar una labor común de profesionales de distintas disciplinas. Sí que podemos, en cualquier caso, a la luz de la investigación **proponer** ciertas premisas en esa labor de programación.

La primera premisa que nos resulta evidente es que la programación debe de estar **adaptada** a la edad y a la etapa vital de los adolescentes. Y con ello no nos referimos sólo (lo que sería, por lo demás bastante obvio) a una **adaptación formal** al lenguaje y al desarrollo cognitivo particular de cada etapa, sino fundamentalmente a una **adaptación de contenido**. A los chicos y a las chicas hay que hablarles de lo que están viviendo, no de lo que puedan llegar a vivir en un futuro. El futuro no va a suscitar su interés, por mucho que lo endulcemos con el barniz del juego. **El presente**, ese presente que viven tan intensamente, debe ser el escenario de la intervención.

La agresión de género –que debe ser el objeto principal de la intervención- cobra formas muy distintas, como se ha visto en la investigación (particularmente en el capítulo 5) en las distintas etapas de desarrollo. El contenido de la intervención debe concretarse y agotarse en el tipo de agresiones de género comunes y generalizadas en cada etapa y en las motivaciones que la sustentan.

¿Cuándo empezar la intervención preventiva? También tenemos bastante claro que tiene que empezar en el momento en que empiezan a instalarse de forma sistemática las agresiones de género en un **escenario grupal**. Y ese momento parece evidente que es **la segunda infancia**.

¿Se podría empezar después? A nuestro juicio no. Y por una razón que se desprende fácilmente de la investigación realizada: las agresiones de género típicas de cada etapa están condicionadas en gran medida por el resultado de las agresiones típicas en las etapas anteriores. Cada etapa supone, en particular para las chicas, una **restricción de espacios de libertad**, asociada a una **claudicación** frente a la agresión masculina en esos espacios. Cuanto antes se actúe, mejor pronóstico tendrá la actuación en la etapa posterior, precisamente porque estaremos ante chicas que no han claudicado en otros escenarios, y ante chicos que han renunciado a agredir en ellos. No es lo mismo, por ejemplo, que estemos, en la etapa pre-juvenil, ante chicas que vuelcan sobre la pareja todas sus aspiraciones vitales, que ante chicas que se mueven con naturalidad y sin miedo a la agresión en otros escenarios de relación intersexual. Es obvio que las primeras son objetivamente más vulnerables a la VPM que las segundas. Tampoco es lo mismo que estemos en esa etapa ante chicos que han renunciado previamente a las agresiones de pandilla contra las chicas, que ante chicos que no han efectuado anteriormente esa transformación. Objetivamente los segundos son más proclives a ejercer VPM en un momento dado que los primeros. La lógica de actuación contra la agresión

de género es la de ir desarticulando las etapas en que se desenvuelve y el modo en que desarrolla en cada una de ellas.

Las etapas a cubrir creemos que están adecuadamente definidas en la investigación:

- **1ª Segunda infancia** (aprox.: de 7 a 11 años). La agresión de género hacia las mujeres principal a trabajar es la de **chincar** a las chicas.
- **2ª Pre-adolescencia** (aprox.: 12 a 13 años). La agresión de género hacia las mujeres principal a trabajar es la del **sexo robado**.
- **3ª Adolescencia** (aprox.: 14 a 15 años). La agresión de género hacia las mujeres principal a trabajar es la **puesta en evidencia pública** de la chica por parte de su pareja afectiva.
- **4ª Pre-juventud** (aprox.: 16 a 17 años). La agresión de género hacia las mujeres principal a trabajar es la de la **intimidación masculina** por simulación de descontrol.

En el capítulo 5 se puede acceder a un repertorio más amplio de agresiones de género en las distintas etapas, así como al escenario en que se desenvuelven, que no creemos necesario reproducir aquí.

6.4. El abordaje de la agresión de género.

Parece claro, llegado a este punto, que el abordaje preventivo de la agresión de género **implica a ambos sexos**. Sí, como se ha dicho, las agresiones de género son frecuentes en todos los posibles espacios de relación (chico/chica, chico/chico, chica/chica, chica/chico), su abordaje atañe a ambos sexos, bien de forma separada (p. ej.: cuando se aborden las agresiones de género entre sujetos del mismo sexo o como preparación para facilitar el desenvolvimiento de la intervención conjunta), bien de forma conjunta, cuando se aborden directamente las agresiones de género entre sujetos de distinto sexo.

El mero reconocimiento de que hay agresiones de género y de que éstas no son excepcionales, sino habituales en la experiencia vital actual de chicos y chicas debe considerarse, si se consigue, obviamente, ya de por sí **un logro** de la intervención. El mayor problema de la agresión de género es el de su **naturalización**. Está permanentemente en la experiencia cotidiana de chicos y chicas, pero está de una forma, digamos, tácita, como si fuese mera expresión de la naturaleza masculina o femenina. Colocar las agresiones de género fuera de esa naturalidad como objeto de reflexión colectiva permite identificarlas como lo que son, como **conductas aprendidas** y, por tanto, susceptibles de ser modificadas.

El paso siguiente consiste en **señalar** el carácter estratégico de la agresión de género. No estamos ante una conducta “natural” o meramente “pulsional” o gratuita, sino ante una conducta intencional, cuyo objeto es inducir **coercitivamente** un comportamiento determinado por parte de los sujetos del otro sexo o del mismo sexo.

Reconocer que la agresión de género produce un **daño** (psíquico o físico) en el sujeto del otro sexo y un beneficio en quien agrede es un paso previo necesario para identificar la conducta como tal agresión y para aceptar su carácter intencional ¿Por qué es necesario dañar a las

personas por razón del sexo? ¿Por qué se minusvalora ese daño, especialmente si es femenino? ¿Por qué incluso se ridiculiza? ¿Qué beneficio obtiene quien agrede? Sea como sea, es obligado **dramatizar** ese daño, alertar sobre sus consecuencias en la salud de quien lo recibe y lo experimenta. No debe ser muy difícil entresacar de la propia experiencia en todas las edades casos de chicas o chicos sistemáticamente **machacados** por la agresión de género.

La conducta de género agresiva tiene un doble objeto:

- **Castigar** en el aquí y ahora una conducta por parte del sujeto que se considera inadecuada a su condición sexual. Implica, por tanto, una situación en que el agresor (o agresora) se considera **ofendido** (u ofendida) por esa conducta, ofensa que desencadena la agresión y que la justifica como una opción **de justicia**. La agresión de género es siempre justiciera en un sentido muy particular. Si, por ejemplo, un chico obliga por medio de una agresión de género a abstenerse de opinar a una chica cuando él está discutiendo con otros chicos, está realizando una acción que él considera legítima. La legitimidad viene del patrón de género implícito, que es el que le obliga a actuar, y que presupone que las mujeres deben de callar cuando los hombres hablan. En ese patrón hay una exigencia moral asociada al comportamiento de las mujeres en escenarios masculinos, por eso el chico reacciona del modo en que lo haría quien se siente legitimado moralmente para reconvenir a la chica. La chica, por ejemplo, que manifiesta desprecio (agresión de género) hacia otra chica por ser poco femenina, lo hace implícitamente pensando que ser femenina es algo que deben de ser las chicas, que es justo que así sea.
- **Prevenir** la aparición ulterior de esa conducta. En el momento en que la chica o el chico identifican **lo que les puede llegar a pasar** si realizan una determinada conducta, ellos mismos se inhibirán de realizarla, sin que sea necesario que aparezca nuevamente la agresión de por medio. Puede haber, incluso, agresiones de género sin sentido aparente en el aquí y ahora, porque su sentido real es meramente **educativo**: enseñar a las chicas o a los chicos cuál es **su sitio**.

Identificar cuáles son las conductas femeninas o masculinas que ofenden a los chicos o a las chicas para determinar finalmente cuál es el sitio que se supone cada uno debería de ocupar, sería un trabajo colectivo a realizar, partiendo de la propia experiencia vital de ambos.

Deben quedar finalmente fijadas las siguientes ideas:

- **La servidumbre femenina** (material, afectiva, sexual) y el concomitante **dominio masculino** son **siempre** el objetivo final de la agresión de género, con independencia de la condición sexual de quien la ejerce en cada caso concreto.
- La agresión de género actúa imponiendo **patrones de conducta** de género preestablecidos, que asignan un modo de actuar normativo distinto para chicos y chicas en las mismas circunstancias (presuponen, por tanto, la desigualdad), precisamente **penalizando** la desviación.
- El patrón de conducta de género se intenta imponer **siempre** por medios violentos, de diferente intensidad (bofetada, intimidación, insulto, vejación,

desprecio, ridiculización, etc.), y, por tanto, desde la pretensión de forzar al sujeto (chico o chica) a realizar un comportamiento determinado **en contra de su voluntad**.

- La intensidad de las agresiones aumenta cuando el sujeto (chico o chica) se resiste a cambiar su comportamiento²⁹ y disminuye cuando el sujeto (chico o chica) se acopla a los deseos del agresor o la agresora.
- Ante semejante presión, lo previsible es que el sujeto (chico o chica) termine por adoptar el comportamiento que **agrada** al agresor o a la agresora para no volver a ser agredido.
- En todo el periodo de la adolescencia es obligado hacer notar el papel activo en la agresión de género del **grupo**, sea femenino o masculino. En el caso de la agresión de género del chico hacia la chica, el papel del grupo masculino es especialmente potente.

La intervención preventiva sobre la agresión de género sería insuficiente si no se abordaran **mecanismos** (no siempre conscientes) **de su ocultación**. El objeto de la ocultación es, obviamente, simular que no se trata de una agresión, sino una acción de distinta naturaleza. Véase, como ejemplo, los mecanismos típicos de ocultación en el caso de la agresión de género del chico hacia la chica:

a) La ocultación de la conducta agresiva por parte del chico:

- Ella me provocó (la agresividad venía originariamente de ella)
- Estaba nervioso y perdí los papeles.
- Tenía problemas y lo pagué contigo (desplazamiento)
- La agresividad innata; yo soy así (la agresividad como un rasgo de carácter, no como una conducta intencional).
- Etc.

b) La negación femenina de la conducta agresiva del chico hacia ella:

- Es un poco machista y tiene que aparentar en público (la agresión no va conmigo)
- En el fondo, fui yo quién le provoqué.
- Aceptación de la coartada masculina:
- Tiene problemas en otro lado: familia, estudios, trabajo, amigos, etc.
- Los hombres son así, éste chico es así (carácter), y hay que amoldarse.

c) El sentido de la ocultación masculina:

- Negar la cobardía, negar el machismo.

²⁹ La bofetada es el límite en que la chica no puede resistirse; de ahí que el poder de intimidación de la agresión de género del chico hacia la chica sea especialmente potente

Conclusiones

- En la pareja: asegurar que su interés por la chica está por encima de su comportamiento aparente (agresivo)

d) El sentido de la negación femenina:

- Preservarse a sí misma e intentar evitar ulteriores agresiones.
- Asegurarse a sí misma que el chico le quiere (si me quiere no tendría por qué agredirme; luego es mejor pensar que no se trataba de una agresión).
- Ser fiel a sus sentimientos (querer = perdonar, soportar, olvidar, sufrir, etc.)

¿Es que si no con quién lo va a pagar? Lo paga, yo qué sé, la mujer es la que más traga siempre. Cualquier cosa, a lo mejor, le puede mandar a la mierda, pero la mujer... claro, siempre se suele callar y aguantar (G.D. 2. CHICAS)

Habría que concluir con recomendaciones explícitas de qué hacer con la agresión de género una vez identificada. Proponemos la siguiente línea de desarrollo:

- Desde luego, nunca dejarla pasar ni minusvalorarla, no actuar como si no hubiera sucedido nada.
- Conceptualizarla y significarla, por tanto, como una agresión.
- Desde luego, no culpabilizarse, no pensar que algo habré hecho mal que haya justificado semejante agresión. La culpa es el mecanismo que hace a agresión efectiva.
- Interpretarla. Identificar cuál es el patrón de conducta de género que me intentan o me intenta imponer.
- Analizar ese patrón a la luz del discurso de la igualdad. ¿Por qué una chica (o un chico) no puede realizar ese comportamiento, que sin embargo sí se le permite a los sujetos del sexo contrario? ¿Quién ha impuesto esa norma? ¿Con qué intención?
- ¿Qué gano y que pierdo ajustándome a esa norma?
- ¿Es tan importante lo que los otros (o el otro) piensen de mí? ¿Vale la pena perder otras alternativas de vida por ajustarse a esa tiranía insensata? Lo realmente importante para mí es lo que yo quiero hacer, no lo que el otro o la otra piensan que yo debo hacer.
- Hacer notar a otro o la otra que me he sentido agredida/o.
- Pedirle al otro o la otra que explique sus razones, y analizarlas con él o ella a la luz del discurso de la igualdad, como se hizo anteriormente. Es algo especialmente importante cuando las agresiones de género se producen en el seno de la pareja.
- Dejar clara mi posición frente al patrón de conducta que se me pretende imponer.
- Dejar claro que no toleraré nuevas agresiones de esta naturaleza. En el caso de la pareja la ruptura debe de ser la consecuencia planteada. Hay que hacer notar que al VPM es un **riesgo cierto** cuando se generalizan las agresiones de género en el seno de la pareja.

6.5. ¿Qué y cómo trabajar con los adolescentes o jóvenes agresores?

Desde la óptica de la prevención primaria los agresores son, por definición, **los chicos** (e incluso, las chicas, si complicamos más el análisis); en mayor o menor medida, de forma explícita o implícita, todos colaboran. Por eso es tan necesario no olvidar que hay que intervenir sobre los chicos, sobre todos los chicos de la clase, si estamos en un colegio, o sobre toda la pandilla masculina, si tuviéramos oportunidad de llegar a ella. El objeto de intervención es en realidad el grupo antes que el individuo.

Desde la óptica de la prevención secundaria y, sobre todo, de la terciaria ya tenemos personas a quienes se puede identificar como maltratadores. ¿Es necesario intervenir con ellos para rehabilitarlos? ¿Es posible? ¿Vale para algo?

Desde luego, conseguir que esos chicos no sigan haciendo daño a otras chicas toda su vida es una buena razón para intervenir sobre ellos. El análisis sólo ha considerado la **intervención indirecta**: conseguir que el resto de chicos aislen y marginen al chico maltratador (y, desde luego, que las chicas sopesen lo que se juegan acercándose a él). En la medida en que estamos en edades dúctiles en relación a los modos de actuar, posiblemente sea suficiente esta intervención indirecta para conseguir que estos chicos modifiquen su comportamiento (si no obtienen éxito social y sexual, sino fracaso, posiblemente ello les mueva a reflexionar y a modificar su modo de actuar).

¿Cabe una intervención psicológica directa (individual o en grupo) sobre chicos declarados maltratadores? Nos parece difícil que ellos mismos demanden una intervención semejante. No obstante, los padres que han descubierto esa tendencia en su propio hijo es normal que estén sumamente preocupados por él y por su futuro, y que demanden ayuda psicológica para corregir esa tendencia (que posiblemente esté asociada a otros comportamientos también preocupantes). Parece claro, en cualquier caso, que cualquier intervención psicológica sobre adolescentes o jóvenes con un comportamiento, digamos, “desviado” (fracaso o abandono escolar, violencia contra los padres, consumo de drogas, tendencia a la delincuencia, etc.), nunca debe de olvidar indagar y actuar sobre la forma en que cristalizan sus relaciones afectivas de pareja (no va a ser raro detectar violencia de pareja hacia las mujeres allí donde se dan de forma acusada esos otros comportamientos).

7. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.

- Ana Meras Lliebre. Prevención de la violencia de género en adolescentes. Estudios de Juventud, nº 63/03. Injuve.
- Comisión de Investigación de Malos Tratos a Mujeres. La Violencia de Género en las mujeres jóvenes. www.educarenigualdad.org/.../Mat_29_Informe%20menores.doc
- Heras, Lavinia. Caicedo, Rodrigo; Guijo, Valeriana; Ubillos, Silvia. Actitudes de las/os adolescentes ante la violencia de género. V Congreso Internacional Educación y Sociedad. Granada 2006.
- Itziar Cantera, Lanire Estévez; Norma Vázquez. Violencia contra las mujeres jóvenes: la violencia psicológica en las relaciones de noviazgo.
- Luis Seoane y Ana Gálvez. La violencia de pareja contra las mujeres y los servicios de salud. Instituto de Salud Pública de la Comunidad de Madrid. Madrid, 2005
- M. Paz Toldos Romero. Tesis doctoral: Adolescencia, violencia y género. Universidad Complutense de Madrid Facultad de Psicología. Madrid, 2002.
- M^a José Díaz Aguado. Adolescencia, sexismo y violencia de género. *Papeles del Psicólogo, enero-abril, año/vol. 23, nº 084*. Consejo General de Colegios Oficiales de Psicólogos. Madrid, España. Págs. 35 a 44.
- Pilar Blanco Prieto. La violencia contra las mujeres jóvenes. Atención y Prevención desde los Servicios Sanitarios. En La violencia contra las mujeres: prevención y detección: cómo promover desde los servicios sanitarios relaciones autónomas, solidarias y gozosas. Ed. Díaz de Santos. España 2005.

8. ANEXO I. PROYECTO DEL ESTUDIO CON POBLACIÓN JUVENIL MASCULINA.

PERCEPCIÓN DE LOS JÓVENES MADRILEÑOS SOBRE EL IMPACTO EN LA SALUD DE LA VPM EN EL ÁMBITO DE LAS RELACIONES JUVENILES.

(Proyecto de Investigación)

ANTECEDENTES.

En el marco de su actuación, el Programa de Promoción de la Salud las Mujeres de la Dirección General de Atención Primaria de la Comunidad de Madrid pretende realizar una serie intervenciones específicas de promoción de la salud y detección precoz de la VPM en la juventud madrileña.

Con el objeto de diseñar dichas intervenciones, y ante la necesidad de obtener información de primera mano que le permita orientarlas en función de las características de la población de referencia ha decidido realizar una serie de investigaciones previas en el mundo de la juventud madrileña.

En ese contexto surge la demanda de una investigación cualitativa dirigida específicamente a conocer la percepción de los jóvenes madrileños sobre el impacto en la salud de la VPM en el ámbito de las relaciones juveniles.

Previendo que la población adolescente y juvenil masculina pudiera ser globalmente especialmente resistente o, al menos, indiferente a intervenciones preventivas sobre la violencia machista, pareció razonable y conveniente realizar una investigación específica, que diera cuenta en lo fundamental del modo en que se aborda colectivamente en edades tempranas una cuestión que, como se sabe, cuestiona o problematiza en sus implicaciones gran parte de los fundamentos de la identidad masculina tradicional y que, por tanto, insta a una revisión de los propios patrones de género en la relación intersexual.

OBJETIVOS GENERALES Y PARTICULARES.

El objeto central de la investigación se resume en poner de manifiesto los **aspectos relacionados con la salud o con la eventual intervención de los servicios sanitarios** en el discurso de adolescentes y jóvenes de sexo masculino sobre la violencia de género ejercida en el interior de la pareja; es decir, en el marco de las relaciones afectivo-sexuales, así como el modo en que afecta o es experimentada en sus propias relaciones personales. Semejante objetivo general se desagregaría en los siguientes objetivos particulares.

a) Percepción e identificación de la VPM como determinante de salud.

- Conocimiento directo o indirecto de situaciones de VPM.
- Canales de información preferentes, formales e informales; directos o indirectos.
- Percepción como frecuente/infrecuente; grave/trivial; visible/oculto; en aumento/en disminución, etc.

b) Actitudes que genera.

- Indiferencia/interés
- Preocupación/despreocupación
- Afección/desafección
- Alusión/no alusión (en tanto que representantes del sexo masculino)

c) Comprensión del fenómeno.

- Causas y explicaciones atribuidas.
- Diferencias y similitudes con otros tipos de violencia.
 - Violencia de pareja de la mujer hacia el hombre.
 - Violencia hacia los niños.
 - Otras manifestaciones de la violencia machista.
- Situaciones, escenarios favorecedores.
- Perfiles supuestos del maltratador y de la víctima (proyectivo).
 - Edad.
 - Clase social.
 - Trayectoria vital.
 - Ideología.
 - Modo de vida.
 - Psicología personal.
 - Identidad de género.
 - Etc.

d) Tipificación del fenómeno.

- Límites establecidos entre lo considerado normal y lo considerado patológico.
- Violencia física, sexual y violencia psicológica.
- Proyectivo: conductas del varón hacia la mujer que se consideran violentas. Tipos específicos de violencia psicológica en jóvenes.

e) Consecuencias atribuidas para la salud de la víctima.

- Físicas,
- Sexuales.
- Psíquicas.
- Sociales

f) La actuación sobre el fenómeno. Conocimiento, valoración y propuestas.

- Agentes, instituciones que se identifican como responsables de la actuación.
- Actuaciones paliativas.
- Actuaciones preventivas.
- Papel atribuido o atribuible al Sistema Sanitario.

g) Percepción de riesgo en el propio contexto vital.

- Percepción espontánea de la incidencia de la VPM entre adolescentes y jóvenes.
 - ¿Más adulto que juvenil?
 - Razones de una eventual inmunidad.
 - Identificación de ambientes o grupos juveniles más o menos propensos a la instalación de relaciones de pareja violentas.
- Contexto general: Experiencias conocidas (fundamentalmente desde los medios de comunicación de masas) de situaciones de VPM entre jóvenes o adolescentes. Análisis, explicación y discusión.
- Contexto particular. Experiencias de pareja violentas o agresivas en algún grado conocidas en el propio ambiente, o en ambientes cercanos. Análisis, explicación y discusión. Atención a la influencia de la familia y de, en general, el mundo adulto.
- Contexto personal. Experiencias violentas o agresivas en algún grado en la propia experiencia de pareja. Análisis, explicación y discusión. Atención a la influencia de la familia y de, en general, el mundo adulto.
- Identificación de escenarios estratégicos para la detección e intervención ante situaciones o factores de riesgo. P.ej.:
 - Negociación de relaciones sexuales.
 - Gestión del ocio.

- Relaciones escolares o laborales.
 - Relaciones de residencia (barrio)
 - Relaciones familiares
 - Etc.
 - Identificación de posibles actitudes de riesgo.
 - En el hombre.
 - En la mujer.
 - En el ambiente.
 - Proyectivo: relaciones de pareja saludables y relaciones de pareja violentas.
 - Actitudes y pautas de comportamiento saludables y no saludables del chico frente a la chica.
 - Actitudes y pautas de comportamiento saludables y no saludables de la chica frente al chico.
 - Formas saludables y poco saludables de gestionar:
 - ✓ La comunicación.
 - ✓ El ocio y las aficiones.
 - ✓ Las relaciones sexuales y su negociación
 - ✓ Las relaciones de la pareja con el grupo.
 - ✓ Etc.
- h) Reflexiones sobre masculinidad y violencia.
- Inevitabilidad/evitabilidad del comportamiento violento del hombre en las relaciones de pareja.
 - El peso de la socialización de género y de la construcción de la masculinidad en la configuración roles, pautas de relación y vivencias emocionales de pareja.
 - Machismo, masculinidad y violencia. Distintas formas de representarse la masculinidad como alternativa.
- i) Recomendaciones para la intervención desde la Salud Pública y desde la Promoción de la Salud.
- Ámbitos, enfoques e intervenciones considerados propiamente sanitarios y, por tanto, de responsabilidad total o parcial de las instituciones sanitarias públicas.
 - Complementariedad y coordinación con otras instituciones públicas.
 - Competencia atribuida a los agentes sanitarios asistenciales en la detección y actuación sobre situaciones de VPM en el ámbito juvenil.

- Propensión a dirigirse a los agentes sanitarios para cuestiones relacionadas directa o indirectamente con la VPM. Aspectos favorecedores y aspectos inhibidores de la consulta al efecto de población juvenil masculina.
- Identificación de sintomatologías típicas que sugieren la instalación de relaciones violentas en parejas jóvenes y su posible detección en la consulta médica o de enfermería.

METODOLOGÍA.

La investigación propuesta es de tipo cualitativo, en principio, la más idónea para acceder al tipo de información de carácter cualitativo que se requiere (discursos, posiciones, estrategias, etc. frente a la violencia machista).

Del repertorio técnicas cualitativas disponibles hemos escogido la **entrevista abierta** y la **reunión de grupo**. Dado que estamos ante un tema a medio camino entre lo personal y lo grupal, creemos que la combinación de ambas técnicas es obligada. La reunión de grupo nos permite acceder a la visión grupal más general y estereotipada del tema; la entrevista abierta, por el contrario, nos permite acceder a dimensiones más íntimas, implicadas en la elección y gestión de las relaciones de pareja. Hemos de considerar, además, la débil propensión de la población juvenil masculina a hablar de sus relaciones afectivas en público; la entrevista abierta le ofrece un marco más natural de expresión para esta población en relación al tipo de experiencia que se le propone revistar.

DISEÑO

La variables principales a considerar para el diseño de los grupos y entrevistas serán la edad (entre 12 y 17 años), la clase social (de baja a media alta, dando intencionalmente más peso a los estratos inferiores de cara a identificar posibles situaciones de riesgo o vulnerabilidad) y estudios (enseñanza obligatoria para los menores de 16 años, y FP, bachillerato, garantía social y sin estudios para los mayores de 16), el hábitat (Madrid Capital, municipios grandes - entre 100.000 y 200.000 habitantes- y municipios medianos –entre 8.000 y 15.000 habitantes-) y el origen de los padres (españoles e inmigrantes de países de inmigración mayoritaria)

Se propone la realización de 6 reuniones de grupo y 10 entrevistas abiertas, con el siguiente diseño:

a) Reuniones de Grupo

Nº	EDAD	STATUS	ESTUDIOS	MUNICIPIO	ORIGEN PADRES
RG1	12-13	Media-media	ESO	Madrid	Autóctonos + 2 marroquíes
RG2	14-15	Media-alta	ESO	Grande	Autóctonos + 2 sudamericanos
RG3	14-15	Media-baja	ESO (50% en 1er ciclo y 50% en 2º ciclo)	Pequeño	Autóctonos + 2 países del Este

Anexo I. Proyecto del estudio con población masculina

RG4	16-17	Media-baja	FP	Pequeño	Autóctonos + 2 marroquíes
RG5	16-17	Media-media	Bachillerato	Grande	Autóctonos + 2 sudamericanos
RG6	16-17	Baja	Sin estudiar o garantía social	Madrid	Autóctonos + 2 países del Este

b) Entrevistas abiertas³⁰

Nº	EDAD	STATUS	ESTUDIOS
EA1	12-13	Media-alta	ESO
EA2	12-13	Media-baja	ESO
EA3	12-13	Baja	ESO
EA4	12-13	Baja	ESO
EA5	14-15	Media-media	ESO 2º ciclo
EA6	14-15	Baja	ESO 1º ciclo
EA7	14-15	Media-media	ESO 1º ciclo
EA8	16-17	Media-alta	Bachillerato
EA9	16-17	Media-media	FP
EA10	16-17	Baja	Sin estudiar o garantía social

NOTA: 3 entrevistas se realizarán con residentes en municipios de tamaño mediano, 3 con residentes en municipios de tamaño grande y 4 entrevistas con residentes en Madrid Capital. Así mismo tres entrevistas se realizarán con hijos de inmigrantes de los orígenes propuestos: marroquíes, Sudamérica y países del Este.

30 Para todas las entrevistas será requisito indispensable que el chico haya tenido en el último año una relación de pareja (noviazgo) de más de 3 meses de duración.

9. ANEXO II. PROYECTO DEL ESTUDIO CON POBLACIÓN JUVENIL FEMENINA.

ACTITUDES Y PAUTAS DE COMPORTAMIENTO FRENTE A LA VPM EN LA POBLACIÓN FEMENINA ADOLESCENTE Y JUVENIL DE LA COMUNIDAD DE MADRID. SUS IMPLICACIONES EN LA SALUD.

(Proyecto de investigación)

PLANTEAMIENTO.

La VPM es, como se sabe, una “lacra social” de candente actualidad, en cuyo abordaje y posible eliminación están cada vez más implicados los poderes públicos. Sus evidentes implicaciones o derivaciones en el ámbito de la salud, especialmente, como es obvio, de las mujeres, ha supuesto que se considere también una cuestión a abordar desde una perspectiva sanitaria.

La consideración de la VPM como un problema sanitario se impone de forma inmediata por la necesaria atención paliativa a sus secuelas en forma de enfermedad, física o psíquica. Las víctimas de este tipo de violencia acceden inevitablemente al sistema sanitario, una situación que impone a los profesionales de la salud unas exigencias que exceden del tratamiento sintomático de las lesiones. Se impone la **exigencia ética de proteger a la víctima**, una vez que se advierte su situación vital de riesgo; pero también la exigencia profesional de atender, no sólo a las manifestaciones, sino también a la etiología de los procesos patológicos. El cómo conseguir detectar y abordar adecuadamente, desde un punto de vista asistencial, las situaciones de violencia (unas situaciones que, gracias a un proceso general y particular, dentro del ámbito sanitario, de “visibilización”, se hacen cada vez más frecuentes en la

experiencia profesional) es ahora, sin lugar a dudas, una necesidad imperiosa del sistema sanitario.

La consideración de la VPM como un grave problema de Salud Pública sigue un camino distinto, aunque paralelo al descrito. Como se sabe, la Salud Pública dirige su atención preferentemente a los **determinantes de salud**, en pos de un objetivo más general de mejorar la salud de las poblaciones. Aunque sería muy complejo reproducir aquí el proceso general llevado a cabo, hoy en día parece incuestionable la evidencia científica de que la violencia ejercida **por razón del sexo** sobre las mujeres es uno de los principales determinantes de su salud como colectivo poblacional. De ello se deriva la presunción razonable de que actuando eficazmente sobre la génesis y las manifestaciones de esa violencia tendríamos que mejorar notablemente la salud de un colectivo que representa aproximadamente la mitad la población.

La propuesta de la presente investigación surge directamente en este contexto, es decir el de la preocupación de las consecuencias en salud de la VPM, y ante la necesidad de establecer desde la Salud Pública y desde los servicios sanitarios **estrategias eficaces para prevenir y paliar la aparición del fenómeno** en el marco de la población femenina adolescente y juvenil madrileña. Desde la presunción de que “más vale prevenir que curar”, parece razonable este desplazamiento del interés de la intervención hacia aquellas poblaciones que tienen, por estar en un proceso de construcción de su identidad de género, mayor plasticidad de cara a modificar sus pautas de relación intersexual en una dirección, cabría decir, más saludable. Enseñar a las chicas jóvenes y adolescentes en este caso a identificar situaciones de violencia, hacerles conscientes de los riesgos en salud a que están expuestas, proponerles estrategias eficaces para sortear las situaciones violentas, etc., todo ello de cara a generar un marco protector que prevenga la aparición de la violencia.

El interés por este sector poblacional no viene sólo de su idoneidad para la prevención de la violencia. Desde múltiples estudios también se ha evidenciado su consideración como especial **colectivo de riesgo** de sufrir situaciones violentas o, en cualquier caso, precursoras de situaciones violentas de mayor entidad o transcendencia en el futuro. La acción preventiva en este caso cobra un carácter más urgente e inmediato, y remitiría a la posibilidad de realizar desde el sistema sanitario acciones eficaces que permitan reducir la incidencia de fenómeno mediante su visibilización en la población adolescente y la consecuente toma de conciencia del riesgo que se corre.

La elección en este caso de la población femenina (como objetivo aislado de intervención y como objeto prioritario de investigación) tiene que ver precisamente con su consideración específica como colectivo de riesgo y, por tanto, como potencial víctima y, eventualmente, como víctima actual de situaciones de violencia. Aún cuando parezca razonable implicar a ambos sexos en el marco de las acciones preventivas, dado que la violencia se produce en el marco de una relación intersexual, parece también razonable realizar desde un enfoque sanitario acciones específicas y enfocadas sobre la víctima actual y potencial que la provean de las armas necesarias para protegerse de las situaciones de riesgo a que pueda eventualmente verse enfrentada, o para abordarlas una vez que éstas aparezcan.

OBJETIVOS GENERALES DE INVESTIGACIÓN.

El **objetivo práctico** de la presente investigación se resume en obtener la información relevante de tipo discursivo de la población femenina madrileña necesaria para orientar el diseño y la implementación de la estrategia de **intervención preventiva** propuesta y para arbitrar desde los servicios sanitarios un sistema adecuado de **detección precoz** de situaciones de violencia.

Globalmente, el objetivo central de la investigación se resumiría en conocer el discurso de la población femenina adolescente y juvenil madrileña en torno a la VPM, la experiencia personal que poseen al respecto, el grado de prevención que manifiestan a verse implicadas en situaciones de esta naturaleza y las estrategias de protección-o, eventualmente, de desprotección- que desarrollan en el marco de sus relaciones íntimas de pareja.

Queda claro, por tanto, que el tipo de VPM que va a ser objeto de investigación es aquella que pueda establecerse en el marco de las relaciones de pareja, sean éstas de carácter estable o inestable. Otros tipos de violencias de género se considerarán sólo en la medida en que condicionen de algún modo el desenvolvimiento de las relaciones afectivas de pareja.

a) Actitudes, opiniones y representaciones generales sobre la VPM.

- Identificación, conocimiento y grado de importancia asignada al fenómeno.
- Actitudes que genera: indiferencia, indignación, comprensión, precaución...
- Conocimiento y experiencia (ajena o, eventualmente, propia) de situaciones de ese tipo.
- Canales por los cuales se ha recibido información al respecto y tipo de información recibida:
 - Familia
 - Escuela
 - Medios de comunicación
 - Amistades.
 - Servicios y profesionales sanitarios.
- Identificación de colectivos o situaciones de riesgo (edades, caracteres personales, situación económica, marginalidad, inmigración, etc.).
 - Estereotipos del maltratador y de la víctima.
 - Estereotipos de pareja.
- Interpretaciones o explicaciones de las razones por las que se producen estas situaciones.

- Interpretaciones de la conducta del maltratador.
- Interpretaciones de la conducta de la víctima.
- Tipificación espontánea de la conducta agresiva en la pareja y percepción de lo que constituye violencia.
 - Violencia física.
 - Violencia psíquica.
 - Violencia sexual.
- Efectos para la salud (psíquica, física y social) de la víctima identificados, inmediatos y mediatos (coste personal de la violencia).
- Acciones o intervenciones que se piensa que se deberían de realizar para erradicar este tipo de violencia.
 - Sobre la permisividad social y familiar.
 - Denuncia.
 - Protección a las víctimas.
 - Reeducción del maltratador.
 - Acciones preventivas.
 - Acciones específicas que se piensa que se podrían realizar desde los servicios sanitarios.
 - Etc.

b) Revisión crítica de la propia experiencia personal como aproximación o lejanía a una situación indeseable de VPM. Modelos de pareja de referencia. Actitudes y pautas de comportamiento ante situaciones conflictivas de pareja.

- Percepción y valoración de la experiencia de pareja de los padres.
 - Valoración global como satisfactoria o insatisfactoria, modélica o no modélica. Puntos fuertes y puntos débiles.
 - Atención preferente a las situaciones conflictivas de pareja y su gestión o resolución.
 - Revisión crítica del comportamiento de pareja del padre (¿qué cambiarías, si pudieras en su comportamiento?).
 - Revisión crítica del comportamiento de pareja de la madre (¿qué cambiarías, si pudieras, en su comportamiento?).
 - Pareja ideal. ¿A partir de la experiencia de tus padres, cómo te planteas tu propia relación de pareja en el futuro? ¿Qué descartarías y qué incorporarías?
 - Percepción y valoración de relaciones de pareja actuales de amigos y amigas directos.

- La pareja que a su juicio mejor se lleva (modélica). Interpretación del encuentro en base a las actitudes y comportamientos de él y de ella.
 - La pareja que a su juicio peor se lleva. Interpretación del desencuentro a partir de las actitudes y comportamientos de él y de ella.
 - Percepción y valoración de las relaciones de pareja propias, actuales, y pasadas (recorrido desde la primera relación de pareja hasta la última).
 - ¿Qué es lo que más te gusta (o te gustaba) de él?
 - ¿Qué es lo que menos te gusta (o te gustaba) de él?
 - Atención especial a la aparición y resolución de conflictos en la pareja?
 - ✓ ¿En qué situaciones él se enfada contigo? ¿Cómo reaccionas tú en tales situaciones?
 - ✓ ¿En qué situaciones tú te enfadas con él? ¿Cómo reacciona él en tales situaciones?
 - Aprendizajes en lo que respecta a la elección de pareja y a la gestión de los conflictos tras el abandono de anteriores relaciones.
 - Pareja ideal (proyectivo)
 - Rasgos del chico ideal (status, edad, grupo juvenil –tribu-, estudios, modo de ser, aficiones, carácter, inteligencia, etc.)
 - Representación del modo en que se relaciona el chico ideal con la chica (cariño, atracción, atención a sus deseos, dependencia/independencia, posesión, celos, etc.).
 - Rasgos de la chica ideal (status, edad, grupo juvenil –tribu-, modo de ser, aficiones, carácter, etc.)
 - Representación del modo en que se relaciona la chica ideal con el chico (cariño, atracción, atención a sus deseos, independencia, posesión, celos, etc.).
- c) Percepción de riesgo de sufrir violencia en las relaciones de pareja.
- Percepción de riesgo general. Interpretación de casos conocidos a partir de la información de los medios de comunicación o de otros canales mediatos.
 - ¿En tu propia experiencia de pareja, o en tu experiencia ajena de otras amigas cercanas has identificado conductas por parte del chico que has identificado de algún modo como violentas o abusivas? ¿Cómo reaccionaste, o reaccionaron tus amigas ante ellas?
 - Identificación de conductas que se consideran más o menos violentas (de carácter físico, psicológico o sexual) en las relaciones cercanas. Jerarquización en función del grado de gravedad asignado.
 - Comprensión, incomprensión de las conductas del chico.

- Reacciones de la chica y valoración de su respuesta.
 - Ídem en el caso de la chica frente al chico.
 - ¿Crees que ese tipo de conductas son frecuentes en tu ambiente, o en otros ambientes que tú conozcas?
 - ¿Crees que hay determinadas situaciones relativamente frecuentes en tu experiencia en que hay mayor riesgo de que se produzcan situaciones de violencia?
 - ¿Por qué crees que se producen?
 - Inmadurez/madurez
 - Machismo.
 - Marginación
 - Etc.
 - ¿Qué crees que habría que hacer para evitarlas o, en cualquier caso, para defenderse de ellas?
 - ¿Piensas que estás a salvo de verte inmiscuida en una relación de ese tipo? ¿Por qué sí y por qué no?
 - ¿Qué actitudes o conductas crees que son necesarias para prevenir esas situaciones?
- d) Consecuencias identificadas en las situaciones de violencia identificadas en el estado emocional y de salud de la chica.
- Salud física
 - Salud psíquica.
 - Salud social.
- e) La búsqueda de ayuda en caso de sufrir violencia. Vías identificadas, vías deseables. Pros y contras para la mujer adolescente y joven de las distintas alternativas.
- Padre y/o madre.
 - Amigos/as
 - Recursos públicos contra el maltrato (policía, teléfonos, etc.).
 - Servicios, profesionales sanitarios.

METODOLOGÍA.

La atención a los objetivos propuestos exige de la aplicación de una metodología de tipo **estructural o cualitativa**, basada en la generación y análisis del discurso. Nuestra propuesta implica la aplicación de dos técnicas:

Grupo de Discusión.

Grupo triangular.

La elección de ambas técnicas tiene la siguiente justificación, en función de los objetivos:

La elección del grupo de discusión se justifica por la necesidad de identificar **el discurso o discursos más generales** sobre la VPM en la población de referencia. En relación a los objetivos, con grupos de discusión se pretenden cubrir los objetivos a) –conocimiento y actitudes generales hacia la VPM-, c) –percepción colectiva de riesgo de sufrir violencia-, d) -consecuencias para la salud en las situaciones identificadas- y e) –búsqueda de ayuda.

La elección del grupo triangular se justifica por la necesidad de acceder a dimensiones más privadas, en las que se incluyan la revisión y valoración de las propias relaciones de pareja. Se justifica, por tanto, fundamentalmente por la atención al objetivo b), aunque también servirá para atender a los objetivos c), d) y e). Elegimos en este caso el grupo triangular en vez de la entrevista en profundidad, porque aquella técnica permite introducir más elementos de reflexión y discusión en un tema difícil de racionalizar, como es el de la propia experiencia de pareja adolescente. Los grupos triangulares a realizar se efectuarán en todos los casos con **tres amigas íntimas** para favorecer la expresión.

DISEÑO.

Las variables a considerar para efectuar el diseño serán las siguientes:

Edad.

Rango: entre 12 y 17 años.

Segmentos diferenciados: 12-13; 14-15; 16-17

Status socioeconómico.

Rango: baja a media-alta.

Segmentos diferenciados: baja; media-baja; media-media y media-alta.

Situación vital.

Estudiante (ESO, BUP, FP 1^{er} Grado, Garantía Social), trabajador, paro.

Ámbito geográfico.

Madrid capital, municipios del área metropolitana y municipios de tamaño mediano (entre 10.000 y 20.000 habitantes).

Origen de la familia.

Española, extranjera (inmigrantes sudamericanos, de países del Este y marroquíes)

En todos los grupos de discusión se incluirán 2 hijas de inmigrantes, de distinto origen en cada grupo.

Uno de los grupos triangulares (GT3) se realizará con tres amigas hijas de inmigrantes de una misma nacionalidad de referencia.

Se realizarán un total de 5 grupos de discusión y 5 grupos triangulares, con el siguiente diseño:

Anexo II. Proyecto del estudio con población femenina

a) Grupos de discusión:

Nº	EDAD	CLASE SOCIAL	SITUACIÓN VITAL	LOCALIDAD
GD1	14-15	Media-baja	ESO	Área metropolitana
GD2	14-15	Media-media	ESO	Madrid
GD3	16-17	Media-baja	FP	Municipio mediano
GD4	16-17	Media-alta	Bachillerato	Madrid capital
GD5	16-17	Baja	Paro, trabajo, garantía social	Área metropolitana

b) Grupos triangulares

Nº	EDAD	CLASE SOCIAL	SITUACIÓN VITAL	GRUPO AFINIDAD
GT1	12-13	Media-baja	ESO	Área metropolitana
GT2	12-13	Media-media	ESO	Municipio mediano
GT3	14-15	Media-baja	ESO (REPETIDORAS)	Área metropolitana
GT4	16-17	Media-alta	Bachillerato	Madrid capital
GT5	16-17	Baja	Paro, trabajo, garantía social	Madrid capital